



Cruel Zelanda
Jacques Serguine



La sonrisa vertical

se

En pleno siglo XIX, la mujer de un oficial inglés, quien hasta entonces no ha vivido más que por y para los grandes principios morales que regían no sólo su vida, sino toda la sociedad victoriana, es raptada por una tribu de salvajes erotómanos de Nueva Zelanda.

Dejamos al lector imaginar qué tesoros de astucia e invención deberán desplegar las mujeres, los hombres y los niños de la tribu para que Stella MacLeod vaya, poco a poco, abandonando sus pudorosos modales y disfrutando desinhibidamente de los variados y sorprendentes placeres que se le ofrecen.

El editor francés Jean-Jacques Pauvert, quien publicó por primera vez en el mundo esta novela en 1978, asegura que «el autor, que jamás había publicado textos eróticos, podrá quizás ser reconocido por sus múltiples lectores habituales». Años más tarde, Jacques Serguine reconoció ser el autor.



Jacques Serguine

Cruel Zelanda

La sonrisa vertical - 23

ePub r1.6

Titivillus 12.06.2020

Título original: *Cruelle Zélande*
Jacques Serguine, 1978
Traducción: Francisco Monge

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



CRUEL
ZELANDA
Jacques Serguine

de

La forma más corriente de felicidad consiste en ignorar que no se es feliz.

Frank y yo nos habíamos casado el mismo año de la Coronación, en 1837. Durante los pocos años que siguieron y en los que permanecimos en Inglaterra, ya en Londres, ya en Bath, o incluso en la pequeña finca escocesa de los MacLeod, padres de Frank, nunca pensé que fuese muy desgraciada. Ni muy feliz, por otra parte. Pero siempre creemos que sucede lo mismo a todo el mundo, a la gente que conocemos y con más motivo a los que no conocemos.

Frank solo una vez me desagradó enormemente. Me refiero, por supuesto, a ese momento en que concluyó el día en que nos casamos. Por suerte, a pesar de todo, había sido suficientemente advertida sobre lo que los hombres hacen a las mujeres. Algunas de mis amigas hablaban de ello, más o menos alusivamente, a veces crudamente, cuando estaba interna en el colegio, y mi propia madre juzgó conveniente abordar el tema poco antes de esa miserable noche en la que me encontré a solas con Frank. De esta manera no fui cogida demasiado de sorpresa. Sin embargo, me desagradó enormemente. Realmente, por más que una haya sido prevenida, no es posible imaginar esos gestos, esa sensación, el súbito gruñido de un hombre.

Antes siempre había encontrado a Frank más bien adorable. Me gustaba su elevada estatura, sus uniformes de caballero de élite, su olor a cuero y cigarro. Le perdonaba de buen grado sus ridiculeces, ya que me divertían. Besaba mis labios desde el día que nos comprometimos. Y aunque ello me turbaba extrañamente, algo así, por ejemplo, como si mi propio padre me hubieses visto desnuda, prefería sin embargo que fuese allí, en la boca, que posara sus labios. Mejor que en la mejilla, o en la estrecha abertura de mi vestido, en la parte baja del cuello, a lo que a veces se atrevía, aprovechándose de ello para frotar su propia mejilla. Su bigote, sus patillas, y la barba que siempre brotaba de nuevo, me picaban mucho más de lo que me excitaban: tengo la piel muy lisa y muy

fina, y siempre me parecía que iba a despellejarme, a dejarme marcas, huellas, horrorizándome ese contacto.

Luego, de pronto, ya no hubo nadie, no para protegerme, sino para separarme de Frank, mantenerle a distancia cuando así lo hubiese querido. Paradójicamente eso es la soledad.

Una gran habitación en una casa solariega azotada por los vientos de Escocia. Los amigos entre risas se han despedido. Los padres de Frank y los míos han decidido, como si se tratase en un juego, pasar la noche en el chalet, un pabellón de caza más bien, a unos kilómetros del castillo. Los criados duermen no se sabe dónde, ni siquiera tengo derecho a la ayuda de una doncella. Me he lavado en una habitación contigua, evitando, como siempre he hecho, mirarme a mí misma, por otra parte me molesta eso de mirarme. Pero lo he hecho lo más minuciosamente que he podido. Es un consejo de mi madre. No lo entiendo demasiado, ya que siempre estoy más bien limpia, una cuestión de educación, pero he obedecido. Y ahora estoy en la cama, espero, y ahí está Frank. ¿Ese es en verdad él? El caballero de los anchos y rectos hombros, de los cabellos negros siempre bien peinados, de los fuertes dientes que el cigarro no deslustra ¿es realmente esa silueta grotesca, vestida con una camisa que le llega a las rodillas? ¿Ese es Frank? Mis ojos habituados a la semioscuridad lo distinguen muy bien. ¿Dónde están sus hermosas y brillantes botas, sus espuelas, su sable? Es espantoso, Dios mío, las pantorrillas desnudas y los pies de un hombre. ¿Y dónde está su sonrisa viril, abierta, simple y sin embargo misteriosa ya que Frank no se divierte con las mismas cosas que yo? ¿Por qué ahora se ríe burlonamente?

Se acerca a la cama, apoya en ella una rodilla, espera del mismo modo que yo también espero. Pero yo no puedo intentar nada, ni decir nada. Al final levanta la esquina de la sábana y las mantas, se acuesta como si estuviese solo. Su peso hunde la cama a mi pesar me atrae hacia él como si me deslizase por la orilla de un torrente. Sin moverme me aferro a la cama con todas mis fuerzas. Si por lo

menos hablase. Pero no dice nada. Luego repite estúpidamente mi nombre: «¡Stella! ¡Stella! ¡Stella!».

Me pasa por la cabeza la extravagante idea de que es él quien pide socorro. ¡Cómo lo desprecio, Dios mío! Me parece que puedo percibir, sin siquiera tocarle, el espantoso y odioso calor de su cuerpo. Frank, el hombre al que llamaba Frank, ríe socarronamente, me parece que una vez más. Sé lo que va a hacer y al mismo tiempo no logro imaginarlo, podría decirse que nunca he sabido nada. Sí, esto es la soledad. El hombre, Frank, respira fuerte. Por miedo y odio a hacer tanto ruido como él, retengo tan bien mi propia respiración que casi me ahogo, y la asfixia, la fiebre, zumban en mis oídos y en mis sienes. Pero todo ese temor, todas estas emociones extremas son totalmente inútiles ya que él, el hombre, sabe lo que quiere, adónde va, solo piensa en su pequeña convulsión animal y no tiene ni tiempo ni sensibilidad para perder con los estremecimientos de una muchacha. «¡Stella! ¡Stella!».

¿Por qué repites ese nombre? Igualmente dirías María, Brenda, Grace; comprendo que no es eso lo que te importa. Me llama una vez más y no respondo. ¿Cómo puedo confiarme al mismo tiempo que dispone de mí y a la vez me espanta? Entonces riendo, riendo burlonamente, se inclina hacia mí, una de sus manos, como la garra de un pájaro, arruga mi pecho, agarra duramente mis senos. Mi madre observó un día, afectando un aire distraído, ya que estaba embarazada, que tengo unos senos muy bonitos. ¿Pero solo para divertir a esta garra de hombre? Con la otra mano, Frank me sube el camisón. Desearía tanto no estar desnuda debajo. Pero lo estoy, parece que no podía quedarme con otro vestido. Levanta la camisa hasta mis rodillas, mis muslos, ahora mi vientre. Desearía tanto no tener sexo, esa piel chocante, esos labios, esa abertura íntima, esa grieta. Desearía estar cerrada y limpia como un niño. Pero es demasiado tarde. ¿Va a desvestirme Frank, a desnudarme totalmente? No, deja la camisa arrebujaada arriba del vientre, pero no soy yo, ni siquiera mi cuerpo, mi piel fina y suave, lo que le interesa. Solo le importa ese desdichado accidente, allí donde los

muslos se encuentran con el vientre, que me convierte precisamente en lo que no soy, sin duda una mujer como todas las demás mujeres, una hembra. Siento tanta vergüenza y desprecio que junto las piernas tan apretadamente como puedo para ocultarme, para olvidar. Y él, es ahí y no en otra parte donde quiere hurgar, entrar, desenmascararme, confundirme. Masculla, penetra su mano entre mis muslos hasta que me veo obligada a ceder. Allí todavía soy más vulnerable que en los senos, con su tierna punta que a veces tan extrañamente se endurece y se tensa como si tuviesen hambre. Pero es esa misma vulnerabilidad lo que excita al hombre que creía amar. Desde el momento que a mi pesar he entreabierto los muslos, sus dedos se doblan y me agarran, precisamente ahí, me abren como se abriría una flor. Ha encontrado el punto donde estoy más desarmada, más débil, el punto mismo donde estoy abierta, y se ensaña en él con horrible satisfacción. Ahora sabe que bajo mis vestidos, bajo mi dignidad de mujer y de ser humano, en un punto de mi cuerpo, por otra parte impecable, hay esta carne diferente, replegada y secretamente abierta, frágil, sobre todo húmeda. Hunde expresamente el dedo en esa intolerable humedad, esa intolerable abertura, lo hunde en mí como lo hundiría en mi alma, me penetra, me sondea. Con todas mis fuerzas intento contraerme, pero mi pensamiento, mi voluntad, están fuera de mi cuerpo. El dedo del hombre tropieza, en su vergonzoso camino, no sé en qué defensa, qué obstáculo, y ello me produce un dolor digno de dar alaridos, pero no me atrevo a gritar y él, el hombre, por el contrario, gruñe de satisfacción, siento que podría reventar de risa y de placer. A mi pesar, he avanzado una mano para defenderme, disimular y prohibir este agujero, esta herida. El hombre retira el dedo del interior de mi vientre y me coge la mano. En su dedo hay la humedad de mi propio vientre y preferiría estar muerta. Pero él ¿qué quiere?, guía con brutalidad mi mano, la pega contra sí, contra su camisa, luego a una masa de pelos duros y, de pronto, a esa extraña prolongación de su cuerpo, erguida y redonda, ardiente, de trémula rigidez. Ahora sé lo que también, el hombre, oculta bajo sus trajes con su sonrisa de

persona bien educada. Tengo náuseas, me siento asustada y helada, tuerzo la mano para separarme y no tocar el indignante cuerpo del hombre. ¡Qué feo y vulgar es todo esto! Sin embargo él, él ríe. Para impedirme cerrar de nuevo los muslos, inserta entre ellos su rodilla, luego todo el peso y fuerza de su pierna. Se acuesta casi todo él sobre mí, y a la vez intenta sostenerse en los antebrazos y arquea curiosamente los riñones como si quisiese echarse atrás. Su mano derecha ha soltado mi seno, echa todo el peso de su cuerpo en el codo izquierdo y ahora la mano liberada desciende, podría pensarse que vacila. Vuelve con esta vacilación febril y obstinada a mi vientre, se desliza de nuevo en mí, como para estar segura de que no he llegado a cerrarme, vuelve a salir, parece entretenerse esta vez en el propio vientre del hombre, y de repente comprendo que con su mano este último conduce entre mis muslos, entre los labios de mi sexo, en el propio interior de este, en mi vientre, otro dedo hinchado, muy largo, sofocante, enorme. No lo ignoro, se trata del accidente particular de su cuerpo, su propio sexo. Nunca logrará hacer que penetre dentro de mí, no lo quiero, ni él ni yo podemos, me esfuerzo en impedirle la entrada, en expulsarle. Sí, expulsarle, pues para eso también es demasiado tarde impedirle la entrada. El hombre ha logrado completamente introducir dentro de mí la cabeza de ese dedo, de este monstruoso bastón, me distiende como para hacerme reventar. Un obstáculo le detiene, el mismo que hace un momento ha detenido al otro. Creo que el hombre va a ceder, retirarme ese objeto abominable del mismo modo que ha retirado su dedo. ¡Jesús! Insiste, por el contrario, lo empuja dentro de mí con toda su energía, toda su violencia. Va a desgarrarme, lo siento, estoy segura de ello, me muerde ferozmente los labios para que no chille, y de un solo golpe me desgarrar en efecto, se podría decir que se ha producido una pequeña explosión interna, a la vez fulgurante y sorda. Siento un dolor no insoportable en verdad, pero tan injusto, tan inmerecido, que el odio me hace rechinar los dientes. Y él, el hombre, el monstruo, como si todo esto no fuese nada, como si no me hubiese hecho ningún daño, como si yo ni siquiera existiese,

continúa abriéndose paso dentro de mí, la carne de carne, abriéndose camino terco, ciego, se remonta hasta mis entrañas. Debe sentirse muy feliz, ha ganado, ha logrado introducir por completo dentro de mí, en mi propio cuerpo, en mi propio fuero interno, a este gigante e imbécil apéndice de su cuerpo de hombre. Me quema y me ahoga, me destroza, este objeto extraño me ha desgarrado en dos partes que nunca volverán a unirse, y él, el hombre, parece sentirse totalmente aliviado y feliz, juega. Finge salir de mí, luego vuelve a hundirse, finge rezagarse, salta como para atrapar ese retraso, vuelve a salir, se hunde de nuevo, y así cada vez más deprisa, hasta que al fin se sepulta, una última vez hasta el límite de su poder, se hincha en grado extremo y de repente se encabrita dentro de mis entrañas, explota en un inexplicable frenesí, sobresaltos, hipos, me inunda interiormente con no sé qué sangre, con no sé qué lágrimas. Mi sangre, mis lágrimas. El hombre gruñe de una manera animal. El colmo de lo absurdo es que parece que es a él a quien le han arrancado el alma. Que es a él a quien se hiere, y él es quien ríe y llora.

*«Desearía que la rosa,
estuviese todavía en el rosal
y que el propio rosal
fuese echado al mar»
(Canción canadiense)*

Solo soy un andrajo de carne, un andrajo de alma, los restos vivos y sufrientes de una dignidad humana. Sin embargo, el cuerpo distendido, reposado, del hombre descansa sobre el mío con un peso abrumador. Daría todo lo que tengo para quitármelo de encima, para librarme de él e ir corriendo a lavarme, a frotarme hasta el alma con guantes de crin y cepillos de hierro. Pero ni siquiera esto puedo. El peso del hombre me aplasta. Habiendo realizado su hazaña, aliviado de lo que le pesaba en el cuerpo, creo que ahora se ha dormido.

* * *

A la mañana siguiente, Frank estaba de nuevo vestido, de nuevo se parecía a una criatura civilizada, al hombre que había conocido antes de aquel momento, y que había creído amar. De todos modos ha tenido la sensatez de no hablarme nunca de esa noche. Sin duda, sabía muy bien que su comportamiento me había decepcionado, y que no lo olvidaría. Entonces fingía haberlo olvidado. Cada uno de nosotros vive más o menos bajo esta condición, supongo.

En el curso de los pocos años que siguieron, como he dicho, fuimos felices, o en todo caso nunca imaginé que no lo fuésemos. He tenido la suerte de no esperar nunca un hijo de Frank. Esto no me hubiera gustado, quizás ni siquiera hubiese podido soportarlo. Realmente hubiese sido demasiado Frank dentro de mí. Bastaba con su ridículo artefacto. A intervalos regulares, en efecto, Frank insistía en acercarse a mí de nuevo, en el momento en que iba a acostarme, y metérmelo entre los muslos. Pero ya no me causaba dolor físico, y apenas me molestaba. Ya sé que la mayoría de la gente casada después de todo lo hace así. Por otra parte, Frank acababa pronto. Quizás él tampoco le concedía mucho interés, ni mucha importancia, y no le confería más que el carácter de un hábito. Tan pronto como entraba en mi habitación, me colocaba de espaldas. Ahora incluso llegaba, por una especie de piedad hacia Frank, a subirme yo misma el camisón y a abrir los muslos. Tradicionalmente, empezaba manoseándome o triturándome siempre los mismos lugares: la mano derecha en mi seno izquierdo, la mano izquierda entre mis muslos. Me penetraba con un dedo, también siempre parecía el mismo, como para reconocer el terreno, asegurarse, en la penumbra, de que el sexo no se había ido a los hombros o detrás de una oreja. Este sondeo, esta investigación sistemática me horripilaba. Pero realmente no duraba mucho tiempo. El largo apéndice obtuso y tonto sucedía al dedo. Una noche que había más claridad en la habitación, vi esa cosa, ya que Frank, arremangado como un pilluelo lascivo, avanzaba a contraluz; y esa cosa me

recordó a un pavo que hincha estúpidamente su cresta y sus carúnculas congestionadas. Tras introducirla dentro de mí, Frank se esforzaba con una prisa torpe, empujaba como un sordo, se meneaba durante unos instantes, luego jadeaba, sucumbía al pequeño hipo habitual, y se retiraba agotado. Incluso antes de que hubiese dejado la habitación, incluso mi cama, corría a lavarme furiosamente al aseo. Soñaba con un mundo en el que los hombres, la gente, permanecieran siempre totalmente vestidos, y siempre fueran bien educados y encantadores. Cuando volvía a mi cama, Frank ya se había ido a su propia habitación. A la mañana siguiente, no hablábamos de ello. Podíamos empezar a vivir de nuevo como seres humanos normales.

* * *

Nunca he sabido con exactitud qué motivó la desgracia de Frank, en el seno de su regimiento, ni por qué fue exilado a esas islas perdidas. Bebía, por supuesto, pero no más que los otros oficiales. Quizás fuese debido al juego. ¡Que hubiera perdido demasiado dinero, o, por el contrario, que hubiese ganado demasiado! Esto no me importaba, al igual que todo lo demás, a partir del momento en que oficialmente se ponía en cuestión su honor. La versión de sus superiores, respecto a su nuevo destino, era que los indígenas se mostraban turbulentos allá abajo, en Oceanía, y que convenía reprimir de una vez esa agitación. También se decía que los franceses tenían pretensiones sobre los nuevos territorios y que era preciso posesionarse de ellos rápidamente. Algunos colonos, agrupados en una especie de liga que se llamaba Asociación Neozelandesa, presionaban en este sentido al gobierno, y por consiguiente al ejército. Ya se sabe que son los comerciantes quienes rigen el mundo. En lo que a mí respecta, reconozco haber tenido un mal presentimiento cuando Frank mencionó delante de mí, por primera vez, todos esos bajos fondos del Imperio, en particular Australia. Para mí simplemente era una tierra de presidiarios. No podía existir allá buena sociedad alguna, una mujer, ni siquiera un

hombre, bien educados jamás podrían vivir allí. Frank me explicó que propiamente hablando no íbamos a Australia, que por otra parte es un continente y no una isla. Se trataba de tierras más lejanas, todavía más perdidas: Nueva Zelanda. ¿Y por qué no después de todo, ya que mi vida, nuestra vida, en cierta manera se había perdido? Al menos allá abajo, tan lejos de Londres, tan lejos de todo lo que es humano, seríamos una vanguardia del progreso en vez de ser una de sus escorias.

* * *

Allá no hay ciudades, sino asentamientos, embriones de embarcaderos o de factorías, campamentos. Al final de un viaje sucio e interminable, hemos llegado a Australia, a uno de esos lugares. Al puñado de blancos que allí vegetan lo llaman Sydney. Luego, tras una segunda travesía, mucho más corta, Nueva Zelanda, Wellington. Lo divertido es que la verdadera razón del desplazamiento de Frank había llegado hasta allí. Sin duda había viajado con nosotros, y los pocos verdaderos ingleses que habían ido a parar a esos desiertos bautizados con nombres de ciudad nos recibieron fríamente. Por eso partimos casi en seguida, Frank, yo, y una pequeña escolta de jinetes, hacia la región norte de la isla. Wellington se encuentra en la región casi septentrional de la isla, pero nosotros íbamos más al norte, más allá de Napier, a algún lugar entre lo que se llama El Cabo Este y los asentamientos de Hamilton y Auckland, en la región del Rotorua. Se sabía que los colonos allí luchaban seriamente contra los indígenas. El destino preciso de Frank, sin embargo, y de los pocos soldados que conducía, nunca lo supe. En las colinas, en medio de la maleza tupida que se extiende entre el río Waikato hasta el lago Rotorua, un grupo de maoríes surgió, como por arte de magia, de los árboles chorreantes de humedad bajo el sol y se echó impetuosamente al asalto de nuestro pequeño grupo. Tampoco tengo un recuerdo muy detallado de la batalla. Hombres semidesnudos, negros, que primero habían gritado salvajemente como un desafío o por rabia, y que ahora manejaban y

volteaban en silencio, bajo el gran sol tembloroso de lluvia, venablos y rompecabezas. La eclosión púrpura de una herida sobre la túnica clara de uno de los soldados. También vi a Frank caer del caballo. Uno de sus talones estaba cogido al estribo y su montura lo arrastró durante un breve rato. Luego un golpe me alcanzó a mí, algo más arriba de la nuca. Entonces perdí el conocimiento.

* * *

La luz dorada de Oceanía, filtrada por la sempiterna lluvia y reverdecida por el follaje, se deslizaba a través de las paredes de una especie de choza y llegaba hasta mí. Todo en la choza estaba dividido por estos rayos, en capas alternativas de sombra y espesa claridad. Tenía mucho calor, me sentía sudorosa y excesivamente sucia, y un dolor atenuado, lejano, palpitaba como un gong detrás de mi cabeza. Sin saber muy bien por qué, no me atrevía a moverme. Estaba acostada en una cama, o más bien una especie de somier muy bajo que, al tocarlo, me di cuenta de que estaba formado por cuatro cortas estacas a modo de pies, un marco de ramas o de cañas rectas y limpias, y una red de lianas a su vez recubiertas por un colchón de hojas. Sentía la tentación de gritar, en todo caso de llamar, y al punto renuncié a ello. Al mismo tiempo me había venido a la cabeza la idea de que Frank y los soldados debían encontrarse prisioneros como yo, o muertos, pues de lo contrario hubiese oído sus voces, disparos, cualquier tipo de agitación. Me parecía algo impropio confesar que sentía una necesidad acuciante. Pero del mismo modo que me había atrevido a llamar, no pude decidirme a levantarme para satisfacerla. Por otra parte no hubiera sabido dónde ir.

Además, tenía mucha sed, la pulsación del golpe o de la contusión detrás de la cabeza poco a poco se identificaba con una ardiente fiebre. Como ocurre siempre en ese estado solo con una incertidumbre nauseabunda podía darme cuenta del tiempo que pasaba. En algunos momentos, horas enteras parecían haber sido tragadas, en un solo movimiento vertiginoso, por un intersticio

minúsculo de mi atención o de mi conciencia. En otros, por el contrario, un minuto, quizás un segundo único se estiraba hasta el infinito, distorsionado, fluido, vidrioso como la propia sustancia de la fiebre o de una pesadilla. La pequeña necesidad natural, como decía el aya cuando yo era niña, me arrancaba de este hechizo y me tenía en vilo a ratos. Me contenía, me retenía tan desesperadamente que por momentos sentía una confusa sensación de ardor, en la parte baja del vientre, allí donde Frank siempre me sondeaba con el dedo. Luego, cuando ya no pude contenerme más e iba a ser preciso tomar una decisión, todo mi cuerpo se contrajo y olvidé mi lancinante necesidad. Había percibido un nuevo ruido, voces, pasos.

«¿Frank?», dije.

En el lugar donde nosotros, los ingleses, hubiésemos tenido la puerta, un ancho panel de hojas fue retirado. Una gran luz rectangular entró de repente en la cabaña. En medio de esta luz gesticulaban varias criaturas, mujeres a juzgar por el pecho. Eran cinco o seis y entraron todas juntas, sin la menor vacilación ni el menor embarazo. La luz, que primero me había deslumbrado, ahora me parecía más suave, ya fuese porque mis ojos fatigados por la fiebre se habían acostumbrado a ella, o porque el día se estaba acabando, acercándose ya a la noche. Vi el cielo de azul ceniza, y el verde de las palmeras y de toda la exuberante vegetación en las colinas detrás de las mujeres. Estas, al igual que los hombres que nos habían atacado, estaban casi desnudas. Un paño muy corto, o más bien un trozo de tela, blanca en la mayoría, vivamente abigarrada en una o dos, y enrollada muy apretadamente, les ceñía los riñones. Todo lo demás, el torso, los brazos, los muslos y las piernas estaban desnudos. Tenían largos cabellos negros, parecían limpios, de una hermosura brillante, si es que podemos encontrar algo hermoso o bello en un indígena, y una piel, una carne, de una notable pulcritud, debida sin duda a la costumbre de ir desnudos. Sus piernas, sin embargo, estaban a menudo arañadas por la maleza hasta la parte alta de los muslos. La especie de paño ajustado, que empezaba aproximadamente en el ombligo, solo les cubría en efecto

hasta allí. No sé si se puede llamar lenguaje al sonido que salía de sus bocas, pero en verdad no era desagradable. Muchas vocales y extrañas consonantes como el balbuceo de los bebés.

Las mujeres me rodearon parloteando y charlando, algunas se sentaron sin modales sobre lo que me servía de cama, y todas me examinaron al detalle con sus inmensos ojos negros tornasolados como aceitunas. No ignoraba que nunca hay que manifestar miedo ante esa gente. Las extrañas criaturas parecían hacerme preguntas en su jerigonza. No corría el riesgo de entenderlas, ni por otra parte tenía la intención de intentarlo. Tanto las sonrisas de algunas de ellas, como el aire distante y severo, también inquisidor, de las otras, me dejaban igualmente fría. O más bien, desconfiaba igualmente de ambos.

—¿Dónde está Frank? ¿Dónde está el capitán MacLeod? —Les dije—. Además les estaría enormemente agradecida si me trajeran algo de beber lo antes posible.

De nuevo se pusieron a hablar, pero, por lo que me pareció, ya no dirigiéndose a mí, sino simplemente entre ellas. Y en el momento en que creía que iban a decidirse a obedecerme, una de las que estaba sentada más cerca de mí me cogió por los hombros, otra al otro extremo del catre, por los pies, y me giraron de bruces del mismo modo como se gira una crêpe. Me dije que habría tenido que defenderme, increparlas, quizás incluso levantarme y echarme sobre ellas para abatirlas. Pero la fiebre me privaba de parte de mis fuerzas y, además, temía, en la posición que me habían puesto, carecer de dignidad. Había perdido mi fieltro de amazona y mis cabellos trenzados debían de haberse desanudado. Unas manos, patitas de mono, los apartaron, sin brutalidad pero firmemente, como cuando me habían girado boca abajo. Comprendí que las mujeres miraban mi herida. Parlotearon, el lecho se cimbrió ya que una de ellas se levantó. Interceptó fugitivamente la luz mientras salía de la cabaña, y luego de nuevo, un momento más tarde, cuando volvió a entrar. Sobre la nuca, en el lugar de la contusión, se me aplicó una especie de tampón embebido de líquido que me causó

primero un dolor punzante, casi como un hierro al rojo, seguido al momento de una deliciosa sensación de frescor. Una de las mujeres estalló en una risa como de bebé o de pájaro. Ya ni siquiera deseaba volverme, en tanto me sentía descansada y en calma. Incluso me pregunté si debía dar las gracias a las salvajes.

Entonces, en el mismo instante en que este pensamiento absurdo atravesó mi mente, una de las criaturas deshizo en mi espalda los primeros botones de mi traje de amazona, ajustado desde el cuello hasta el talle y más suelto a continuación, y empezaron a desvestirme. Esta vez quise hacerlas frente, pero les bastó con poner una rodilla, o quizás el puño, una mano, en el hueco de mis riñones para inmovilizarme. Ahora ya no era la pequeña herida, detrás de la cabeza, sino una terrible vergüenza la que me enfebrecía. Botón por botón, pieza por pieza, las criaturas me pusieron tan desnuda como un gusano. De vez en cuando lanzaban exclamaciones en su jerga. No sabía lo que les sorprendía de mí o de mis vestidos. Realmente estas salvajes estaban locas. Una de ellas aprisionó mis nalgas entre las palmas de sus manos y antes de que pudiese resistirme me las abrió para examinarme más cómodamente. Quizás envalentonada por este gesto, otra, en la punta de la cama, abrió a su vez mis pies y mis piernas, y una tercera, a no ser que fuese la que había querido escrutarme el ano, aprovechó la ocasión para deslizarme la mano entre los muslos. Me debatí de golpe, junté fuertemente las piernas, y las mantuve estrechamente cerradas. Pero las extrañas criaturas no hicieron otra cosa que reírse. En lugar de insistir o de molestarse, quizás de pegarme, al igual que yo había pensado y en verdad pensaba más que nunca en echarme sobre ellas para desgarrarlas con las uñas, se contentaron con cogerme por los pies y por los hombros y me giraron de nuevo como una crêpe, esta vez boca arriba.

«¡Oh!», exclamaron cuando estuve así expuesta.

A los veintiséis años, nadie me había visto nunca realmente desnuda, en todo caso desde la más tierna infancia. Ya lo he dicho antes, incluso evitaba mirarme cuando me lavaba, me vestía o me

desvestía. Quise encogerme desesperadamente, ponerme al resguardo de todas esas miradas, aunque solo fuese ponerme el brazo sobre los ojos para no ver a las criaturas mirarme, pero me lo impidieron manteniéndome sujeta, o sentándose simplemente sobre cada uno de mis miembros. Empezaron a comportarse más que nunca como dementes. Una de ellas levantaba con insistencia mis párpados cuando quería cerrarlos y sus inmensas pupilas negras observaban fijamente mis ojos azules, como si hubiesen sido pozos en los que iba a caer. Otra la tomó con mis senos, parecía no poder cansarse de sopesarlos, de apretarlos, de atusarlos entre los dedos. Incluso llegó a cogerlos uno tras otro entre sus labios, y a succionar los pezones lo que tuvo como efecto inmediato el que se enderezasen y se endureciesen, parecía como si el propio seno se hubiese agarrotado y precipitase los latidos de mi corazón. Otra indígena, con aspecto de sentirse encantada, enroscaba uno de sus dedos en el hueco de mi ombligo. También acabó por hundir su lengua y entretenerse con ella, lo que me produjo un violento estremecimiento. Pero mientras me esforzaba en reprimirlo, o en todo caso en disimularlo, las compañeras de esta loca, gracias a mi descuido, me habían separado de nuevo los muslos. Una de ellas se había arrodillado entre mis piernas, impidiéndome cerrarlas, y ahora en un concierto murmurante de exclamaciones se inclinaban hacia mi sexo. Pequeñas y ágiles manos removieron mi toisón, apretado sin duda por los vestidos y la larga caminata a caballo. «¡Que el diablo se las lleve!», pensé. ¿No habían visto nunca a una mujer, no saben cómo estamos hechas? ¿O bien los indígenas ni siquiera tienen un cuerpo, a falta de lo demás, semejante al nuestro?

Una de las jóvenes criaturas, pues para mi desgracia no parecía que hubiese allí alguna de edad, al menos por la cara, algo razonable, no me atrevo a decir respetable, soltó de pronto una exclamación más fuerte. Tenía un dedo en el aire, y sus compañeras rieron, frunciendo su absurda pequeña nariz. La que había gritado salió saltando y dando brincos, volvió un momento después llevando con algo más de precaución una especie de calabaza llena de agua

clara y no sé qué esponjas: borra, o un musgo vegetal más bien, como los que traen algunos viajeros que vuelven de Egipto. Las odiosas criaturas entonces se pusieron a lavarme. Y en verdad, yo que gusto de la limpieza, no deseo a ninguna mujer que sea lavada alguna vez de este modo. Me trataban como apenas se puede tratar a un animal o a un objeto, a la desnudez de una estatua, hurgando en los menores repliegues y los más pequeños huecos de mi cuerpo, en sus secretos más íntimos, con sus dedos y sus caricaturas de esponjas, como si trataran de extirpar de él no solo las huellas de un viaje, de la fatiga, de la fiebre, sino hasta el más imperceptible vestigio de olor personal, la sana radiación de un cuerpo inglés y, más en general y más simplemente, de todo ser civilizado. Y mientras me limpiaban de este modo de una suciedad que en verdad solo estaba en sus ojos, y en su concepción aberrante e informe de bárbaros, me ocurrió una aventura espantosa. Estaba acostada sobre la espalda, las criaturas me habían abierto completamente los muslos y me limpiaban el sexo con sus pequeñas esponjas, pasándolas incluso muy cuidadosamente de abajo a arriba y de arriba abajo entre los labios, cuando en ese momento una de ellas, para participar en la operación o para ver mejor, colocó una mano sobre mi vientre y apoyó en ella todo su peso. Para gran vergüenza mía, esta presión y este peso súbito despertaron mis ganas con tanta fuerza que me oriné sin querer. En ese momento hubiese preferido estar muerta, pero después de todo una nunca se muere de nada. Mientras que las jóvenes gritaban más que nunca y reían de buen grado, me abandoné, oriné, durante un tiempo interminable. Me sentía como una monstruosa yegua en un prado inglés. En esos pocos segundos comprendí la felicidad de ser un animal.

«¡Que estas malditas se vayan al diablo, después de todo!», pensé, cerrando los ojos para dejar de verlas.

Se habían echado hacia atrás precipitadamente a fin de no ser regadas. Cuando a pesar de todo hube acabado, me pregunté, con verdadera curiosidad, qué iban a hacer. En realidad, me sentía feliz

de ser un animal, un objeto. Las jóvenes criaturas no se desconcertaron en absoluto. Se portaron conmigo como con algunos enfermos. Una de ellas volvió a salir y regresó con una espesa brazada de hojas. Cuando hubo vuelto, alguna de sus compañeras me levantaron, mientras que otra recogía las hojas que no había mojado y sin duda iba a echarlas fuera. Se colocaron las más frescas en el mismo lugar y volvieron a acostarme. Tras lo cual, siempre riendo, el incidente las había divertido mucho, las jóvenes se pusieron de nuevo a limpiarme el bajo vientre y los muslos en particular. Cuando me hubieron lavado de nuevo, me secaron, igual de escrupulosamente con paños de lino. Por supuesto, esto último no es el que nosotros conocemos. Los propios indígenas lo tejen, con las fibras de la liliácea que los científicos llaman *phormium*. Me dejaba manipular perezosa, pasivamente.

«Ocupaos de mí, trabajad para mí ya que ello os divierte, estúpidas esclavas», pensaba para mí.

En ese momento había olvidado totalmente Inglaterra y a Frank, sobre todo a Frank, algo así como si esta situación, estas escenas extravagantes me vengasen de él, al mismo tiempo que de las criaturas. Luego, en el mismo instante en que mi mente las trataba de esclavas, la más joven, tendría quince o dieciséis años todo lo más a juzgar por sus agudos senos, hizo una pregunta a sus compañeras, aprobaron. La pequeña salvaje, creí entender que se llamaba Nawa-Na, se sentó al lado de la cama y, girada hacia mí con la flexibilidad serpentina de los indígenas, golpeteó el catre cerca de ella. La miraba sin moverme. Entonces las otras, siempre sin brutalidad, pero tampoco con signo alguno de vacilación, me cogieron por los hombros, me levantaron de nuevo, y me hicieron sentar al lado de la criatura. Sus ojos largos y pardos reían, pero no sus labios. Yo estaba absolutamente desnuda y ella llevaba el paño blanco clásico, al parecer, en esta tribu, lo que me ponía en una situación humillante. En cambio, y aunque no soy muy grande para ser una mujer, dominaba a la joven criatura, incluso sentadas las dos, con mi cabeza de abundantes cabellos rubios, con los hombros

y todo el torso, con mis altivos senos desarrollados. Frank, recordé entonces, nunca había amado ni comprendido mi pecho. La muchacha, Nawa-Na, tomó uno de mis senos en la palma de la mano y lo balanceó suavemente durante un rato. Pero tampoco era eso lo que le interesaba; decididamente, lo que le intrigaba, sin que yo comprendiese por qué, era la rubia pelambrera de mi vientre, sin embargo mucho menos visible cuando se está sentado. Se inclinó para verla de más cerca, y su mano, sus dedos, jugaron un instante con ella. Yo misma estaba asombrada. Luego las otras mujeres dijeron algo a Nawa-Na. Entonces renunció a su examen, me cogió por la parte alta del brazo y me tiró hacia ella. Comprendiendo menos que nunca, me resistí, pero las otras mujeres, con aspecto que me pareció amenazador, avanzaron hacia mí y tuve que ceder. Nawa-Na quería acostarme boca abajo sobre sus rodillas. Esta nueva posición me producía horror, así expuesta, desnuda, y con la imposibilidad de vigilar a las mujeres que me miraban. Pero lo que me colmó de vergüenza y también de rabia fue que la muchacha, cuando me hubo instalado como quiso, la grupa bien en medio de sus muslos y sobreelevada, se puso simplemente a azotarme las nalgas, del mismo modo que nosotros castigamos a un niño que se ha desmandado. Por no sé qué razón mis padres nunca me pegaban, y esa también era la primera vez, a los veintiséis años, que recibía una azotaina. Todo mi amor propio se rebeló, particularmente por la idea de recibirla delante de estas criaturas, y por parte de quien, en mi opinión, solo era una miserable chiquilla. Pero cuando intenté girarme y levantarme, apoyó su otra mano entre mis hombros y me di cuenta de que las demás mujeres vendrían a ayudarla si me obstinaba. Por tanto tuve que someterme y continuar dejando que me azotasen. La pequeña salvaje lo hacía con todas sus fuerzas. La sensación era tan punzante que o bien, a mi pesar, me contraía para escapar de ella, o bien, por el contrario me distendía, me abría, esforzándome por estar totalmente blanda, paradójicamente inaccesible, ya que cuando me contraía, los golpes, los azotes, sobre los músculos tensos me producían un dolor todavía

más agudo. Pero cuando me distendía, la airada mano me golpeaba justo en el ano y en el orificio del sexo, que me parecía abrirse bajo los efectos de un hambre extraña, exacerbada, provocada por el ardor, y no podía soportarlo durante mucho tiempo. Sin embargo, la azotaina proseguía, y mi rabia, la rebelión de mi orgullo crecieron hasta una especie de punto de ruptura. Más allá de este punto, como los golpes seguían cayendo e incluso, hubiérase dicho, con redoblada sequedad, no sé qué en mi orgullo cedió a su vez y me puse a llorar, estallé en sollozos y me agité. Las mujeres gritaron de satisfacción. En aquel momento, mientras me debatía, en verdad sin intentar realmente levantarme, ni siquiera escapar a la azotaina, giré por casualidad la cabeza hacia la gran abertura de la choza y allí, a pocos metros, en la luz declinante, vi pasar a un indígena, un hombre, desnudo con excepción del paño. Quizás a causa del ruido aminoró la marcha y giró a su vez la cabeza hacia la cabaña. Estuve segura de que me veía del mismo modo que yo le veía, más desnuda que él, azotada así como un niño, y pensé que iba a acercarse y a entrar en la choza. Ante esa idea se produjo en mí, en el fondo de mi vientre, un desgarró y una convulsión fulgurante, que me inundaron de un placer salvaje. Todo ocurrió realmente en un momento: el corazón de mi sexo se incendió y se licuó. En realidad, él había vuelto a seguir su marcha y se había alejado, pero las criaturas, con su diabólico instinto, no dejaron de notar al momento mi impensable reacción. Chillaron de nuevo de alegría, batieron palmas, y se juntaron todas a mi alrededor y alrededor de su compañera. Nawa-Na me azotó todavía durante unos segundos, pero ya con menos fogosidad. Podría decirse que lo hacía más bien para calmarme, para en cierta manera acabar de saciarme. Se detuvo, y yo permanecí calmada sobre sus rodillas, las nalgas totalmente abiertas, ardiendo, y sin duda totalmente escarlatas. Aprovechando este abandono, la muchacha hundió no solo un dedo, sino, eso me pareció, toda su manita en mi sexo, la avanzó y la retiró deliciosamente varias veces. Reía, y comprendí que explicaba a sus compañeras que me había vencido, y que el desgarramiento

del placer me había mojado y llenado de jugo en el interior. Pero ni su risa, ni mi derrota lograban humillarme. Por el contrario, mi orgullo era de nuevo inmenso y se cernía sobre aquellas miserables criaturas como un águila. Cuando Nawa-Na decidió retirar por completo la mano, hubiese querido cogerla con la mía y besar todos sus dedos.

* * *

Al abandonar la choza, las mujeres se llevaron mis vestidos. Pensé que era un medio para mantenerme prisionera. O quizás simplemente querían probárselos, jugar, adornándose ellas. Quizás también tenían maridos, Franks indígenas de piel oscura, lo que era una idea de inefable comicidad, ¡y deseaban utilizar mi guardarropa para seducirlos! Permanecí acostada sobre el vientre, sintiendo debajo el elástico colchón de hojas, e indiferente ante todo. Las nalgas todavía me abrasaban. Ya no sufría, ni siquiera pensaba en la contusión de la nuca. En mi vientre persistía una sorda turbación, y cada vez que, sin querer, pensaba en esa llama secreta, los pezones se me endurecían. Crispaba denodadamente los dedos en el espesor de la hojarasca.

Más tarde tuve hambre y sed. No quería prestar atención a los indígenas, pero me llegaban los ruidos de su vida. Los hombres ausentes o invisibles hasta entonces, exceptuando al que había visto mientras me daban la azotaina, parecían volver a la aldea al anochecer. Algunas mujeres se daban voces unas a otras, apilaban no sé qué raíces en morteros, o quizás las molían en bandejas de madera o de piedra. Oí risas y correr de niños. Por supuesto, los indígenas también tienen niños. Quizás tendría que haber llamado, o incluso intentar huir, pero en verdad no reflexionaba. Tenía hambre y sed, y por otra parte no sufría, eso era todo. Creo que me adormilé. Cuando volví a abrir los ojos, hacía más fresco. Igualmente tuve la impresión de que la llovizna, casi perpetua allá, había cesado, y por los intersticios entre las chillas y la hojarasca de las paredes vi que se había encendido un gran fuego. Me giré por fin de espaldas,

luego me senté con la espalda apoyada en la pared tapizada de hojas. Me sentía muy sola, aunque demasiado cansada, o demasiado alelada para tener miedo. Poco después, el panel de la entrada fue apartado y entró un grupo de mujeres. Nawa-Na no se encontraba entre ellas, solo reconocí una o dos caras. Me pareció que todas las demás eran nuevas. Por la abertura, detrás de las mujeres, divisé en efecto un gran fuego piramidal y algunos hombres, mujeres y niños sentados a su alrededor, que comían y charlaban. Una de las mujeres que acababa de entrar llevaba en el brazo mis vestidos. Observé en seguida que habían sido lavados. Otra sostenía con las dos manos un cuenco de agua clara y, ensartadas como en un collar, las mismas esponjitas de crin vegetal. Otra me dirigió la palabra, lo que resultaba ridículo ya que no podía comprender. Como no respondía, se inclinó y me apretó el vientre con la mano, preguntándome al mismo tiempo con la mirada. Supuse que me preguntaba si quería orinar una vez más e indiqué que sí. Entonces desplazó un segundo panel en la pared opuesta a la gran abertura y me condujo unos metros más allá en la oscuridad, en medio de bosquecillos muy densos de matorrales y árboles. Me agaché e hice mis necesidades rápidamente. Esto provocó la risa de la muchacha. Ahora, bajo la claridad de las estrellas, distinguía su rostro, y cuando me hube levantado, no pude dejar de preguntarle a mi vez con la mirada. Volvió a reír. Luego se desató y quitó en un abrir y cerrar de ojos su taparrabos y me enseñó cómo meaba. Las mujeres indígenas para esto permanecen casi de pie, flexionando un poco las rodillas. Resulta bastante desagradable, y el ruido en particular es más bien intolerable. Tuve el súbito y vivo deseo de ver su vulva mientras orinaba, pero por desgracia la poca luz no daba para ello y solo dejaba ver su cara, dejando casi todo el cuerpo en la sombra. Me pareció que se secaba con un puñado de hojas antes de volver a ponerse el taparrabos.

En la choza, se me hizo permanecer de pie, las piernas semiabiertas, mientras me lavaban una vez más, pero de una manera más sumaria, el bajo vientre, entre los muslos y también

debajo de los brazos. Tras lo cual, las mujeres me vistieron de pies a cabeza a excepción sin embargo de las medias que no quisieron darme. Por otra parte, tuve que ayudarlas varias veces. Confundían las mangas y las otras aberturas del vestido, o se dejaban desconcertar por los botones, las cintas, los broches. Por fin vestida, se me permitió sentarme en la cama y otras mujeres me trajeron de comer y beber. El agua era muy pura, y el pescado, por groseramente preparado que estuviese, me pareció delicioso. Al comer, sobre todo al beber, me preguntaba si continuarían, durante todo el tiempo que estuviese en poder de estos salvajes, alimentándome, sirviéndome, vistiéndome y desvistiéndome en esta misma choza, sin concederme nunca el derecho de salir de ella, a no ser para satisfacer furtivamente una necesidad, llegada la oscuridad y con la condición de dar la espalda, por así decirlo, a la aldea.

No ocurrió así. Tan pronto como estuve saciada, lo que las mujeres habían esperado sin impaciencia, intercambiando comentarios a media voz, pero con muchas menos risas que por la tarde, me dieron a entender que tenía que levantarme y seguir las. Obedecí, confusamente satisfecha por sentirme más alta que cualquiera de ellas. Y en el mismo momento que hube pasado el umbral de la choza, me dio la sensación de que todo el mundo se giraba a mi alrededor. Allí estaba el alto cielo de la noche, con sus astros diferentes de los que conocemos en Inglaterra. Más abajo, un círculo o un semicírculo de montañas, cuyos contornos a veces altivos y otras, por el contrario, gastados y apacibles vislumbraba de lejos, destacaba su silueta en el cielo. Más al interior, por así decirlo, un lento cabalgar de colinas, encrespadas de árboles. Luego, en el centro, el espacio más o menos despejado, en medio de los árboles y de la maleza, donde los indígenas habían a la vez reunido y diseminado sus chozas, sus cabañas. En maorí se llama un *pah*. Pero, por supuesto, entonces no lo sabía. En el centro del *pah*, si se prefiere de la aldea, solo distinguía la masa anónima y confusa de los indígenas, echados, la cabeza sobre un puño, arrodillados o acurrucados alrededor del fuego, a cierta distancia de este, para la

comida de la noche. Sin embargo, en dirección de la choza en donde me tenían prisionera, no había nadie y por ese lado libre las mujeres me llevaron en medio de todos los demás. Tras lo cual también fueron a sentarse con la muchedumbre.

El resplandor de las llamas se reflejaba bruscamente sobre el torso desnudo de los indígenas. Allí estaba totalmente sola, de pie e inmóvil entre el fuego y esa gente que me miraba. Solo algunos niños estaban de pie como yo y corrían de acá para allá. Para no perder la dignidad, fingía no mirar ni ver a nadie. Las reflexiones, los comentarios me parecía que iban a buen paso, pero siempre sin grandes estallidos de voz ni de risas. Me puse a esperar que, satisfecha esta curiosidad, se respetaría mi calidad de inglesa, o incluso de blanca y europea, quizás en vistas a un intercambio, a cualquier trato, y que se me llevaría de nuevo a la cabaña. Pero tampoco ocurrió nada parecido. Debió de darse una orden. Por el rabillo del ojo había distinguido a un hombre, que a juzgar por su estatura, incluso en la posición de sentado, debía ser el jefe. Supe más tarde que se llamaba Ra-Hau. Pero esa noche no me pareció que ejerciese mando alguno. Sin embargo, dos mujeres se levantaron, se acercaron a mí y empezaron a desvestirme.

«¡Pues sí que valía la pena!», pensé.

Estuve a punto de reír de rabia. Me desnudaron a excepción de mis calzones, uno de esos ligeros pantalones que se hacen en Inglaterra de seda, lino y encaje, y que ocultan la parte inconveniente del cuerpo desde la cintura hasta la mitad del muslo. Todavía me sentía feliz por haber salido tan bien parada. Las mujeres me hicieron girar para que todo el mundo me viese bien. El movimiento balanceó un instante mis senos desnudos, mis largos cabellos rubios rodaron entre los hombros. Entonces un profundo murmullo creció en el pecho de los hombres. Surgido de la muchedumbre, un pequeño muchacho, no creo que tuviese más de nueve o diez años, corrió hacia mí, incluso se echó contra mí, me apretó con todas las fuerzas arriba de los muslos y, encontrándose su rostro justo a la altura de mi vientre, inclinó la cabeza y apretó con

entusiasmo los labios sobre mi sexo a través del vestido. La lencería era tan fina que percibí el calor e incluso la forma de su boca, del mismo modo que él debió percibir las de mi ser más íntimo. Estaba tan sorprendida que no supe ni abofetearle ni rechazarle. Por un momento me mordisqueó, me dio un beso más fuerte, más insistente, y luego se fue, sin que su gesto hubiese suscitado otra cosa que un nuevo murmullo, que no me pareció en absoluto de desaprobación. Estaba medio muerta de vergüenza, y tanto más cuanto que este chico, como todos los otros niños, sin hablar por supuesto de los adultos, llevaba el clásico taparrabos. No sé por qué hubiese preferido que los niños fuesen desnudos. Creo que me habría encontrado menos sola.

Alguien batió palmas. Entonces trajeron una especie de potro, bastante parecido a los que utilizan los gimnastas en Inglaterra, pero forrado de hojarasca en vez de cuero, y fue colocado transversalmente delante de la muchedumbre. Era menos elevado que un potro de arzón, me llegaba aproximadamente a la altura del vientre, como el impúdico chiquillo. Mientras lo examinaba, más asombrada que inquieta, pues las propias pesadillas solo son una variante de los sueños, las dos mujeres que me habían desvestido de pronto me agarraron, me curvaron a través del extraño aparato y me dejaron allí, al igual que a un cautivo al que han echado atado a la silla de un caballo. Estaba así acostada y doblada sobre el vientre, la cabeza y el torso del lado del fuego, las piernas y sobre todo la grupa, la abominable grupa femenina, girada hacia la muchedumbre, que se había reunido poco a poco en una sola parte del círculo. No estaba atada, y sin embargo no me atrevía a esbozar el menor movimiento, la menor resistencia, temiendo siempre ahora lo peor de mis verdugos. De por sí resultaba bastante atroz saber, sentir físicamente, que exponía a todas esas miradas desenfrenadas el dibujo preciso de mi cuerpo, sí, sobre todo de mi grupa, tensa y abierta en la posición en que me encontraba. Y como me esforzaba en cerrarla para escapar lo mejor que pudiera a esa voraz investigación, alguien batió palmas por segunda vez. También

hubiese podido ahorrarme el esfuerzo. Una de las mujeres que acababan de inclinarme en el potro, y que reconocí al girar un poco la cabeza, sin arriesgarme no obstante a enderezarme, volvió hacia mí, me rodeó, sentí intensamente su presencia detrás de mí, en mi espalda por así decirlo, y sin advertencia alguna puso las manos sobre mis caderas y me bajó los calzones hasta las rodillas. Todos los asistentes emitieron una sorda exclamación. Bajo el exceso de vergüenza sentí que me sonrojaba no solo en las mejillas, o en todo el rostro, sino de la nuca a los talones. Resultaba tan insoportable que hubiese querido cerrar los ojos para jamás volver a abrirlos y al mismo tiempo no perder de vista, aunque solo fuese por un instante, a los que estaban mirándome. Ignoro por qué, pero en la situación más humillante parece que todavía se puede conservar algo de orgullo en tanto se pueda tener la oportunidad de ver uno mismo, de desafiar con la mirada a los que te ven. En lo más hondo de mi vergüenza, con todo lo que un cuerpo femenino tiene de más secreto, de más oculto, de más íntimo, si no de más precioso, revelado así y abierto de par en par ante la vista de los espectadores, no dejaba por ello de girar la cabeza, de torcer el cuello para vigilarlos, para saber si se me acercaban. Algunos de ellos, en efecto, se habían levantado y uno se encaminó hacia el potro. Por desgracia dejé de verle necesariamente en el mismo momento en que estuvo cerca de mí, detrás de mí, y donde más hubiese querido espiar cada uno de sus movimientos. Pero solo podía presentir y sentir lo que hacía. Antes de que escapase del campo de mi mirada vi tan solo que no era el indígena de alta y fuerte estatura que creía que era el jefe. Solo se trataba de un individuo común, parecido a todos los demás, y lo odié aún más por eso. Me parecía que mi humillación hubiese sido menor si se hubiese tratado de un jefe. Constatando que había cerrado las piernas para ocultarme, sin duda se inclinó y, cogiéndome por los tobillos, las separó de nuevo. La delgada jareta de mis calzones se tensó en las rodillas, pero sin romperse. Luego, el hombre me separó las nalgas y percibí que otros indígenas se acercaban para mirar con él. Ahora,

con sus palmas en mis nalgas bien separadas, se las arregló para abrirme al mismo tiempo con sus pulgares la boca del sexo. Por tanto, cogida así por detrás, y doblada en dos, una mujer ya no tiene recurso alguno, ninguna defensa. Me parecía sentir el aliento de los espectadores en esta interioridad de mi cuerpo así puesta al desnudo, creía oírles cuchichear, respirar. El hombre que me descubría, que me abría, dijo algo riendo, y me dio la impresión también de que los demás le seguían algo el juego, por así decirlo, y retrocedían ligeramente. Entonces, de un solo golpe, me hundió el dedo en el sexo. Podría decir que fue brutalmente, ya que el placer sentido por la tarde estaba lejano, y ahora, bajo la presión de la vergüenza, también de la rabia, suscitadas por todas estas miradas, me sentía fría y seca, tan contraída que el hombre tuvo en efecto que forzarme, en cierta manera violarme, simplemente para hundir entero un solo dedo en mí. Me hizo mucho daño al penetrarme así, y lo odié aún más. Entonces retiró lentamente el dedo, diciendo no sé qué a la muchedumbre que nos rodeaba, con tono decepcionado, y mientras lo retiraba sentía que las paredes de mi sexo se me agarraban sin querer a él, lo retenían como en una risible parodia del deseo y el amor. Uno de los indígenas dio de nuevo una palmada, pronunció con voz autoritaria un nombre o una orden:

—¡Ga-Wau! ¡Ga-Wau!

Me puse a temblar de nuevo, suponiendo que iban a castigarme, a vengarse con un castigo cualquiera, por no haberme mostrado, a la primera solicitud, complaciente, cálida y húmeda como una verdadera mujer, sino al contrario insensible, al menos en apariencia. Se acercaron al potro unas nuevas pisadas, ligeras y menudas. Torciendo algo el cuello, reconocí al chico que me había besado cuando me desnudaron. También se puso detrás de mí y, de súbito, al igual que reconocí su rostro, encontré de nuevo el contacto de sus labios, de frente esta vez a la abertura de mi sexo y en su interior incluso. Todo su pequeño hocico tibio se apretujaba en la separación de mis muslos y mis nalgas, y percibí hasta el roce, el cosquilleo de sus cabellos en cada lado. No contento con darme besos lo más

fuerte y lo más profundo que podía en mi interior, se afanó por penetrarme con su lengua. Estoy segura de que en cualquier otro momento, no hubiese podido dejar de gozar, hubiese inundado la pequeña boca ávida, la pequeña lengua caliente, vivaz, a la vez rasposa y suave, con todo el jugo de mi placer. Pero realmente estaba demasiado crispada, estaba helada a pesar del ardor de la vergüenza, o a causa de ella. El chiquillo, Ga-Wau, retiró a su vez, y como con mucho pesar, la lengua, su tierna cara, y retrocedió o volvió a desaparecer en la multitud. La misma voz autoritaria, quizás más dura, gritó un nombre que reconocí:

—¡Nawa-Na!

Me estremecí dolorosamente. Va a volver a darme una azotaina, pensé. No podía soportar la idea de que pasase esto, ya no solo ante unas muchachas, sino en presencia de los niños y de los hombres, de los más viejos, de los ancianos, de toda la tribu. Y al mismo tiempo, el hecho de que ya conociese a la muchacha, que ya me hubiese visto en el más total abandono, en cierto modo me tranquilizaba, incluso me producía absurdamente un cierto calor en el vientre, en el corazón. Ya me había azotado y, con razón o sin ella, todo lo que ya se ha experimentado, aunque solo sea una vez, inspira menos miedo. Mirando de reojo lo mejor que pude hacia un lado del potro, vi cómo se acercaban las finas y morenas piernas de la que en mi fuero interno, algo absurdo en verdad, tenía por una especie de amiga. Sin embargo, por lo que pude distinguir, no solo llevaba puesto el taparrabos, sino que incluso se había puesto un faldón sobre su pecho, que contenía y ocultaba los senos, como si también hubiese considerado un deber hacerme sentir más desnuda, más expuesta y más miserable. Cuando se encontró detrás de mí, se inclinó a su vez y me quitó del todo los calzones, que permanecían como una última muralla, totalmente simbólica, alrededor de las rodillas, luego me cogió por los hombros, y me levantó. Al girarme hacia ella, también me giré hacia la multitud, y de nuevo surgieron las exclamaciones. No necesité preguntarme el motivo. Nawa-Na, mirando a los que gritaban, pareció responderles, mientras sonreía,

alzaba las cejas y cogía con la mano por un momento la parte aparente de mi sexo y su rubia y redondeada pelambrera. Tras lo cual volvió a ponerme frente a ellos. De pie ambas, Nawa-Na era evidentemente no solo mucho más joven, sino mucho más baja y más grácil que yo. Su sonrisa parecía más bien divertida y distraída que burlona. En cuanto a mí, que aborrezco a los indígenas tanto como cualquier otra persona sensata, me sorprendió, en esta situación demencial, admirar sinceramente los largos ojos negros de la muchacha, sus cabellos densos y lisos como el ébano, su minúscula nariz, con el imperceptible achatamiento que abría sus ventanas como corolas, sus dientes muy blancos, sus hermosos y regordetes labios.

Entre el potro, que más adelante supe que servía habitualmente para secar ciertos pescados, y la choza que me habían asignado, el movimiento del terreno todo cubierto de hierba formaba una especie de banqueta o de peldaño poco profundo, de una anchura de uno o dos metros, y orientado como a propósito hacia el grupo de indígenas. Nawa-Na fue a sentarse en ese asiento natural, dando la cara así a sus congéneres, y me indicó con un movimiento de la barbilla que fuese junto a ella. Cuando una está desnuda, desea moverse lo menos posible, ya que el menor cambio de posición revela y descubre aún más. Pero sabía bien que no tenía otra opción y obedecí.

«¡No delante de ellos, no delante de toda esta gente!», pensaba, sin embargo, con desesperación.

Siempre como en una pesadilla, se repetía la escena de la tarde. Nawa-Na me dio a entender que tenía que acostarme boca abajo sobre sus rodillas, y también tuve que obedecer. La muchacha incluso se giró insensiblemente hacia un lado para que mis nalgas quedaran bien visibles para todos los espectadores. «¡Que me pegue si quiere, no me ablandará ni me doblegará, solo logrará enfriarme más!», pensé, con la misma rabia desesperada.

Pero Nawa-Na no tenía la intención de azotarme, o en todo caso no como lo había hecho por la tarde. Sin duda sabía tan bien como

yo que resultaría insuficiente. La zorra, mientras me quitaba los calzones y me levantaba, y luego me ponía sobre sus rodillas, debió disimular una vara, dejándola en la hierba o manteniéndola hipócritamente detrás de la espalda. Con esta vara delgada y muy flexible, en el mismo momento en que me prestaba a reconocer su mano, empezó de pronto a azotarme las posaderas. No solo el dolor sino también la sorpresa fueron tan fuertes, tan vivos, que no tuve tiempo de concentrar mi voluntad, mi valor si se prefiere, y en seguida empecé a chillar, a sollozar y a debatirme. Al igual que por la tarde, Nawa-Na me azotó cada vez más, contentándose con evitar con un cuidado maníaco los riñones y los muslos, y fustigándome exclusivamente la grupa. Pero esta vez me daba la impresión de que cada golpe me laceraba. Había perdido cualquier clase de pudor, de orgullo, y gritaba como una condenada, suplicándole entre sollozos que parase. Al debatirme, logré deslizar mis piernas desde la banqueta, si no de las rodillas de la muchacha, pero esta, con el vigor de los indígenas, incluso de los que parecen más endebles, me cogió entonces con su brazo izquierdo, apretándome sólidamente la cintura y me golpeó aún con más energía, y de una manera más punzante, en la medida en que en mi nueva posición, mis propias rodillas tocaban casi la hierba, hacía sobresalir aún más y me abría más las posaderas. Juro que creía, mientras Nawa-Na me azotaba con golpes redoblados, que la verga iba a desgarrarme en el sentido más literal. No solo la grupa, la epidermis, sino los accesos, las mucosas terriblemente frágiles del ano y del sexo. Y sin embargo, a la vez que sentía este temor, el ardor, el propio desgarramiento parecieron hundirse en lo más profundo, hundirse dentro de mí, rompiendo en ese movimiento violento no sé qué diques, y en el seno mismo del punzante dolor sentí la savia del placer brotar en el fondo de las entrañas, desencadenarse como una catarata. Con su instinto diabólico, Nawa-Na se dio cuenta al punto y en seguida dejó de azotarme. Me levantó, al mismo tiempo que lo hacía ella, sin aparente esfuerzo, como si bajo su elegancia, bajo su delgadez, hubiese tenido músculos de acero, y me condujo vencida, sollozante,

hasta el potro, sobre el cual me volvió a curvar. Me daba la sensación de que mi placer debía verse brillar entre mis muslos, y a pesar de ello no tenía fuerzas para juntar las piernas, para no permanecer así, doblada sobre las hojas, con las grandes nalgas abiertas y el sexo en ofrenda. Por otra parte no se me dejó por mucho tiempo sola. Mientras seguía sollozando con toda mi alma, la mejilla apoyada en la hojarasca, y ocultada a mí misma, más bien que a los demás, por mis lágrimas y mis largos cabellos, un hombre, sin duda el mismo que me había penetrado con el dedo, se acercó de nuevo por detrás. Solo pude vislumbrar sus musculosas piernas, algo cortas como las de muchos indígenas, sobre todo de los hombres. Se entretuvo el tiempo aparente de desatarse el taparrabos, luego, con una mano separó un poco más, lo cual era ya inútil, los labios y las paredes de mi sexo, con la otra aplicó contra el orificio, como hacía Frank, pero sin los horripilantes titubeos de este, el glándulo hinchado de su propio sexo, y con un solo golpe de riñones hundió todo el miembro en el interior de mi vagina.

Se diría que los hombres siempre se quejan de lo que encuentran en una mujer. Antes de que me hubiesen azotado, había sentido claramente que este, cuando me penetraba con el dedo, se había decepcionado hasta llegar a la irritación debido a la contracción y sequedad de mi sexo. Tuve la impresión de que ahora ocurría otro tanto por su facilidad, por la hormigueante ternura de la savia del placer. Hubiese preferido violarme con su verga del mismo modo como me había violado con su dedo. Tal vez los hombres siempre buscan algo distinto a lo que tienen. Mi agresor también debió sentirse descontento por el poco goce que me proporcionó. Hubiese tenido que comprender que llegaba demasiado tarde. Sin querer, había llegado al placer, un placer atroz, pero desquiciador como un cataclismo, con el último azote de Nawa-Na, y tras semejante convulsión, semejante chorro, el hombre más vigoroso ya no podía ser entre mis muslos y dentro de mi vagina, en todo caso en aquel momento, más que un huésped indiferente, un transeúnte. Se remojaba en mí, por así decirlo, se aprovechaba de mi savia y de mi

calor, pero sus cualidades no me afectaban. Tan solo observé que su verga debía ser a la vez algo más corta y algo más gruesa que la de Frank. Me distendió ligeramente el primer anillo de la vagina, el cuello si se prefiere, cuando su glándula lo franqueaba, y eso fue casi todo lo que sentí. Ni la penetración del cuerpo de la verga, ni su vaivén, por lo demás bastante breve, ni por último esa especie de absurdo estornudo dentro de mí, adornado con un estertor de hombre, a la vez agitado y frustrado, me conmovieron en particular.

También esperaba que todos los hombres de la tribu vendrían a violarme, o más bien a metérmela, después de este, y me había resignado a ello. Después de lo que había sufrido, el resto ya me dejaba indiferente. Pero tampoco ocurrió esto. Algunas muchachas, mientras permanecía doblada en el potro, me acariciaron rápidamente entre los muslos con un puñado de hierbas, volvieron a ponerme de pie, me secaron igualmente el bajo vientre y el pubis y me llevaron de nuevo a la choza donde me dejaron sola. Era un objeto que se ha utilizado y del que a continuación se deshacían. Fuera, voces de hombres entonaron un canto alrededor del fuego. Las risas y las voces claras de las mujeres producían una musiquilla incoherente en contrapunto.

* * *

En el fondo, fue a la mañana siguiente, al despertarme, cuando empecé a sufrir de mi abandono entre esos bárbaros y de la soledad. Aunque parezca horrible decirlo, en tanto me atormentaron, fustigaron, azotaron, violaron, penetraron, en cierta manera reconocían y confirmaban así mi existencia. Ellos y sus tormentos me proporcionaban puntos de referencia, en cierta manera una compañía.

Durante los días que siguieron me negaron esta compañía, y, por consiguiente, esta existencia. Me parecía que ya ni siquiera era un objeto. Solo el recuerdo abstracto, artificial, totalmente arbitrario de una pretendida vida anterior, en otra parte, en un lugar que yo llamaba Inglaterra y con gente bautizada con el nombre de Frank, el

coronel Percy-Smith, *sir* y *lady* MacLeod... Pero no se vive de recuerdos. Ellos viven de nosotros, eso es todo.

A intervalos que me parecían desmesurados, mujeres, muchachas, entraban en la choza, me lavaban, me hacían orinar y todo lo demás, me traían de comer y de beber, observaban más o menos el rito de vestirme de los pies a la cabeza por la mañana y de desnudarme por la noche. A veces, incluso charlaban entre ellas o me dirigían vagas sonrisas. Eso era todo. Refinadamente cruel, o pura indiferencia, ni siquiera tenía la pequeña satisfacción tranquilizadora de volver a ver uno de los rostros a los que podía dar un nombre, Ga-Wau, el muchachito de los ojos curiosos y sonrientes, el atlético Ra-Hau, o Nawa-Na, la de las hipócritas varas. A veces entraba uno de los hombres anónimos de la tribu. Me echaba una mirada desprovista de pasión, intercambiaba unas palabras, también él, con las mujeres que allí se encontraban, y luego volvía a salir, desaparecía, abandonándome a la nada, a mi nada.

Un día, agotada por esta aterradora inutilidad, tomé la resolución de ir a pasearme por la aldea. Era media tarde y me encontraba sola. Me aseguré de que mi vestimenta, mi traje, mi ropa interior, mis zapatos y hasta el chal que utilizaba a modo de manta para montar a caballo, todo estuviera bien e impecable, luego sin pensarlo más retiré el panel de hojarasca. Desemboqué a plena luz del día, todavía ceniciento por la fina lluvia, y a la belleza del mundo. Reconocí la amplia explanada central, tapizada de hierba alrededor del fuego apagado, en la que me habían azotado y jodido. En los lindes de esta especie de plaza, la vegetación era frondosa, de un verde oscuro y brillante, dominada por gigantes coníferas, los *kauris*, y en su seno estaban dispersas las chozas y, más allá, escalaban las colinas. Detrás de estos, por último, la línea azulada de montañas con formas puras, claras, a veces parecidas a perfectos conos, algunas de cuyas cimas ostentaban un deslumbrante sombrero de nieve. Pero aquí, en la depresión en donde se había instalado el *pah*, la aldea, la temperatura era agradable, de una suavidad húmeda y

cálida. Creí percibir, en esa suavidad, un secreto soplo de frescura que indicaba la presencia de agua corriente, o de un lago profundo y claro en las proximidades.

Nadie me impidió salir ni se opuso a mi paso. Sin embargo, fue una experiencia desconsoladora. Lo más amargo fue que en todo el tiempo que duró el paseo, la vida de los indígenas, la vida del *pah*, prosiguió, y lo hizo sin mí. Algunos niños jugaban. Por primera vez vi a unos completamente desnudos. Hacían la siesta acostados en la hierba. Esto me emocionó, me laceró por un momento el vientre, sin que comprendiese por qué. Quizás porque por una vez yo estaba vestida, y ellos desnudos. O simplemente porque su piel, su carne, de un moreno claro, era tan bella. Sin manchas, sin defectos. Me entraron unas ganas casi irreprimibles de acariciar a esos niños, chicos y chicas, de agarrar con mis manos sus encantadoras posaderas, de hundir mis labios, para desalterarlos, entre sus redondas nalgas, de coger con mi boca y succionar, como si se tratase de una fruta, las pequeñas vulvas tan curiosamente hinchadas de las chiquillas, los penes en miniatura de los muchachos. Por supuesto me reprimí, y ellos, los niños, no me prestaban más atención que sus mayores. Las mujeres, por su parte, parecían tan despreocupadas como los niños, cardaban con peines de madera y de hueso las hojas del *phormium*, acarreaban agua, se entretenían en diversas tareas de la cocina, o, incluso, almacenaban alimentos. Algunas se divertían, se peleaban riendo. Ese día había hombres en la aldea. Al igual que las mujeres, charlaban y se distraían, o se dedicaban a afilar las armas, emplumar una flecha, renovar la pared de hojarasca de una cabaña, a veces incluso a desplumar uno de esos pájaros que abundan en Nueva Zelanda, mientras apenas hay mamíferos. Todos estos pájaros se comen asados encima del fuego, atravesados por una delgada varilla, o deliciosamente cocidos bajo piedras ardientes, en un cuenco de arcilla. Sin embargo, hombres o mujeres, muchachos o muchachas, nadie se interesaba realmente por mí. Levantaban la vista cuando pasaba, o incluso llegaban a dirigirme una sonrisa distraída; algunos,

sobre todo las mujeres, estudiaban mi vestimenta con una breve mirada de abajo arriba, luego cada uno volvía a su ocupación. Hubiera podido ser una simple modificación del color o de la luz. Incluso parecía que no temían en lo más mínimo que yo intentase escapar; lo cual quizás resultaba más humillante, más desgarrador y más cruel que todo lo demás.

Llegué hasta el límite del *pah*, durante un rato vagabundeeé entre los monstruosos helechos y los árboles, y nadie me siguió, ni siquiera pareció pensar en hacerlo. Poco faltó para que me hubiese echado a los pies de la primera criatura que hubiese venido, hombre o mujer, poco importa, y le hubiese suplicado:

¡Pégame, viólame, arráncame la piel, pero no me dejes sola!

No me encontré con nadie cuya mirada se cruzase con la mía el suficiente tiempo como para hacerle llegar mi plegaria. Por otra parte no me hubiese comprendido, al ignorar yo por completo la lengua maorí y esos bárbaros la mía. No hablé pues con nadie, no dije nada. Sin querer, de pronto, estallé en sollozos y volví corriendo a la choza, mi miserable hogar, sin provocar más emoción, aunque ello fuese de curiosidad, de la que había causado mi salida.

* * *

Voy a volverme loca, pensaba a veces. Pero tampoco sé por qué, uno nunca se vuelve loco. Se está, y no se sabe. Un día, las mujeres entraron en la choza en una hora que habitualmente me dejaban a solas. Estaba acostada totalmente vestida sobre la cama, a la que cada día se cambiaba la hojarasca, al igual que me lavaban, toda o en parte, en casi todas las visitas, y eso me molestaba. Mi corazón latió más fuerte cuando reconocí entre las mujeres y las muchachas a Nawa-Na. Por pudor lo oculté, ella en cambio me sonrió con su habitual felicidad, como si hubiese sido ella la que, respecto a mí, no hubiese sentido rencor alguno. Las demás mujeres la dejaron avanzar. Llegó hasta mí, me deslizó una mano bajo los hombros, y me dio a entender que tenía que girarme boca abajo. Realmente todo esto ya había pasado. Obedecí con el corazón ahora palpitando

de angustia y también con una especie de furiosa impaciencia. Pero la muchacha no me golpeó. Me subió el vestido más arriba de las caderas, me bajó los calzones, luego me separó las nalgas, y de pronto, me dio un adorable beso justo en el hueco del ano; entonces estalló en una risa fría y clara. Yo temblaba de miedo y de ternura. Las otras mujeres ayudaron a Nawa-Na a ponerme de nuevo en cueros, más desnuda que un gusano. Pero no tardaría en aprender al menos una de las diferencias entre yo y ese repugnante animalillo. Cuando no tuve ya ni un hilo sobre el cuerpo, las mujeres, desdeñando sin duda estimar, por una vez, si estaba bastante limpia, me llevaron fuera de la choza. Simplemente, nada más cruzar el umbral, una de ellas se aseguró, apretándome el vientre y alzando las cejas, que no quería vaciar mi vejiga. La insistencia y lo grotesco de estas preguntas inexplicablemente me hicieron enrojecer; mientras era conducida desnuda, por unos salvajes, en medio de otros salvajes, ya no podía dejar de precipitar de una manera insoportable los latidos de mi corazón.

Fuera, también por una vez no llovía. El sol estaba despejado y golpeó con una gran bofetada amarilla, pesada como la miel, mi desnudez. Vi también que en la aldea había muchos más indígenas que la vez en que salí y que su interés era mayor. Confieso que eso hizo que me estremeciera. Me observaban deliberadamente, escrutando con particular agudeza, me pareció, mi sexo de mujer, mal oculto en su toisón. Nawa-Na me cogió de la mano con gentileza y se puso a correr. Me horrorizaba correr desnuda, desnudarme aún más, por así decirlo, en ese movimiento, mientras mis senos y mis nalgas en su plenitud se estremecían, vivían ante la vista de todos. Sin embargo, en otro sentido, la propia carrera, su rapidez, me disimulaban y me salvaban. Nawa-Na me arrastró hasta el infame potro, y no pude dejar de ir más despacio, de resistirme, cuando me di cuenta de ello. Pero tiró de mí con más firmeza, girando la cabeza para sonreírme por encima de los hombros.

«¡No! ¡No!», me dije a mí misma.

Insensible a esta muda súplica, me acostó como la otra vez a través del potro, la cabeza a un lado y las piernas al otro, la grupa arriba, expuesta y abierta. Pero como empecé a temblar, y ya oía acercarse y rodearnos a una buena parte de la tribu, Nawa-Na me hizo levantar de nuevo. Discutía con las demás mujeres y algunos de los espectadores. Me pareció que no querían dejarme expuesta a los rayos del sol, quizás porque este alteraría la claridad de mi piel y porque era esa blancura precisamente la que divertía a los indígenas y los excitaba por su novedad. Quizás simplemente mi posición no les convenía. Se me condujo en efecto hasta el linde de la explanada descubierta, que en cierta manera era el lugar de reunión y la plaza mayor de la aldea, y allí, mientras esperaba de pie, en la sombra más suave proyectada en la hierba por los árboles y los helechos gigantes, un puñado de indígenas traía a toda prisa un segundo aparato. Este último se parecía más bien a una cama, tan solo algo más alto que las camas habituales, y sin embargo se parecía al potro en cuanto tenía aproximadamente en medio una curvatura bastante sensible: una cama de doble vertiente si así se prefiere. Por supuesto, ignoraba a qué se le destinaba exactamente pero, al no poder dudar en lo que a mí concernía, tomé la decisión desesperada de no esperar a que esta vez se me obligase, y tan pronto como los indígenas la hubieron tapizado con hojarasca fresca, por decisión propia, me tumbé en ella boca abajo, el cuerpo también arqueado, y la grupa prominente, a causa de la forma del somier. Al menos, pensaba, eso escondería mis senos y mi sexo.

Pero este movimiento, esta obediencia espontánea, produjeron una risa loca, no solo a Nawa-Na, sino a la mayoría de los que allí se encontraban, en particular a las mujeres. En realidad, lo que querían era precisamente que estuviese de espaldas, y rápidamente me giraron. Entonces me sentí realmente asustada, ya que ahora todo mi vientre y mi propio sexo se encontraban situados más altos que la cabeza y exhibidos a la vista de todos. Al horror de esta posición se añadía que, al tener la cabeza así y los pies más bajos que la parte expuesta, me encontraba en la absoluta imposibilidad de ver

mi propio cuerpo, sobre todo esa parte, y de protegerlo en cierta manera al no perderlo de vista. En cambio, ahora veía muy bien lo que no podía ver en la posición ventral y replegada del potro: todos los indígenas que me rodeaban, se acercaban, se inclinaban, escrutaban, mientras charlaban, los labios separados, el orificio revelado, más desnudo que la propia desnudez de mi sexo, ese sexo que yo no podía ver. Verse a sí mismo menos de lo que nos ven los demás: creo que los diabólicos indígenas son expertos en esos refinamientos.

Me abrieron entonces los brazos y las piernas. Comprendí que deliberaban si debían atarlos a las cuatro esquinas en esta especie de cama. Pero Nawa-Na se encogió de hombros riendo. Hacía tiempo ya que ella al menos no tenía la menor duda en lo que se refería a mi obediencia, mi resignación si se prefiere. Rogó a los que me sujetaban que soltasen su presa, segura de que no me atrevería a moverme, y se contentó con indicar a algunas de sus compañeras que se sentasen en los bordes de la cama, preferentemente cerca de los tobillos y las muñecas, para el caso en que, a pesar de todo, voluntariamente o no, hubiese esbozado algún movimiento. Luego se levantó y la perdí de vista mientras se alejaba. Volvió un poco más tarde con las manos cargadas de no sé qué pequeños instrumentos. Se subió entonces a los pies de la cama, se arrodilló y de nuevo dejé de verla, o solo entreveía su cabeza morena, sus hombros satinados y sus bonitos senos puntiagudos y largos cuando se erguía un poco. También debió de tenderse boca abajo, el torso justo entre mis muslos.

Antes de empezar, dirigió a los hombres más cercanos una conminación semienfurrñada, medio en broma, y ellos, riendo a su vez y encogiendo los hombros, retrocedieron, como siempre hacían cuando ella me atormentaba, para cederle el sitio. Algunos, con un fingido pesar, incluso volvieron a sus ocupaciones. Y cuando los miraba alejarse una de las manos de Nawa-Na me pellizcó la vulva, mientras que la otra apretaba justo encima, en mi bajo vientre un pequeño objeto frío y duro. Supe luego que se trataba de una

concha, o de una variedad bivalva más bien. Pero entonces sentí un dolor rápido, a la vez que muy vivo y muy brusco. Me sobresalté y sin querer grité, instintivamente quise contraerme, y al punto las mujeres me sujetaron por las muñecas y los tobillos, obligándome a permanecer quieta. No lograba entender las intenciones de Nawa-Na. Justo antes de que gritase, había emitido una breve y ahogada risa cristalina, que manifestaba su satisfacción, de nuevo sus dedos flexibles y nerviosos me pellizcaron la vulva, de nuevo sentí el contacto frío de la concha, y de nuevo también ese rápido aguijón de dolores. Entonces comprendí. Con su diabólica paciencia, los indígenas se han dado cuenta de que siempre existe un medio de estar más desnudo de lo que ya se está. Nawa-Na estaba depilándome. Hebra por hebra por así decirlo, pelo por pelo, me arrancaba lo que, desde que solo era una chiquilla, y hasta el momento en que, arrojada entre estos bárbaros, se me había despojado de todos los vestidos, de todas las máscaras, si se prefiere, de la civilización, había sido en cierta manera mi último vestido. La propia naturaleza me lo había dado y me lo quitaban estos niños salvajes. Después de todo, el dolor puramente físico no tenía nada de intolerable, era más bien irritante y punzante, como furtivos golpes de aguja, sobre todo por la repetición. Tras la depilación, habiéndome desnudado todo el pubis, ella se acercó poco a poco a la entrepierna, luego a los propios labios del sexo. Y cuando las mujeres me obligaron a levantar las rodillas, a acercarlas al pecho, y Nawa-Na se afanó en extirpar hasta el más frágil vello que pudiese conservar entre las nalgas y alrededor del ano, me resultó imposible soportar la impresión de desnudez, de mutilación, de irreparable pérdida. Esta última me hirió mucho más que de lo que nunca hubiera podido hacerlo la pérdida de mi virginidad. La virginidad, después de todo, es un freno casi plenamente moral. Mientras que ahora estaba desnuda por primera vez, y quizás nada ya me serviría de vestimenta. Estaba desnuda a los ojos de los demás, pero mucho más sin duda a mis propios ojos. Por eso, en el transcurso de la operación, y en absoluto debido al dolor carnal,

aunque en algunos momentos, como ya he dicho, fuese muy vivo, me puse a llorar y no pude parar hasta el final.

Cuando estuve completamente desnuda, Nawa-Na, siempre sonriente, se levantó y se sentó sobre los talones entre mis muslos, y realizó un gracioso gesto para secarse la frente con el dorso de la mano, como si hubiese llevado a cabo un duro trabajo. Lloraba a lágrima viva, y cuando ella hubo saltado de la cama, me dejó juntar las piernas, e incluso cubrirme con una mano. Hubiese querido estar hundida bajo diez toneladas de cenizas. No sé por qué no me depilaron también las axilas, donde no oculto por otra parte más que un minúsculo pincel de pelos rubios, en mi opinión más bien adorable, y en cualquier caso ni muy visible ni feo. O más bien sí lo sé, me lo figuro, ahora que conozco a los indígenas. Respetar esos pelos acusaba aún más por contraste la chocante y agresiva desnudez de mi bajo vientre, de mi propia vulva, provocación monstruosa para todos y, como ya he dicho, también para mí. Comprendía que a cada paso que ahora diese sería consciente de tocar, en cierta manera de acariciar, esta desnudez de mi sexo con la de mis propios muslos, y que ese contacto, esa conciencia, casi me harían desfallecer. Solo imaginándolo, un principio de espasmo me retorció con voluptuosidad la matriz y me mojé interiormente.

No obstante, al haber la operación probablemente irritado, en el sentido más médico, la carne y las mucosas cada vez más tiernas, cada vez más vulnerables a medida que se hundían hacia el sexo y hacia el ano, las compañeras de Nawa-Na me quitaron la mano y me masajearon muy suavemente con un bálsamo vegetal muy refrescante. Tuve tiempo de rezar para que confundiesen con ese licor la insidiosa humedad de mi sexo. No dejaba de llorar con el corazón roto. Por fin, Nawa-Na me hizo levantar, me cogió cariñosamente de la mano, increpó de nuevo a los hombres que querían acercarse, lo que de nuevo provocó sus risas, y luego me llevó hasta mi choza donde me dejó. Pero, con una o dos compañeras, había establecido en las proximidades un cuartel provisional. Sin duda delante de la puerta. Varias veces durante la

noche oí pasos de hombres que se aventuraban hasta allí, con la evidente intención de entrar. Los hombres venían solos o en grupos de dos o tres. La vocecita clara de Nawa-Na, al mismo tiempo fría y risueña, les reñía, les intimaba a volver a acostarse, yo misma me dormí de puro cansancio, a fuerza de lágrimas.

* * *

A la mañana siguiente, no vi a Nawa-Na. Debió irse a descansar a una de las chozas. Las otras mujeres fueron como de costumbre a darme de beber, a hacerme orinar, a lavarme. Inspeccionaron con cuidado los lugares donde había sido depilada. Y yo, como antes en Inglaterra, me negué a mirarme. Descubriendo sin duda algunos vestigios de irritación, al igual que la velada anterior, me empaparon y masajearon cuidadosamente el pubis, la vulva y el interior de las nalgas. Por el solo contacto de sus manos podía sentir que ahora era tan lisa y tan suave como un niño de pecho. Esta sensación me asqueaba, pero no de una manera física, sino más bien como si, por ejemplo, hubiese sido culpable de una mala acción y al mismo tiempo me turbase. Luego, en lugar de vestirme, las mujeres me dejaron desnuda en la cama. A pesar de todo no pude contenerme cuando se hubieron ido, me giré hacia un lado e incliné la cabeza para mirarme. La visión de mi vientre desnudo y calvo, sobre todo de mi sexo, esa hinchazón, esa prominencia, esos labios carnosos y complejos, color de té rosado, hendidos insidiosamente como un fruto, un higo enorme que revienta lleno de jugo y de azúcar en el sol, justo en medio de mi cuerpo claro; la visión de ese indeleble estigma femenino renovó con desgarradora agudeza mi pesar y el sentimiento de vergüenza. Aunque las pequeñas salvajes se habían negado a vestirme, sin embargo me habían traído, como cada mañana, todo un juego de mil vestidos, recién limpiados. Para escapar a mi propia vergüenza me atreví a desobedecer y, sin ya mirarme, esforzándome por el contrario en distraer mi atención, en estudiar por ejemplo la disposición de las palmas y de las hojas que

formaban el techo de la casa, me puse rápidamente unas bragas limpias antes de volver a acostarme.

En el momento que me tendía, entró Nawa-Na. Está de más señalar que el primer detalle en que se fijó fue precisamente en que yo llevaba esa pieza de lencería. Eso la hizo reír. Se sentó al sesgo en la cama y al punto se inclinó sobre mí y me bajó las bragas, dejando primero el trapo de seda y de encaje a la altura de mis muslos, luego, ya que involuntariamente cerraba las piernas, frunció el ceño y me las quitó del todo. También escrutó con gran atención mi bajo vientre depilado, mi sexo, luego la zona anal replegándome por un momento las rodillas sobre el pecho. El bálsamo había sido completamente absorbido por la piel y su aspecto era de total limpieza: Nawa-Na pareció satisfecha. Sin embargo, cuando puso la mano, para comprobar esa limpieza en el mismo sitio que acababa de examinar, sobre mi vulva, mi corazón se desbordó y estallé de nuevo en sollozos. Nawa-Na, por su parte, volvió a fruncir el ceño, pero sin reprobación, más bien como si se preguntase sobre la causa de tanta lágrima. Me dirigió la palabra y por supuesto no la entendí:

—¡No me toques, no me mires, vete, aléjate, putita de piel negra! —le gritaba.

Al igual que la víspera, intentaba instintivamente taparme el sexo con la palma de la mano. Entonces la muchacha pareció entender. Rio alegremente, se puso de pie, y manteniendo los ojos fijos en los míos, empezó a desenrollarse el tejido blanco que le servía de taparrabos. Dejé de llorar a la vez que la respiración se me aceleraba. La tela por fin cayó y pude ver la vulva de Nawa-Na. Para mi inexplicable sorpresa, estaba tan desnuda y lisa como la mía. Ni el menor asomo de pilosidad, ni el menor vello. Confieso que la miraba hechizada. Una vulva más corta que la mía, me pareció, pero todavía más hinchada; el fruncimiento de los sutiles labios internos mejor escondidos por los labios mayores, y de un moreno oscuro que, en el pliegue de la ingle y en el hueco de la hendidura mediana del sexo, rayaba en un delicado negro azulado. Debo confesar otra cosa: que toda Nawa-Na, pero sobre todo el salvaje abultamiento de

su vulva, acusado aún más por la fina delgadez de los senos me parecieron en aquel momento inefablemente bellos. Permanecimos así durante unos segundos, fascinadas, realmente hechizadas: yo, por mi parte, no podía apartar los ojos del sexo de Nawa-Na, y ella, con una sonrisa enigmática en los labios, me miraba mirarla en una especie de embriaguez. Cuando ya no pude soportarlo, rodeé con el brazo los muslos de la muchacha, tomé en mis manos su adorable grupa, sus nalgas de cálido mármol oscuro, deslicé los dedos entre ellas hasta tocar el ano y atrayéndola hacia mí estreché con fuerza mi boca contra su sexo. A su vez, me embriagaba su consistencia elástica, carnosa y dulce, su punzante olor a madera de ébano bañada por el mar, entreabrí por fin con mi lengua sus labios secretos y busqué con avidez el minúsculo botón, pero capaz de erguirse como la verga de un hombre, que anida en lo alto de la hendidura, agazapado bajo el pubis como bajo un tierno y succulento sombrero. Nawa-Na sonreía, inclinaba su pequeña y fina cabeza.

Pues bien, ¿había motivos para llorar tanto?, parecía decir. ¿Qué crees ser que no lo sea yo también, que no lo sean todas las demás?

Realmente no me dejó jugar con su clítoris, por el contrario cerró los muslos, aunque sonriendo, cuando empezó a excitarse. Tampoco me permitió que llegase más dentro de ella, que lamiese la entrada de su vagina. En cambio no se resistió cuando la hice arrodillarse sobre la cama, luego tumbarse a mi lado cara a cara. Continuaba sonriendo, sacudía la cabeza como divertida. Las mejillas me ardían, mi corazón latía pesadamente en este ardor y, en cierto sentido, creo que era feliz. Hice oscilar, empujándolos con el dorso de mi mano, luego con toda mi cara, sus bonitos senos; mordisqueé y chupé su delicioso pezón oscuro, agudo como la nariz de un roedor. Una vez más, Nawa-Na se apartó y se separó de mis labios en el momento en que sus senos se endurecían. Entonces imitó cada uno de mis movimientos. Volví a coger uno de sus senos con mi boca y me esforcé en tragármelo por entero, como si fuese un limón o un huevo. Me dejó probarlo, era maravilloso, su densa carne me llenaba toda la boca, luego volvió a retirarse, se inclinó, y cogió uno de mis

senos con su propia boca. Me dio la sensación de que el pezón iba a llegar al fondo de su garganta. Pero en el momento en que un profundo espasmo nació dentro de mí, estaba a punto de conmocionarme, expulsó, por así decirlo, mi seno de su cálido y húmedo abrigo. La besé en los labios y riendo me devolvió el beso. Era muy torpe, ya que los indígenas no conocen nuestros besos. Me curvé, me di la vuelta en la cama e hice lo que antes me había prohibido: penetrar su vulva con mi lengua. Al principio me lo permitió hasta el momento en que saqué del nido el adorable botoncito, y entonces me rechazó sin brutalidad, flexionó a su vez el cuerpo, tenía la flexibilidad de un gato o de una liana, besó mi pubis, y luego movió lentamente la lengua en el interior de mi vulva, de arriba abajo y de abajo arriba. Esta vez el espasmo me estremeció, y una primera pulsación de placer me mojó el corazón del sexo. Pero Nawa-Na se detuvo antes de que el espasmo pudiese repetirse. Como volvía a acercar su rostro hacía el mío, hundi resueltamente la mano entre sus muslos y metí todo el dedo medio en su vagina. Noté que ya no era virgen, o quizás más bien que nunca lo había sido en el sentido orgánico, físico, y también me dio la impresión de que era más estrecha que yo y que, al gozar, se humedecía menos. Sin obligarme a retirar el dedo, a su vez deslizó su mano entre mis muslos y me penetró con el suyo, desencadenando otra oleada, otro pequeño cataclismo que la hizo reír.

—Mi sucia putita negra, asquerosa, podrida y querida —le dije.

Saqué entonces el dedo y, aprovechando que a pesar de todo estaba como endulzada por su placer, deslicé más adentro la mano y le introduje el dedo de un solo golpe, hasta la empuñadura por así decirlo, en su ano, cuyo minúsculo ojete pareció cerrarse y apretarse a su alrededor, como si tratase de conservarlo allí. Su pulposa ternura y su fuerza me derretían. Nawa-Na, manteniéndome en efecto dentro de ella, no dejó por eso de imitarme al instante y, a su vez, me sondeó el ano tan profundamente como pudo con el dedo. Entonces los espasmos me arañaron el vientre, me inundaron, mis dientes rechinaron y casi perdí el sentido.

Cuando escapé a esta especie de torpor, tan lánguido como un largo y lento balanceo bajo el sol, había dos calabazas de agua clara en el suelo, cerca de la cama, y Nawa-Na, levantada, ceñida con su taparrabos, acababa de lavarme, de secarme la cara, las manos, el sexo. Me volvió boca abajo, me lavó también entre las nalgas y, cuando hubo terminado, me dio jugando una ágil palmada en el trasero.

Pero a continuación, en lugar de vestirme, como habrían hecho las otras mujeres, me dejó desnuda y, levantándome, me cogió simplemente de la mano y me llevó fuera de la choza, a través del *pah*. Había muchos indígenas, tanto hombres como mujeres. Desde el momento en que salí de la choza y que me vi entre ellos, la vergüenza de mi desnudez, sobre todo la de mi vulva, hinchada, provocadora, aún caliente por el placer, y exhibida como si lo hiciese expresamente, esa vergüenza volvió a prender en mí con horrible intensidad. Me ahogaba en la garganta, me aturdí y me cegaba, cargándome las sienes con un peso zumbador lleno de pesadillas. Los indígenas acudían, las mujeres se inclinaban, incluso, llegaban a interrumpir nuestra marcha y se agachaban o se arrodillaban para contemplar mejor mi cuerpo secreto así revelado. Los hombres, aunque permaneciendo algo más retirados, no me escrutaban por ello con menor atención y con menor fijeza.

El sol caía sobre el *pah* más suavemente que el día anterior. Una pequeña llovizna, intermitente, difuminaba sus rayos, reavivando a su vez el follaje, y creí que era para resguardarme de este polvo de agua que me llevaban hasta el linde del terraplén central, bajo el ramaje gigante de los *kauris*. En el mismo lugar donde el día anterior se encontraba aquella especie de cama baja, abovedada, sobre la que me habían hecho tumbarme para depilarme, ahora vi otra, esta plana pero mucho más alta que una cama normal, según las costumbres de la isla en todo caso; aproximadamente de la altura de las ingles de un hombre adulto. Por otra parte, uno de los extremos de la cama, allí donde hubiesen podido reposar los pies del durmiente, estaba profundamente engastado como para que una

persona de pie pudiese avanzar entre los extremos del engaste y, así situada, dominar a la persona tumbada y contemplarla mientras duerme.

Nawa-Na me ordenó que subiese a ese extraño aparato. Obedecí y me tumbé boca arriba, aunque girando ligeramente las caderas y colocando las piernas a un lado. No quería tener que separarlas, como así habría sido si las hubiese tenido tendidas a una parte y a otra del engaste, ni quería dejar que mis pies colgasen estúpidamente en el vacío, como así hubiese ocurrido si me hubiese acostado recta con las piernas como prolongación directa del cuerpo. Me sentía bastante indecente, y bastante vulnerable, con mi sexo así expuesto ante la mirada de los indígenas como si estuviese en una bandeja.

Nawa-Na, sin embargo, se preocupaba mucho por mi pudor, por mi angustia. Tirándome de los hombros sin dejarme levantar, me dio a entender que tenía que desplazarme hacia los pies de la cama. Una vez más tuve que ceder. Me contenté con doblar totalmente las piernas, acostándolas en uno de los lados del engaste. Pero esto tampoco bastaba, no era lo que Nawa-Na quería. Empezó por empujarme y tirar de mí, siempre tendida boca arriba, hasta que mis nalgas llegaron exactamente al borde del engaste, las piernas colgando, casi tocando el suelo en el hueco. Después se inclinó, me cogió los dos pies, los separó elevándolos, lo que me obligó a doblar de nuevo las rodillas, esta vez en el aire, y por último los colocó uno a cada lado de la abertura, con la planta apoyada verticalmente en cada uno de los extremos de una especie de semicírculo recortado en la punta del lecho. Un largo escalofrío me recorrió el cuerpo, como si murieses de frío en el corazón mismo del sol, y me dio la sensación de que toda la piel y la carne íntima se me granulaban y se me erizaban. En esta espantosa posición, muslos separados, rodillas dobladas, no solo la abertura de la vagina se ofrecía a todas las miradas, a todos los contactos, sino que creía que se abría hasta llegar a mis entrañas.

No esperé mucho tiempo. El primer indígena en llegar, que ni siquiera discutió con sus vecinos, como si realmente no valiese la pena, dio la vuelta al lecho a la vez que se desataba el taparrabos. Desnudo también, su verga oscura ya erecta y trémula, avanzó por la abertura del lecho y por un momento sentí golpear, contra la entrada de mi vagina las bolas duras de sus testículos. Por escrúpulo, o quizás más bien por refinamiento, retrocedió un momento para posar sus labios sobre ese acceso secreto, lo cual, por otra parte, no tuvo otro resultado que contraerme al más. Sin duda le importaba un bledo. Erguido de nuevo, empujó su verga y me la metió de un solo golpe. Era bastante potente, pero de una longitud y un grosor medianos, sin embargo me violó, casi me hirió, ya que todo en mí protestaba contra su intrusión. Ya fuese porque hacía tiempo que no había copulado, o porque el ver mi sexo y el besarlo como acababa de hacerlo lo hubiesen excitado mucho, apenas se movió dentro de mi vientre, se sobresaltó y se vació casi en seguida. Si hubiese contado con mi propio goce, tanto él como el primero de sus congéneres que me había penetrado, debería sentirse muy decepcionado. Se había cometido el mismo error que el día en que Nawa-Na me había azotado sobre sus rodillas. Ahora, tras haber gozado tan cálidamente, al descubrir y sondear el cuerpo de la muchacha, mientras ella hurgaba el mío, cualquier otro acercamiento solo podía dejarme fría e insensible.

Los hombres de la tribu, pero también los niños y las mujeres, asistían al espectáculo. Ciertamente, tanto unos como otros no parecían sentirse ni muy impacientes, ni muy emocionados. Cuando el primer indígena retiró su verga, que se había vuelto blanda y triste, y cuyo glande, ahora arrugado, brillaba bajo el barniz del placer, era más bien a él a quién miraban, mientras iba desnudo hasta un cuenco lleno de agua para lavarse, y no a mí. El semen del hombre, en aquella posición, en la que no podía en modo alguno cerrarme, ni siquiera intentar contenerme, salía de mí, chorreaba entre mis nalgas abiertas, mojaba odiosamente mi ano, tan visible como el inicio vaginal. Las mujeres, sin preocuparse lo más mínimo

en desplazarme, se contentaron con restregarme suavemente con sus pequeñas esponjas y un puñado de hierbas, terminando con la aplicación, durante unos segundos, de un licor, probablemente un jugo vegetal, totalmente helado. Supuse que tendría cualidades astringentes, y que se preocupaban por estrecharme lo mejor que podían, por rehacerme una virginidad en beneficio del siguiente amante.

Yo era un objeto, y tenía que servir. La tribu, gracias a los azares de la guerra, había conseguido este juguete, o si se prefiere, este nuevo y simple receptáculo. Me había saciado, alimentado, apropiado y doblegado de todas las maneras al lavarme y al azotarme, al depilarme. Ahora había llegado la hora de que me utilizase. Todos los seres humanos, en nuestras sociedades, después de todo, ¿no hacen lo mismo unos con otros? Para el *pah*, para la tribu, esta novedad resultaba divertida, incluso entretenida, pero no por ello constituía una razón de Estado. Me tenían a mano, y como gozaba de un color de piel y quizás también de formas ligeramente diferentes, sin más me ponían la vulva al aire y me la metían. Esto descansaba a los maridos de sus mujeres, si es que estos bárbaros están casado, y a todos ellos, casados o solteros, de sus fantasías habituales.

Estoy segura de que, si fuese un hombre, no soportaría el introducirme en un sexo, meter mi verga en una vagina recalentada y mojada por otro. Pero tampoco esto, al parecer, importaba en lo más mínimo a los indígenas. Durante toda una parte de la mañana se presentó una sucesión de parroquianos. Tenían el tipo justo para secarme y contraerme aunque fuese un poco. Me sentía tan blanda, tan inerte, tan insípida como un trapo. Un hombre se desenrollaba el taparrabos, cogía con esa especie de inepto y conmovedor orgullo, propio de los hombres en esos momentos, su verga rechoncha e hinchada, o fina y delgada, o angulosa como una cepa, o incluso enervada, inventiva, curiosa, inquieta, o extrañamente gruesa y entumecida, y con un golpe de riñones me la metía entre los muslos. Estos se separaban un poco más, pero mis riñones, bien calados en

el follaje, permanecían en reposo, ya que no sufría ni sentía casi nada. Algunos de los hombres, como si eso fuese entre ellos una norma habitual de hacer el amor, me levantaban los pies, me obligaban a estirar las piernas y me las cogían bajo sus axilas antes de metérmela. He de confesar que en esta posición, sobre todo cuando la verga era bastante larga y vigorosa, la intromisión, sin causarme un verdadero placer, al menos se hacía sensible. Sentía la verga remontar dentro de mí, tocarme quizás el fondo de la vagina, cuerpo extraño dotado del extraño privilegio de ir a habitar dentro de otro cuerpo. Afortunadamente, el hombre siempre se retiraba, y cedía el sitio a un vecino, antes de haberse dado cuenta de que podía, de que iba a conmocionarme. El breve aseo, luego la compresa helada me devolvían a la indiferencia.

Sentía mucho calor en todo el resto del cuerpo, a pesar de la gran sombra de los árboles. Mientras me la metían, me daba cuenta de que me estaba poniendo totalmente húmeda de calor y de sudor, en particular en la cara, bajo los senos, en el hueco del ombligo, y también entre los omoplatos y entre los lomos pegados al follaje. Poco a poco, una variedad minúscula de moscardones o de efímeras empezó a pegarse a esa humedad. Nawa-Na y una de sus compañeras se acercaban de vez en cuando para refrescarme la frente, o incluso el torso y el vientre, con otras esponjas empapadas con agua de manantial. Al hacerlo, Nawa-Na daba la espalda al indígena preocupado en dilatarme la vagina con su cola e, inclinada sobre mí, me sonreía. En un momento determinado, se inclinó lo suficiente, deliberadamente, para rozar con la punta de sus senos desnudos las de mis senos. Pero sentí un miedo horrible de que esto me excitase y me hiciese gozar, y esbocé con ostentación el gesto de escupirla en la cara, luego cerré los ojos y ya no volví a abrirlos. Sin embargo, tenía tiempo para ver que Nawa-Na fruncía iracunda las cejas.

Cuando todos me hubieron jodido a gusto, cada cual volvió a dedicarse a sus ocupaciones, o a sus diversiones. Las mujeres me levantaron y me llevaron hasta mi choza, lentamente, ya que

comprendían, aunque no quisiesen demostrarlo, que yo sentía toda la parte baja de mi cuerpo como de plomo. Tenía náuseas, podría decirse que todo el viscoso placer desparramado dentro de mí por los hombres chapoteaba pesadamente en mis entrañas, como una marea. Antes de llegar a la cabaña, me libré del abrazo de las mujeres que querían sostenerme, corrí a esconderme detrás del primer árbol que encontré y allí, acurrucada, evacué con todas mis fuerzas, con el fin de expulsar lo más posible toda esa abominación, en incluso su recuerdo. Una de las mujeres, que llegó a toda prisa para echar una mirada, meneó la cabeza, con lo que me pareció una especie de aprobación. Luego dijo algunas palabras a su vecina más próxima, que al punto dio la vuelta y quizás se dirigió hacia su choza.

De vuelta a la mía, en seguida me lavaron con un cuidado particular de pies a cabeza. Me dieron de beber todo lo que quise, y la verdad es que no lograba aplacar la sed. También me trajeron, en las habituales bandejas de madera y de corteza, en grandes conchas huecas si eran preparados más refinados, un desayuno más abundante que de costumbre. No tenía mucha hambre, solo sed, y en este caso me impidieron que tocara la comida. De hecho hasta que volvió la joven que se había separado del grupo, mientras me aliviaba detrás del árbol. Traía un recipiente de una forma curiosa, de paredes muy altas y de cuyo fondo salía una especie de largo tubo o de varilla flexible, afilada en la punta, fabricada aparentemente con una liana o con esa madera elástica que en Inglaterra llamamos viburno (*Viburnum*). En el elevado cuenco hueco se agitaba un líquido opalescente, lechoso, bastante semejante al que encontramos en el interior de un coco fresco. Mirarlo reanimó mi sed. Pero no se trataba de hacérmelo beber, en todo caso no en el sentido propio de la palabra. Las mujeres, que excepcionalmente me habían dejado de pie para lavarme, me pidieron que me arrodillara delante de la cama, el torso apoyado en esta y la mejilla apoyada en los brazos cruzados, las rodillas algo separadas, de tal modo que una

vez más me encontraba exhibiendo la grupa más arriba que el tronco, ampliamente abierta.

La muchacha que había traído el cuenco de agua clara, se llamaba Ta-Lila y a menudo la veía en compañía de Nawa-Na, como si fuesen amigas, permaneció de pie manteniendo el recipiente entre sus brazos. Creo que una vez incluso lo elevó más, izándolo sobre sus hombros, o incluso sobre su cabeza, como lo hacen muchos indígenas.

Me había dado la impresión de que el extremo del tubo de la liana estaba simplemente tallado en punta. En realidad, esa punta era una especie de larga cánula, hueca, semiflexible, y provista de una curvatura muy particular. Una de las mujeres, mientras yo me preguntaba para qué servía aquel instrumento, se arrodilló a mi lado, separó un poco más mis nalgas cogiéndolas con las palmas de la mano, y entonces, así abierta, con la impresión de que el ano iba a desgarrarse por sí solo, otra introdujo en él la punta de la interminable cánula y muy lentamente empezó a metérmela. A causa de su curvatura, que debía prestarse a un trazado interno del cuerpo, la sentí insinuarse muy claramente hasta el fondo de mis entrañas. En aquel momento todavía no había comprendido que las mujeres querían darme una lavativa, y al sentir ese objeto frío y delgado, sobre todo de tan extravagante longitud, penetrando en mi trasero, luego deslizándose inexorablemente dentro de mí, no pude evitar un grito de espanto. Incluso en Inglaterra, solo los conocía de nombre, los clísters y lavativas, y nunca había tenido que rebajarme a recibirlos. Ta-Lila se rio de mi miedo, mientras una de sus compañeras me daba un amable cachete en la parte baja de las nalgas y la vulva. Luego, una de ellas destapó y desahogó el fondo del recipiente, y el líquido, al que el hecho de que estuviera en alto imprimía una fuerte presión, se precipitó dentro de mí. Mentiría si dijese que el tratamiento, pasado el primer terror, era desagradable. Ahora sentía el chorro furioso prorrumpiendo en mis entrañas, rebotando, por decirlo así, contra las paredes, y mi vientre poco a poco se volvía más pesado con este frescor. De vez en cuando, la

mujer arrodillada a mi lado, y que me había separado las nalgas mientras me introducían la cánula, deslizaba la mano precisamente debajo de mi vientre, para comprobar su tensión y su peso. Entonces se dirigía a las otras dos, diciéndoles sin duda que podían continuar. Me gustaba el contacto de su mano, que parecía sostener así mi vientre que se había vuelto enorme, y expresamente me apoyé en ella, manteniéndola suavemente entre este último y el colchón de hojas, con el fin de darle a entender que deseaba que la dejase allí. Consintió entre risas y de nuevo me dio una amable palmada en la entrada de la vagina, justo debajo de la cánula.

Me dio la sensación de que las mujeres me inyectaban una sorprendente cantidad de solución lechosa, el vientre se inflaba y se aplastaba contra el colchón, y contra la mano de la joven indígena, y sin embargo casi tuve una desilusión, me sentí privada de algo, por así decirlo, cuando decidieron detenerse y, sin brutalidad, sacaron de mis entrañas y de mi ano la larga cánula. Tenía ganas de levantarme y al mismo tiempo estaba tan hinchada que temía que al primer movimiento ya no podría contenerme y en cierta manera explotaría. Pero la joven que estaba más cerca me puso una mano en los hombros, apoyándola ligeramente, y luego me tocó un momento el ano. Comprendí que me decía que no me moviese y que me aguantase un poco más. Durante ese tiempo, Ta-Lila y su compañera habían ido a aprovisionarse de más agua de manantial, o de cualquier decocción vegetal, llenando el cuenco, y habían fijado en la punta del tubo una cánula algo más corta, pero considerablemente más gruesa que la otra. Me la introdujeron en la vagina y de nuevo pude sentir el líquido bajo presión prorrumpiendo y chorreando dentro de mí. Pero ya no me pesaba y ya no tenía que hacer esfuerzos para retenerme. Excepto cuando se contrae por algo muy concreto, al ser el orificio del sexo orgánicamente más ancho y más flojo que el ano, y al ser, por supuesto, la propia vagina menos receptiva en volumen y en espacio que las entrañas, la mayor parte del líquido simplemente lavaba y volvía a salir por su propio movimiento en torno a la gruesa cánula. Por fin las mujeres me la

retiraron. Con precaución me pusieron de pie y solo tuve tiempo, vacilante como si estuviese ebria, de franquear la abertura que una de las mujeres acababa de hacer en el fondo de la choza. Detrás, en medio de los helechos, me agaché precipitadamente, medio desequilibrada por el desacostumbrado peso del vientre, y expulsé con una fuerza salvaje, sobre todo por el ano, pero también por la vagina, todo el líquido que me hinchaba. Sin duda, estos detalles son bastante vergonzosos, indecentes, sucios si se prefiere. Pero entonces yo tenía la sensación de estar más limpia, y era como una regeneración. Había evacuado, expulsado fuera de mí, todo el placer que no fue mío, toda ofensa, todo perjuicio.

Encontré a las mujeres en la choza. Me lavaron superficialmente, y sin embargo con la habitual atención, para borrar las últimas huellas de la mañana, luego me dieron unos calzones limpios. Querían darme los otros vestidos pero me negué. Me encontraba bien, me sentía joven y nueva. Me gustaba que los senos, que por lo que parecía interesaban muy poco a los hombres, y que yo encontraba tan bonitos, estuvieran en total libertad. Me instalé en la cama, bien adosada a una especie de almohada de follaje, y atacué casi ávidamente el desayuno. Las mujeres se habían llevado todo lo que había servido para las irrigaciones. Ta-Lila y otra volvieron para hacerme compañía. Me acuerdo que por un momento me pregunté cómo y por qué nunca estaban celosas. Después de todo, lo que los hombres me daban, aun cuando con un desprecio que rozaba la indiferencia, era algo que les correspondía a ellas. Luego la pregunta se me fue de la cabeza. Ta-Lila se divertía tendiéndome los trozos, o la concha entera que utilizaba como cubilete. Por condescendencia, incluso quise preguntarle el nombre maorí de diferentes objetos. Designaba uno de ellos, lo nombraba en inglés, y luego levantaba las cejas mirando a Ta-Lila y entonces ella lo nombraba a su vez. Al final designé el pezón, que bailaba y huroneaba a cada movimiento, de uno de mis senos. La muchacha rio, lo tomó entre sus labios y lo chupó un momento, luego posó el dedo sobre su propio seno y dijo un nombre. También lo he olvidado. Pero, al igual que Ta-Lila, lo cogí

con mi boca, chupé su botón como si se tratase de una pequeña ubre, cuando se endureció delicada, insidiosamente, me sonrojé. Tenía unos senos de una redondez y una plenitud extrañas en una mujer tan joven, con unos pequeños pezones, también redondos, de un adorable oscuro rosado. Ta-Lila y la otra mujer me dejaron sola para que hiciese la siesta.

En el duermevela, soñé con un pequeño valle de formas y colores muy suaves, de verdosa y acariciante vegetación. Sin embargo, el sol era demasiado cálido, demasiado cargado para Inglaterra, para mi país. Sin embargo, lo había reconocido. Era una visión lejana, nostálgica, pura, quizás inaccesible, e inefablemente triste, inefablemente punzante. En pleno sueño, como en el seno mismo de mi madre, me puse a llorar. Luego soñé con un caballo. Un semental blanco, totalmente desnudo, totalmente libre, erguido en la hierba verde del valle y enmarcado por el cielo. Era tan bello, el rey engalanado de luz, en la gloria de su crin y de su pelaje blanco crudo, tupido y sedoso, que sonreí. Sí, buenos días, nunca adiós a ti, Madre Inglaterra, y a ti también buenos días, salud, honor y respeto para siempre, caballo de mis placeres, gloria de mis senos desnudos y libres, caballo de mi orgullo.

La tabla de hojarasca fue retirada, entró de lleno la gran luz dorada, empolvada de un gris azulado por la lluvia y portadora del reflejo glauco de la hierba y de los árboles. Abrí los ojos y vi a Nawa-Na. Agradecí, sin saber muy bien por qué, que no estuviese presente cuando me dieron la lavativa. Quizás porque mi incoercible necesidad de ternura, necesidad de amar y de ser amada, que existe en cualquier ser humano no corrompido, ahora la había desplazado a una de sus compañeras. El instinto de mi cuerpo, si no el de mi ternura, que por supuesto es ciego, me enseñaba, me recordaba, que Nawa-Na, con su fría y fácil sonrisa, al fin y al cabo siempre me había llevado a la humillación y al dolor.

A pesar de mi repugnancia, que sin embargo no me atrevía a mostrar demasiado a las claras, la muchacha me bajó en seguida las bragas, me estudió una vez más el pubis y el sexo, colocando los

pulgares entre los labios para separarlos, y luego, tras haberme girado boca abajo, me escrutó también las nalgas, separándolas del mismo modo para ver el ano. Satisfecha, emitió un imperceptible chasquido con la lengua, y volvió a subirme el vestido pequeño.

Con esta indumentaria, Nawa-Na me llevó fuera de la choza. Mis senos se agitaban, brincaban, y con un cierto malestar sentía mis propias nalgas desenvolverse libremente bajo la ligera tela. De pronto pensé en mi vulva desnuda y las mejillas se me sonrojaron. De un modo extraño, el hecho de llevar las bragas me hacía más consciente de mi desnudez.

Dimos la espalda a la gran plaza y a las montañas. Nawa-Na me guiaba hacia una choza situada al lado opuesto, en cierta manera alejada, allí donde en general los árboles eran más escasos y los matorrales, los helechos, toda la vegetación era más baja. Parecía que ese día había pocos hombres en la aldea. La llovizna de cuando desperté se había parado, y los niños, las mujeres, se dedicaban a sus ocupaciones y juegos habituales.

Por fin llegamos a una choza algo retirada, algo apartada, que un bosquecillo abrigaba del exceso de lluvia y de sol. Cuando me solazaba con el contacto de la hierba, de ese humus cálido bajo mis pies desnudos, salió de la choza un indígena muy grande y macizo. Reconocí a Ra-Hau, al hombre que siempre había considerado como el jefe, o uno de los jefes de la tribu. En realidad, a pesar de su talla gigantesca, la apariencia casi escultural de su musculatura, de una excepcional tersura, tenía un cuerpo armonioso, bien plantado, los hombros anchos, los pectorales como un escudo de bronce y las caderas bien puestas, marcadas por la apretada tela del taparrabos, cuya blancura deslumbraba junto a su piel oscura. Un hermoso animal, pensé, recordando confusamente el semental de mi sueño. Ra-Hau tenía los cabellos largos y negros que casi le llegaban a los hombros, el rostro demasiado ancho, con los pómulos un poco salientes, la nariz algo demasiado aplastada, compensada por unos ojos muy rasgados y abiertos, de un negro intenso, y un trazado feroz y preciso de labios. Cuando nos vio, sonrió bonachonamente.

Sin preocuparse por invitarnos a su choza, sin dirigir ni siquiera la palabra a Nawa-Na, empezó en seguida a desenrollarse su taparrabos. Su sexo se erguía vibrante, animal y divino como su amo, cuando cayó el paño. Siempre he creído, y ahora creo más que nunca, que son los hombres impotentes y las mujeres frías los que se preocupan en demasía por la longitud y el grosor de una verga. El verdadero placer, como la verdadera felicidad, después de todo solo son sentimientos. Sin embargo, no puedo dejar de señalar las furiosas proporciones y la furiosa belleza de la que estaba dotado Ra-Hau. Cual un semental, su miembro se erguía hasta tocarle el ombligo y temblaba, se tornasolaba como dotado de vida propia, como si se tratara de un ser totalmente independiente, altivo y solitario, un ser totalmente aparte.

Ra-Hau, tras casi arrancarme las bragas con un gesto desenvuelto, sin tomarse la molestia de quitármelas totalmente, me puso frente a Nawa-Na, inclinada hacia adelante y con las dos manos agarradas a la cadera de la muchacha para sostenerme. Al suponer que iba a metérmela en aquel mismo momento, pensando en su terrible artefacto, confieso que no pude dejar de temblar. Pero la cabeza de cobra encolerizada de su verga se contentó con rozarme entre los muslos, en la entrada de la vagina. Ra-Hau la retiró a continuación y me sondeó con el dedo. Noté claramente que estaba totalmente contraída. Incluso, aun cuando solo fuera con el dedo, tuvo que hacer un esfuerzo para rebasar el anillo inicial y hundirse. Las lavativas, que después de todo me habían a la vez relajado mucho y desalterado, ahora dejaban en todo mi vientre y mi bajo vientre una especie de irritación o de confusa comezón. Habría podido decirse que tras ellas, y tras lo que había ocurrido por la mañana, solo me quedaba esta urticante sensación de vacío. O más bien una profunda insensibilidad, como si la jornada de mi cuerpo hubiese terminado o, si se prefiere, como si mi propio corazón así lo hubiese considerado y deseado.

Ra-Hau retiró también su dedo y me irguió con su poderosa mano. Con un aspecto a la vez encolerizado y desconcertado, las

cejas casi juntas, examinó su dedo, luego su propio sexo, que decepcionado como el propio Ra-Hau, bajaba con socarronas sacudidas su pesada cabeza, lo que le produjo una fuerte risa, muy imprevista, al atlético indígena. Pareció reflexionar durante unos segundos, si es que esta gente reflexiona como nosotros, y aproveché para reajustarme lo mejor que pude los calzones. Luego habló brevemente a Nawa-Na. Esta batió palmas y salió al punto hacia el bosquecillo.

«¡Oh! ¡No!», me dije, de súbito aterrada.

Poco después volvió con una de sus infernales varas, no sé qué tallo fino y flexible acababa de arrancar y limpiar. A mi pesar, las nalgas se me crisparon, y más aún cuando Nawa-Na me dirigió una de sus odiosas sonrisas, con sus grandes ojos oliváceos brillando con una especie de regocijo o de perezosa alegría. Empujada por la desesperación, me giré hacia Ra-Hau y le supliqué en silencio, pero no pareció comprenderme. Se encogió de hombros y me hizo señales de que obedeciese a Nawa-Na. La muchacha, cogiéndome de la mano, mientras yo contenía con gran pesar las ganas de echarme sobre ella y atizarla hasta que reventase, fue a sentarse a unos metros de la cabaña, sobre un montículo herboso, apoyada en el tronco de uno de los primeros árboles. Al igual que el que se encontraba en el espacio libre en medio del *pah*, este podía servir de asiento. Luego me extendió sobre sus rodillas y, para variar, me despojó de mi único vestido. Contrayéndome con todas mis fuerzas esperé que se abatiese, aunque supiese que cuanto más me contrajese más atroz sería el dolor. A pesar de la vergüenza, intenté girar la cabeza hacia Ra-Hau para implorarlo por última vez. Nos había seguido paso a paso y contemplaba encantado mis nalgas desnudas. En el mismo instante en que sabía, sentía, que el brazo de Nawa-Na iba a abatirse, tendió la mano con un gesto brusco para detener a la muchacha. Vi que de nuevo reflexionaba con intensidad, mientras que su hermoso sexo musculoso y fino se erguía en todo su esplendor. Al igual que un momento antes, Ra-Hau se inclinó y con una sola mano me volvió a poner de pie. Las bragas

que se habían quedado a la altura de los muslos parecieron irritarle y me las quitó de un manotazo, desgarrándolas. Luego, con voz sorda e impaciente, dijo algo a Nawa-Na. Juro que su carne oscura enrojeció visiblemente. Sus ojos negros fulguraron, los músculos de las mandíbulas trazaron minúsculas protuberancias y sacudió violentamente la cabeza. Pero Ra-Hau, erguido con toda su enorme talla, los hombros y el bloque de los pectorales macizos como el frontón de un templo, insistió, con una no menor violenta autoridad. Al mirar sobre todo su sexo, perpendicular al vientre, y trémulo como una cuerda tendida en el viento, presentí la irresistible prisa, la agitada impaciencia del gran indígena. Nawa-Na a su vez debió ceder. Me lanzó una mirada realmente asesina, me hizo sentar en el mismo lugar sobre la especie de peldaño de hierba, donde ella se había instalado anteriormente y, como la miraba con sorpresa, se acostó boca abajo, las mandíbulas hinchadas de rabia, a través de mis muslos y rodillas. Creo que ya he dicho que los indígenas poseen una especie de instinto diabólico de lo que siente el otro. Ra-Hau, que quería doblegarme totalmente, y, para ser sinceros, obligarme a lubricarme antes de penetrarme, había adivinado que lo lograría mejor, más de prisa, permitiéndome, por una vez, azotar y humillar a mi vez a Nawa-Na, en vez de dejarme atormentar por ella. Demasiado cierto es que mi corazón saltó de alegría, y que ya un primer estremecimiento parecía herir voluptuosamente el tejido de mi vagina en mi vientre. Tuve alguna dificultad en quitarle el taparrabos a Nawa-Na mientras estaba echada sobre mí. Pero me sentí más que recompensada al descubrir a mi vez, así desveladas y en ofrenda, totalmente abiertas sobre mis rodillas, sus pequeñas nalgas tibias, el delicado fruncimiento del ano de un hermoso marrón dorado, el pliegue confusamente empizarrado del sexo. Nawa-Na, sintiéndose entregada, se esforzó, como yo misma había hecho, en cerrarse, pero me bastó con levantar un poco la rodilla derecha para volverla a abrir de nuevo. Tenía realmente un trasero encantador, a la vez más estrecho y más bombeado que el mío, menos ancho y menos carnosos. Un grano de piel más apretado,

mejor pulido y, sin embargo, lo que casi me ponía celosa, más aterciopelado y más tierno.

Ra-Hau me tendió la delgada varilla que tenía que hacer las veces de verga, pero no deseaba utilizarla. Creo que nunca he sido cruel. Y, sobre todo, eso me parecía mucho menos sensual que azotar simplemente a Nawa-Na, como se castiga a los niños en Inglaterra y como ella misma me había azotado el primer día. Rechacé pues la varilla y, embriagada de alegría, me dispuse a aplicar sobre la insolente grupa el más fuerte diluvio de palmadas que pudiese dar. Quería que Nawa-Na recordase esa azotaina todo el tiempo que viviese. La azoté sin debilitarme, con golpes secos que rebotaban, por así decirlo, sobre su adorable trasero, durante un tiempo interminable, o así me pareció, ya que en verdad moría de placer mientras azotaba a la muchacha. Bajo los golpes, sus nalgas redondas a veces se contraían, se crispaban como su rostro, y a veces parecían renunciar a ello, desmoronarse, abriéndose entonces por todo lo ancho, tan flexibles y delicadas como la piel de un guante. Y yo, en esos momentos, me aprovechaba de la humillante derrota para azotar, la palma de la mano bien plana, las mucosas totalmente ablandadas de las zonas anales y vaginales, llegando incluso a arquear la mano hacia atrás, justo antes de abatirla, para mejor sentir esa carne en flor. He de reconocer que Nawa-Na dio pruebas de una mayor resistencia, o de una mayor rabia y testarudez, de la que yo sabía mostrar cuando ella me azotaba. Un momento muy largo realmente, y, cuando la púrpura oscura de la sangre ya afluía, cual vino bajo una delgada seda dorada, en la carne aterciopelada y tersa de su trasero, permaneció silenciosa, apretando sin duda los dientes, con una obstinación de cabra, crispando y relajando solamente, según un ritmo cada vez más rápido, en un vano intento de escapar a los golpes, o de debilitarlos, los conmovedores semiglobos de sus nalgas, alternativamente hinchados, salientes y deprimidos. Ra-Hau, inclinado sobre nosotras, ahora estaba empalmado de tal modo que creí que su enorme glándula iba a reventar. Me gritó una orden, una enloquecida oración

si se prefiere, y pensé que temía, tan emocionado estaba por el espectáculo, descargar su placer en el aire, incluso antes de haber podido penetrar a Nawa-Na o a mí. Redoblé entonces mis golpes,forcé mi alegre vigor y, por fin, con un profundo sobresalto de rabia y desesperación, la muchacha se puso a llorar. Cuando hubo empezado, ya no pudo detenerse, sus lágrimas se volvieron gritos y luego gemidos y sollozos. Pero ella me había azotado tan bien que yo sabía que en ese momento gozaba como una perra, y que su interior se mojaba abundantemente. Estuve muy tentada de interrumpir el castigo y meter toda la mano en su vagina para sentir su orgasmo. En cierta manera hubiese querido quitarse. Ra-Hau no me dio tiempo para ello. Su torso escultural jadeaba como el fuelle de una fragua y se estremecía. Nos levantó a las dos de un solo movimiento; Nawa-Na, todavía temblorosa y sacudida por los espasmo, debidos a la vez a la azotaina y al placer, con el rostro congestionado y bañado de lágrimas, me curvó frente a ella. Con las manos sujetas a sus caderas, apretaba mi boca y toda la parte inferior de mi rostro contra su vulva desnuda, de tal manera que yo también me encontraba con las nalgas separadas y el sexo expuesto. Y en el mismo momento en que sentía brotar entre mis labios la savia feroz y mareante de Nawa-Na, la verga casi monstruosa de Ra-Hau, se hundió entre mis nalgas y me penetró en la vagina hasta las entrañas. Realmente me dio la sensación de que chocaba con mi corazón en lo más hondo de mí. Ra-Hau, que era todo un semental, emitió un vibrante y potente «¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!», que evocaba el grito de un caballo, y casi al mismo tiempo, bajo una punzada de goce que creí que me destornillaría la vagina, lancé una larga queja, ululante, que la pequeña vulva mofletuda y toda mojada de Nawa-Na, que me llenaba la boca, no logró amortiguar. Con salvajes sacudidas, mis riñones respondieron a los ataques bruscos y violentos de Ra-Hau, hasta el último segundo en que todo se desgarró en él y en mí. La tierra, dentro de mi vientre, deflagró contra el sol mientras las pulsaciones, dotadas de una increíble fuerza, del semen de Ra-Hau, me acribillaban y me llenaban de su

placer a la vez que yo descargaba violentamente el mío en su encuentro. Los tres rodamos por el suelo, yo, Ra-Hau y la muchacha, torcidos y confundidos como muertos. En la caída, Nawa-Na me había rodeado el cuello con los brazos. Menos abismada, menos engullida que Ra-Hau y yo, ya que había gozado antes, me abrazaba desesperadamente, su boca contra mi boca, mis cabellos rubios mezclados a sus cabellos negros.

* * *

Mi vida en el *pah*, y con los indígenas, cambió sensiblemente desde que di la azotaina a Nawa-Na y que Ra-Hau me jodió. Cuando volví a mi choza, por ejemplo, me negué a usar mi ropa interior (*Underclothings*) inglesa, para sustituir la que Ra-Hau había desgarrado. Al haber ido Nawa-Na a ocultar su vergüenza no sé en qué lugar de la aldea, quizás a una de las grandes cabañas en las que los hombres por un lado y las mujeres por otro parecían reunirse de vez en cuando, hice comprender a las que me lavaban que ya no deseaba usar mi propia ropa y que quería un taparrabos como el de ellas. Al principio rieron a grandes carcajadas, les parecía la idea más extravagante del mundo. Luego se enfadaron. Para decirlo todo, una de ellas como si hubiese adivinado que había que vengar a Nawa-Na, incluso llegó a acostarme sobre sus rodillas y por las buenas me azotó, cuando mis muslos y mis rodillas todavía temblaban por el placer que había sentido con Ra-Hau. Dentro de mi desgracia me felicitaba de que al menos Nawa-Na no estuviera allí y no pudiera asistir a esta escena consoladora. Pero a continuación tuve la idea seguramente mucho más feliz, de invocar el nombre de Ra-Hau. Las mujeres se pusieron a reír de buena gana, la que me azotaba prosiguió el castigo hasta el final y, una vez más, volvía a tener el trasero humillado y ofendido. Sin embargo, no dejaron de satisfacer mi deseo. Cuando me pusieron de nuevo de pie, otra vez lavada y limpia, enrollaron con cuidado la pieza de lino alrededor de mis caderas y la llevé con placer todo el tiempo que quise.

Así vestida, durante los días que siguieron, me desplazé mucho más libremente por la aldea, e incluso participé de su vida. Cuando salía el sol y en diferentes momentos del día, las mujeres iban a mi choza a despertarme, a lavarme, me traían de comer o de beber, ajustaban mi taparrabos, o me lo quitaban para dormir. Bastante a menudo persistían en utilizar la fuerza. Decidían que necesitaba una azotaina, una lavativa, y tenía que someterme. Pero a menudo también en cambio, no tenía más que rechazar sus servicios para que al punto cediesen. Al parecer, a partir del día en que Nawa-Na empezó a volver a mi choza con sus compañeras, ya nunca se atrevió a resistir o incluso aparentar que se resistía a una u otra de mis órdenes. Cuando tenía ganas, yo misma la azotaba. Y cuando empezaba a desenrollar su taparrabos, su carne de un oscuro dorado enrojecía, su mirada huía de la de las demás jóvenes, pero ya no luchaba contra ello. La colocaba como quería sobre mis muslos y la azotaba hasta que estallaba en sollozos. Y, a menudo, cuando la levantaba, cogía mi mano y la besaba, y me abrazaba con todas sus fuerzas con el rostro escondido entre mis senos. Una vez, hice que Ta-Lila y otra, tras haber puesto su nariz en el colchón y sus adorables nalguitas al aire, le diesen una formidable lavativa. He de decir que sentía un enorme placer cuando introducía la larga cánula en su ano y en el recto, hundiéndola hasta sus entrañas. Nawa-Na empezó a llorar de pánico cuando ni siquiera le había metido la mitad. No por ello dejé de meter el resto, y la llenamos de tal manera que su vientre juvenil se hinchó como un balón. Era como si se encontrase en el último momento de un embarazo. Casi todo el tiempo lloró. Cuando por fin la llevamos fuera y la permitimos deshincarse, me entretuve manteniendo el dedo metido en su vagina en tanto ella expulsaba por el ano toda esa agua lechosa. En mi opinión era un hermoso cuadro. Incluso me incliné para chupar y lamer al mismo tiempo sus senos. Luego, como de costumbre, se acurrucó en mi pecho, la espalda nerviosa sacudida por grandes sollozos de niña. Pero era sobre todo cuando me paseaba por la aldea, cuando me daba cuenta de que mi condición

había cambiado. En pocas palabras, ya no era real, o totalmente, una extranjera; si me sentaba, o más bien me agachaba al lado de las mujeres que machacaban los cereales, raspaban un tubérculo, o enriaban una planta textil cualquiera, no afirmaré que me acogían con una amplia sonrisa, pero tampoco entre ellas, sin un motivo preciso, se sonreían de ese modo. Y de la manera más natural me tendían un mazo, el peine de cardar, el rallador, y podía participar en sus trabajos.

Me encantaba acompañarlas hasta la fuente, en una especie de hueco rocoso, o de circo, de anfiteatro en miniatura al pie de las primeras columnas. La lujuriente vegetación envolvía a la pequeña cascada. Muy pronto cogí el hábito de llevar los diferentes modelos de jarras y de cántaros como las mujeres indígenas, encima de la cabeza, aunque en verdad yo siempre tenía que sujetarlas por un lado para mantenerlas en equilibrio. Me divirtió, me encantó constatar que sobre todo era ese modo de transporte el que contribuía a que las maoríes tuviesen soberbios senos, así como también contribuye a andar con soltura y nobleza. De un día para otro veía endurecerse, muscularse, no mis senos propiamente dichos, pero sí los ligamentos entre el cuello y el hombro, lo que evidentemente los vuelve a tensar y les imprime un aspecto y un movimiento insolente y altanero. Puedo añadir, para no ocultar decididamente nada, que mis propias nalgas, sin perder su feminidad, se volvieron a la vez más osadas y más densas a medida que corría a través del *pah*, por la maleza y las colinas de alrededor, y gracias al ejercicio que realizaba.

La fuente, el manantial, en cierta manera era el rincón de las mujeres. Allí jugaban y charlaban. Y, cuando se ponían totalmente desnudas, como hacen las mujeres para sentirse más sueltas y libres, para jugar en el agua de una pureza cristalina, y también para estudiarse unas a otras, compararse, hablar de lo que preferían en tal o cual hombre, o de lo que este o aquel prefería sobre todo de ellas, yo las imitaba y también me desnudaba. Me miraba en el agua como en un espejo y solía encontrarme hermosa.

Cuando sentía en mí la difusa sensación de vagancia, de entrega y la pequeña irritación, a la vez febril y fría, que anuncia la necesidad de satisfacción sexual, me dirigía sin preocupación alguna hacia la choza de Ra-Hau. He explicado que él vivía algo apartado, y parecía que las demás mujeres y también los hombres y los niños evitaban ir por ese lado si no habían sido expresamente invitados, como si la choza y el propio indígena estuviesen rodeados, si no totalmente preservados, por una especie de tabú. Yo no tenía que tenerlo en cuenta. O al menos nadie jamás me dio a entender que hubiese de tenerlo.

Tanto si había o no otros indígenas por allí cerca, es decir lo bastante cerca como para verme, incluso antes de haber llegado a la choza, y sin preocuparme en absoluto por disimular, empezaba a desenrollar el taparrabos y me ponía desnuda. Ra-Hau no estaba con frecuencia en su casa. Y si no lo descubría en seguida, poco después aparecía de entre los árboles. Al reconocerme, a su vez se desvestía. Su apresuramiento me frustraba algo, me hubiese gustado desnudarle con mis propias manos. Pero quizás este gesto, esta actitud, también estaban prohibidos por un tabú. Ra-Hau, en cambio, no se ofendía ni se sorprendía de que, con avidez, con ardor, cogiese con mi mano su verga principesca o sus pesados e hinchados testículos. Como la mayoría de los indígenas, tenía poco pelo en el cuerpo, y me daba la sensación de que entre mis dedos aprisionaba un ébano vivo, o la recia y densa carne de un caballo. Un día en que Ra-Hau estaba, al parecer, menos dispuesto al placer, y su sexo más perezoso, se me ocurrió la extravagante idea de cogerlo con mi boca y mamarlo para excitar al gran maorí. Sabía que en cualquier caso mamarlo así me derretiría de gusto. Pero Ra-Hau era demasiado enorme. No quiero decir grande, quiero decir que su sexo era de un tamaño desmesurado. Tan solo el glande ya me distendía los labios, apenas podía sujetarlo entre la lengua y el paladar, de manera que me resultaba casi imposible succionar. Y por supuesto me ahogaba. Con pesar, ya que encontraba en él un gusto y un sabor totalmente adorables, me vi obligada a sacarlo de la

boca, sobre todo porque esa enloquecida y sorda tensión de animal presto a saltar me removía el corazón. Me limité a besarlo con ardiente insistencia, aspirando con todas mis fuerzas justo en la minúscula grieta que abre la convexidad del glande y por la que, por supuesto, brota el licor del hombre. Conseguí un excelente resultado mucho antes de lo que suponía. Apenas unos segundos después de que hubiese empezado, Ra-Hau gruñó como una fiera, sentí agitarse en mi mano, a lo largo de su verga, el movimiento de sus riñones, y casi al mismo tiempo se sobresaltó, dio un bufido y el cañón de bronce me inundó la cara, y luego como había retrocedido instintivamente, el cuello y los senos. Curiosamente, Ra-Hau reventó de risa en ese momento, tembloroso y ronco. Y aunque estos chorros calientes y potentes en cierta manera me repugnaban mucho, sentí algo cercano al orgullo. En cierta manera, Ra-Hau me pertenecía más al gozar así que al depositar su semen dentro de mí.

Sin embargo, normalmente estaba demasiado impaciente para entregarme a esos jueguecitos o a cualquier otro refinamiento. Solo iba a encontrarme con el gigante porque sentía la necesidad de sentirme llena. Verle desnudo y pensar al mismo tiempo que precisamente yo, súbdita británica, hija, como cualquier otra, de nuestra Reina, veía y contemplaba con ansia esa gran desnudez negra, bastaba para provocarme esa necesidad y para que de antemano se humedeciese en mí el lugar donde él sería satisfecho. Por eso no perdía el tiempo. Simplemente me aseguraba de que la impresionante verga de Ra-Hau estuviera dispuesta, en condiciones de funcionar, con los muslos abiertos, y me sujetaba en lo que tuviera a mano, árbol, paredes de la choza, tronco cortado a la altura de mi vientre. Entonces, en ese mismo momento, se producía la inolvidable sensación, siempre conocida, siempre nueva. El glande que separa con fuerza las tiernas murallas de la vagina, la ensarta toda, siempre forzando, pero también con espléndida flexibilidad y maravillosa suavidad, luego toda la redondez, toda la longitud de la formidable verga que realmente parece llenar con exactitud todo el canal, todo el emplazamiento disponible, huésped inefablemente

previsto y deseable, que cierra tras de sí la puerta de una casa expresamente edificada para él, ya que la habita toda. Cada vez, el furioso trabajo de zapa, el salvaje jugueteo de Ra-Hau dentro de mí me enarcaba voluptuosamente los riñones antes de llegar a mi corazón. Respondía golpe por golpe. Luego, como las olas rechazadas por la proa de un barco, todo mi cuerpo, toda mi alma parecían desgarrarse en dos por la verga de mi amante. Me rasgaba en dos y, por fin, como siempre, la proa daba con el sol, y yo expulsaba frenéticamente mi placer coincidiendo con Ra-Hau, en el mismo instante en que él descargaba el suyo dentro de mí.

Una vez, sin embargo, me pasé.

Un día, en lugar de inclinarme hacia adelante como de costumbre, aun permaneciendo de pie, se me ocurrió doblarme totalmente. Creía que así la larga verga de Ra-Hau penetraría aún más adentro y más totalmente en mí, y que yo podría estrecharla mejor con mi vagina, la cogería por así decirlo por la garganta para hacerle escupir su adorable jugo. Tras excitar a Ra-Hau, y cuando su glande se convirtió en algo parecido al sombrero de una enorme seta, marrón rosado, me dirigí hasta la banqueta de hierba en que había azotado a Nawa-Na. Me subí a ella y me arrodillé, dando siempre la espalda a Ra-Hau. Luego, una vez arrodillada, al mismo tiempo me senté sobre los talones y me prosterné de tal modo que la cara y los hombros tocasen la hierba de la banqueta. En esta posición, algo parecida a la que adoptaba cuando las mujeres me daban una lavativa, pero con los riñones todavía más ahuecados, lo cual por otra parte no es una posición en absoluto incómoda cuando se tiene el cuerpo flexible, tenía la cabeza mucho más baja que la grupa, y esta, bien plantada sobre mis talones, se abría y se ofrecía de par en par al sexo de Ra-Hau, de pie detrás de mí. Doblada de esta manera, sabía que tendría que violarme para abrirse paso dentro de mí, y me aprestaba con gran temor, y también con gran impaciencia, a recoger esta primera sensación. Pero el maorí me preparaba una severa sorpresa. Para empezar, en lugar de ensartarme en seguida se entretuvo en acariciarme el orificio de la

vagina con su glande, de abajo arriba y de arriba abajo, excitándome hasta casi volverme loca.

—¿En qué pierdes el tiempo, gordo cerdo negro? —le decía en ingles, implorante, jadeante y humedeciendo todos mis emuntorios —. ¡No juegues, estaca salvaje! ¡Apresúrate a soltar tu leche y a hacérmela soltar a mí, especie de enorme máquina de joder, no estás ahí para divertirme!

Y el muy bárbaro, en el mismo momento en que casi gozaba del frenesí de no llegar a gozar, decidió sodomizarme. Su monstruoso glande me dilató el ano con una fuerza terrible, lo ahuecó a su alrededor hasta el punto que creí que iba a estallar, empujó, forzó hasta que yo, sin poder contener un grito desgarrador, me meé de dolor. Prosiguió sin piedad su esfuerzo hasta el momento en que el borde del enorme capullo de carne, como la muesca de una punta de flecha, hubo franqueado el miserable anillo, atrozmente distendido. Y de pronto, a la manera de un corcho que salta fuera de una botella de vino espumoso, la masa del glande brotó en mis entrañas y pareció hundirse en ellas hasta el infinito, propulsada por la estremecedora longitud y el peso de la verga. La lavativa, la delgada y larga cánula, que tanto me había sorprendido cuando Nawa-Na me la insertó, y que a ella le había hecho llorar cuando yo se la inserté a mi vez, era tan solo una broma comparada con esta violación. Me daba cuenta de que hasta entonces no había sabido darle valor a las palabras. No se sabe qué es ser violada, sondeada y hurgada en el corazón de las entrañas hasta que la estaca de un hombre, sobre todo si tiene el tamaño de la de Ra-Hau, no nos ha abierto por la fuerza el ano, no se ha hundido, en un salto monstruoso dentro de nosotras, no se ha alojado toda ella en lo que parece ser lo más estrecho, lo más secreto, lo más privado del cuerpo. Para decirlo todo, la sensación es tanto más espantosa cuanto que la verga no llena las entrañas, como puede llenar la vagina. Tras el primer desgarramiento de la penetración, se diría realmente que se mueve en libertad, que se agita y retoza en una especie de vacío, mientras que, atrás, el ano permanece separado

hasta el límite de su resistencia alrededor de la raíz, que a su pesar estrecha como para agarrarla, como para impedir que se vaya mientras ella lo tortura. Desesperadamente se descarta rechazarla, expulsarla, al sentir en el fondo, en el fondo de las entrañas, esta sensación de vacío, la enloquecedora ausencia del contacto de las mucosas con las mucosas, de la carne con la carne. No obstante, a pesar del intolerable sufrimiento, de esta atroz dilatación del ano, una vuelve en sí y al furioso deseo de la sensación. A cualquier precio se desearía arrancar el monstruoso cuerpo extraño y, al mismo tiempo, se hace continuamente el esfuerzo para conservarlo precisamente con el fin de sentirlo, ya que solo así se logra sentir, aun a costa del desgarró y del dolor. Así, en lugar de permanecer simplemente ensartada y de intentar disminuir en lo posible este dolor evitando todo movimiento, acomodándome lo mejor posible a la enorme verga de Ra-Hau e impidiéndole a él también moverse dentro de mí, no podía evitar avanzar y retroceder todo el cuerpo, y por consiguiente el ano, a su alrededor, al igual que correría una anilla por una varilla monstruosa, cuando sentía la más punzante sensación que coincidía con el momento en que alcanzaba, recobraba y reconocí, por así decirlo, el más conmovedor placer. Ese era el momento en que, al ir hacia adelante todo lo que podía, obligaba también al glándulo de mi amante a retroceder dentro de mí todo lo que podía, hasta el cuello mismo del ano, distendiéndolo aún más y presto a salir de él en un último desgarramiento. En este preciso instante, en que el glándulo de Ra-Hau en toda su ancha plenitud rozaba las estrechas paredes de mi ojete e iba a salir de él, a tirarse fuera de mí, fuera de mi cuerpo y de mi alma, al aire libre, el sufrimiento se volvía intolerable y lanzaba un grito terrible. Pero este roce en el umbral de mi cuerpo me sacudía de los pies a la cabeza en una sola frenética convulsión de placer y, en el momento mismo del sufrimiento y del goce, recobraba la fuerza que me impulsaba de nuevo al encuentro del cuerpo de Ra-Hau, y me deslizaba por su verga, que era su cuerpo y su alma, para atraparla toda, impedir que se escapase, tragarla y engullirla de nuevo con mi

ano y de nuevo sentirla estirarse toda ella lentamente en mis entrañas, hasta lo más profundo de mí. El propio Ra-Hau ya no contenía los gritos de alegría y de dolor que entremezclados, parecían relinchos. Mucho mejor que con los músculos del cuello vaginal, lograba aprisionarle el glande a medida que lo acercaba a mi ano de fuera para dentro, y por momentos él podría pensar que acabaría por arrancar de su vientre, sorber y guardar irreversiblemente en el mío su propia verga, toda entera. Cuando hice brotar de él y le extirpé la savia misma de su placer, como el jugo de un fruto aplastado entre los dedos, lanzó un verdadero aullido, yo también grité y sentí con fulgurante claridad el chorro ardiente que se desparramaba y que inundaba de vida las sombrías cavernas de mi cuerpo. Al igual que la primera vez que me jodió, rodé por la hierba al mismo tiempo que la verga, cual una goma que se estira y se retracta, salió de mi ano, y de mí. Ra-Hau, por su lado, también se derrumbó como bajo el golpe de un mazazo.

Dado el estado en que me dejó aquella especie de monstruo, necesité durante varios días los emplastos de hierbas astringentes y cicatrizantes de las mujeres de la tribu. Incluso andar me resultaba penoso, y la sola idea de ser enculada de nuevo me estremecía. Durante esos días, no solo no me azotaron ni dejaron que los hombres se acercasen a mí, sino que las mujeres, temiendo que me desgarrase, ni siquiera me permitían satisfacer normalmente ciertas necesidades. Me aliviaban con lavativas, mezcladas con jugos vegetales y ungüento. Luego, cuando las mucosas recobraron su firmeza, me dieron masajes varias veces al día. Realmente todo eso me encantaba. Las irrigaciones me vaciaban y me limpiaban todo el interior del cuerpo. Y cuando quedaba totalmente limpia, me llevaban fuera de la choza, bajo el sol, me extendían boca abajo sobre uno de esos grandes lechos bajos tan caros a los indígenas, atiborrados de hojas y plantas olorosas. Una de las muchachas, mediante un juego de dedos y manos, me descansaba los hombros y brazos. Otra, sentada al sesgo en el borde del lecho, la espalda y los riñones. Una tercera, las pantorrillas y las plantas de los pies, y

puedo asegurar que esta última sensación era exquisita. La muchacha más experta se encargaba de la región que Ra-Hau me había herido, recogiendo y aproximando poco a poco, sin duda con los pulgares, los accesos del ano y de la vagina. Confieso que algunas veces llegué a gozar, cuando los dedos mágicos habían insistido un tiempo en estos puntos sensibles. Las pequeñas salvajes gritaban de alegría, ipensando evidentemente que el tratamiento hacía maravillas! Me palmoteaban las nalgas para felicitarme, e incluso la más joven, tierna y juguetona metía su graciosa cara entre mis muslos y lamía a pequeños lengüetazos, como un gato, el pliegue secreto de la vulva, lugar de mi placer.

Más adelante, ya totalmente curada y otra vez convertida en objeto de juego, si se quiere, de los indígenas, me di cuenta de que, si había sido suficientemente preparada y excitada, yo misma me humedecía el ano, casi tanto y tan bien como la vagina. Incluso el enorme Ra-Hau, cuando volvió a tomarme, nunca tuvo que utilizar aceite de copra o sustancias análogas para suavizarme y reblandecerme. Cuando excepcionalmente estaba demasiado tensa, demasiado seca, y por tanto cuando él hubiese podido herirme o a él le hubiese podido resultar incómodo, en general bastaba con una azotaina. Hacía que me la diese la primera mujer que encontraba, o bien yo desnudaba y azotaba a esta o aquella. Por un lado, hay pocas cosas más bellas que un hermoso trasero de mujer. Y, por otro, es un hecho que las emociones e incluso las sensaciones violentas disponen para el amor. También me di cuenta de que Nawa-Na, así como alguna de las mujeres casadas, y muy pocas veces las más jóvenes compartían conmigo esta curiosa propiedad de gozar de un modo perceptible, y de ser fácilmente penetrables por el ano. Las otras, no solo a las más jóvenes sino también a muchas adultas, habría habido que violarlas cada vez, difícil y cruelmente.

Ahora era ya un hecho admitido por todos el que yo perteneciera al *pah*, a la aldea, e igualmente habría podido divertirme la idea de que era la aldea la que me pertenecía a mí. Vestida solo con el

taparrabos o, a veces, simplemente por jugar, vestida de pies a cabeza a la moda inglesa, vagaba a mis anchas participando en las ocupaciones, en las distracciones y en los cantos (estos, por cierto, curiosamente distintos para los hombres y para las mujeres) que acompañan a menudo los trabajos, sobre todo los más difíciles, ya que, como parecen haber comprendido especialmente los africanos, el ritmo alivia las penas. Nosotros, los ingleses, y todos los blancos civilizados, creemos que es sueño el que distrae de la acción y la elude.

Lo único a lo que no hubiese tenido derecho a negarme, en el interior del sistema, o si se prefiere de la convención de esta pertenencia recíproca entre la aldea y yo, era al deseo de un hombre. Al recibirme en su seno, el *pah* había adquirido en cierta manera una mujer suplementaria. El *pah* me alimentaba, me albergaba, me lavaba, me hacía vivir. Me convertía así en la propiedad o el lujo si se prefiere, de todos los miembros del *pah*. Era indivisible y común. Cualquiera que fuese el lugar por donde me paseara, la vestimenta que llevara, incluso la actividad a la que me dedicara, el primer indígena que llegara tenía derecho a exigirlo todo de mí, asimismo se daba por supuesto que yo no podía tener más que muy pocos motivos razonables para rechazarle o sustraerme a su exigencia.

El maorí excitado me llevaba a su choza, me echaba en el jergón, luego me arrancaba el taparrabos, o arremangaba faldas y faldillas y me quitaba las bragas, si iba vestida como una dama, y me jodía sin tregua. En realidad, todo le estaba permitido. Me metía su verga en la boca o en el culo, e incluso a veces entre los senos, obligándome a que los apretase con mis manos para estrechársela y, tras algunos vaivenes, hacerle gozar. O simplemente se acostaba sobre mí, o me aprisionaba los muslos bajo sus axilas, me hurgaba la vagina y a continuación me jodía como un conejo, o como un misionero (según se dice por ahí, aunque supongo que son los papistas, porque los nuestros suelen ser más decorosos, y, de no serlo, serían considerados unos bribones).

Cuando el indígena estaba muy excitado, o muy impaciente, o su deseo, por el contrario, se encontraba algo enervado y necesitaba que se lo animasen para arrancarle del torpor, no íbamos a las chozas. Cualesquiera que fuese el número, la edad y la calidad de los asistentes, me desnudaba allí mismo y me entregaba sin vergüenza alguna. Despojada de mi último trapo, me doblaban delante de un árbol, según prefería Ra-Hau, me ponían de rodillas, a cuatro patas, o con la espalda sobre una banqueta de hierba y las piernas verticales abiertas en tijera y me ensartaban entre los muslos o entre las nalgas en las distintas posiciones. Cuando uno de los maorís se encontraba de buen humor, o generoso si se prefiere, pedía ayuda, y aquellos caballeros, alegres cerdos desenfrenados, me jodían a la vez. Habían descubierto, parece ser sin gran dificultad, un hermoso juego de grupo que les permitía joderme tres a la vez. Los cuatro, ellos y yo, tan desnudos como el día en que nacimos, utilizábamos para ello, por lo general, el banco en que Nawa-Na me había azotado poco después de mi llegada. El indígena mejor provisto por la naturaleza se sentaba en él y yo me sentaba a horcajadas sobre sus muslos, cara a cara. No es preciso añadir que, gracias a esta proximidad, me ensartaba profundamente la vagina. Con el torso apretado al suyo, ponía la cabeza sobre sus hombros, mi mejilla contra su mejilla; un segundo indígena, arrodillado detrás de él, me deslizaba su gruesa y oscura verga entre los labios. Al principio, me preguntaba con gran inquietud cómo podría respirar, tanto más cuanto que mis senos quedaban aplastados contra los macizos pectorales del hombre sentado y sobre el cual a mi vez estaba sentada, o más bien empalada. El tercer acólito, que permanecía de pie detrás de mí, los pies en la hierba por debajo del banco, apoyaba todo su torso contra mi espalda y, aprovechando la obligada y forzada separación de mis nalgas, me hundía su tranca en el ano hasta la empuñadura. Confieso que esta última penetración resultaba muy dolorosa, por la simple razón de que el hombre que se encontraba en la vagina, siendo el ataque frontal, la atraía de cierta manera hacia sí, la desviaba y la llevaba hacia adelante,

desviando y llevando hacia adelante al mismo tiempo el ano. Y así, el que quería forzar y meterla por el ano, en cierto modo, también debía tirar de él con su verga, distendiéndolo en sentido contrario. Entonces era como si no solo el ojete sino los labios exteriores, tan sensibles, tan frágiles, fueran a estallar y desgarrarse por la tensión. No obstante, si los tres hombres, en el proceso de su placer, conjugaban y llevaban un mismo ritmo en sus esfuerzos con el fin de gozar más o menos a la vez (uno se sobresaltaba en mi boca y la regaba con potentes chorros de leche, mientras el que yo montaba a horcajadas descargaba en mi vagina y el tercero, pegado totalmente a mí, me lanzaba sus ráfagas entre las nalgas en lo más profundo de mis entrañas), entonces yo gozaba con tal lujuria, con un espasmo tan furioso y un desbordamiento tal de mi propio esperma que, a continuación, durante largas horas, quedaba hecha añicos. Sin embargo permanecía serena. Pues, en efecto, produce una gran paz la certidumbre inversa, recíproca de que todos pertenecen a cada uno. Esa doble seguridad, que en verdad solo es una, cálida como la verga en la vagina, eliminaba todo pensamiento egoísta. Ahora bien, creo que el egoísmo del pensamiento es el más espantoso y el más irremediablemente motivo de cansancio. En otras palabras, es la soledad. En fin, el *pah* me acogía como la vagina a la verga, y como el manguito a las manos, en pleno invierno.

* * *

En mis primeros paseos por la aldea, temía por encima de todo un encuentro, al que me costó habituarme: era el encuentro con los niños. Ignoro si ocurre lo mismo en todas las tribus y en todas las naciones salvajes, pero allá, en Oceanía, los indígenas tienen la costumbre de distribuirse, en lo que se refiere a la vida cotidiana y en el interior de una misma tribu, en otras pequeñas tribus, en clanes si se prefiere, que conforman cada uno un conjunto coherente, independiente de los demás. Al parecer es más la edad que el sexo, en todo caso hasta el fin de la adolescencia, la que determina estas facciones y estos reagrupamientos. Se crea, por

ejemplo, un grupo de niños y niñas de cuatro a seis años que se unen durante todo el día para realizar en común sus tareas. Y luego otro grupo con los de siete a doce años, más o menos, y un tercero con los niños que alcanzarán la pubertad, y así sucesivamente. Los que ya son adolescentes empiezan a distribuirse por sexos, pero no por ello abandonan las divisiones por edad.

Cada banda, cada grupo, por supuesto, se esfuerza conscientemente o no, aunque conservando sus propias hogueras y ocupaciones, por imitar a los del grupo de edad inmediatamente superior; los adultos, ya sean llamados padre o madre, tío o tía por casi todo el mundo, realizan la función, como debe ser, de modelo último y común. Siempre me sorprendió, en cambio, no solo el afecto o la benevolencia, sino la especie de respeto que muestran estos mismos adultos por su oscura y hormigueante prole. Allá, en aquellas islas perdidas, y en aquellos pueblos bárbaros, los niños cuentan con pocos enemigos entre los adultos, a no ser quizás, y muy pocas veces, algún viejo o vieja gruñona. Los niños nunca son asimilados, como ocurre a menudo entre nosotros, en Inglaterra, a una especie de curiosa variedad animal, totalmente ridícula e incompresible. Como yo en el *pah*, en la aldea, los niños pertenecen a todo el mundo y, recíprocamente, todo el mundo les pertenece.

Sin embargo yo no soy maorí, soy inglesa, y huía de ellos como de la peste. En particular de un grupo bastante numeroso, y peligrosamente vivaz, uno de cuyos cabecillas era mi amigo Ga-Wau. Digo mi amigo, porque lo detestaba. Ga-Wau era aquel odioso pequeño que se había atrevido, el mismo día o al día siguiente de mi captura, a estrechar sus labios contra mi sexo, cuando estaba casi desnuda. El bribón, al parecer, jamás lo olvidó. ¡Y yo tampoco, por otra parte!

Ga-Wau, en realidad, no tenía el mando de sus revoltosos compañeros. De hecho, entre los indígenas, nadie tiene el mando de nadie. Como ya he dicho, cada grupo de edad, o de afinidad, si se prefiere, se dedica a sus propios asuntos y al mismo tiempo todos se entienden bien entre sí, se ayudan o se apoyan y están tácitamente

preparados más para protegerse los unos a los otros que a mandarse, y no sienten ni hostilidad ni verdadera rivalidad. El gran Ra-Hau, el semental, constituía una excepción, debido quizás simplemente a su estatura. Después de todo, en un combate con otra tribu, son los hombres más altos y más anchos los que dan y reciben más golpes. En la vida cotidiana, no recuerdo haber visto al coloso utilizar su fuerza para otra cosa que para ensartármela, no solo a mí sino también a otras mujeres. Le vi, es cierto, dar órdenes a Nawa-Na, ordenarle por ejemplo que se dejase azotar por mí. Pero también vi a estas mujeres ir a sacarle a cualquier momento de su choza, como a un caracol de su concha, y forzarle a joder en el acto. Y en estos casos era el enorme idiota el que obedecía. Un carretero, un guardabosques, en Inglaterra, hubiesen dicho simplemente que Ra-Hau tenía mucha jeta y una enorme picha, eso es todo.

Ga-Wau, mi amiguito, no era pues en modo alguno el jefe de su pandilla prepuberal, cuya edad, por lo que pude juzgar, oscilaba entre los siete u ocho años y los doce. Él era simplemente un miembro muy lúcido, muy ruidoso y muy activo. La banda de la que formaba parte, como ocurría con casi todas, con la única excepción de la de los viejos, tenía claramente menos niños que niñas.

Cuando, al recorrer la aldea y sobre todo sus alrededores, en la espesa vegetación, donde los muy pillos se divertían en libertad, tenía la desgracia de cruzarme con ellos, para ellos en cambio era toda una fiesta. Se apoderaban de mí con avidez, pequeña tribu irrisoria de largos cabellos negros, de inmensos ojos negros algo oblicuos —no porque sean embridados sino porque los pómulos son altos y anchos— y fruncidos por la curiosidad o la risa, de pequeños taparrabos blancos manchados de tierra. Al principio pensé que querían hacerme participar en sus juegos. Desde su punto de vista, yo era un juguete de un tamaño excepcional traído por no sé qué Papá Noel maorí. Como jamás he sido muy aficionada a los niños, incluso en Inglaterra, me esforzaba por adaptarme a los coros, los cuentos, las canciones y otras diversiones propias de aquellos pequeños cretinos, aunque solo fuese para librarme de ellos y para

pagar en cierta manera mi rescate. En aquella época, todavía iba vestida a la inglesa, de los pies a la cabeza, y pensaba que me impondría a ellos. Sin embargo, como ha escrito nuestro Goldsmith (Oliver Goldsmith, 1728-1774) «fue el perro quien murió»; por una vez tuvo la intención de morder y precisamente la sangre de sus amos estaba envenenada!

Todavía me acuerdo de aquel día. Por supuesto, ya me habían desnudado y azotado, e incluso jodido con el trasero al aire, en la gran plaza del *pah*. Pero suponía que los peques monstruos no se habían enterado de nada, del mismo modo, por ejemplo, que un niño inglés, bien nacido jamás se atrevería a recordar el haber entrado en el aseo materno en un mal momento, o creer que allí había visto algo. También me habían depilado públicamente, pero ser depilada es una moda entre las mujeres indígenas, y los niños hubieran podido perfectamente confundir eso con una sesión de peluquería.

Me senté, pues, bastante tranquilamente en medio de ellos, con todas mis galas, y tras haberme asegurado de que me ensuciaría lo menos posible. Intenté, de una manera, temo, más bien huraña, recordar cualquier historia que pudiese narrar con muchas muecas y muchos gestos, pues aquellas criaturas salvajes no podían comprender ni una sola palabra de buen inglés. Creo que no debí pronunciar más de tres o cuatro frases de la maldita historia. Los pequeños salvajes se tendieron a mi alrededor, sentados, agachados, acostados, o arrellanados con su pereza habitual en informes cunas de lianas. Quería describir a una maravillosa princesa rubia y, a medida que avanzaba, pensaba inventar lo demás. Todavía estaba en los largos cabellos rubios y en los hermosos ojos azules de la princesa, cuando el inevitable Ga-Wau abandonó su hamaca, se arrodilló a mi lado y empezó a desabrocharme la parte alta del vestido. Este se cerraba por una línea de botones que iba desde el cuello hasta la cintura y dividía el pecho en dos.

«Este crío es un anormal», me dije sin sorprenderme demasiado.

Lo ahuyenté como se ahuyenta a una mosca y volví a abrocharme con un aire de indiferencia, esforzándome por volver a la historia. El pequeño monstruo permaneció un momento callado, con la boca abierta de sorpresa. Luego se fue de cabeza hacia mis botones y desabrochó media docena más que la primera vez, dejando a la vista mi ropa interior. La ira me subió a la cabeza. Oscuramente advertida, o no tan oscuramente, ya que los días anteriores me habían ya advertido de diferentes maneras, contuve lo mejor que pude las ganas de abofetear al aprendiz de granuja, aun cuando lo rechazara con mano firme. Indignado a su vez, emitió una furiosa caricatura de gruñido o de aullido como si se tomara por el propio Ra-Hau. Pero era sobre todo una llamada a sus compañeros. Mientras, una vez más intentaba coger el hilo de la historia, toda la chillona jauría se abalanzó contra mí. El tiempo de decir «¡Dios me bendiga!», y no sé cuántas patas simiescas hicieron volar todos mis botones de sus ojales, luego me giraron como una crêpe sobre mi vientre y empezaron a espulgarme. Llena de miedo, pero también enloquecida por la rabia y la humillación, intenté frenéticamente debatirme. Pero los niños, allá, son en verdad tan fuertes como monos. En apenas unos segundos me arrancaron el vestido, los zapatos, las medias, las enaguas y la camisa, y por último las bragas, sin detenerse más que cuando me encontré tan desnuda como cuando llegué al mundo. Yo lloraba de rabia. Entonces empezó lo que, en mi inocencia, había llamado los juegos de estos pequeños depravados. Después de todo, de tal palo, tal astilla. Tras desnudarme por completo, me soltaron los brazos y las piernas, sobre los que se habían sentado o a los que se habían enganchado como grapas mientras me desvestían. Encolerizada, me levanté de un salto. Verían mis pechos y mi sexo, pero en un instante les quitaría mis vestidos y volvería a vestirme a pesar de aquella maldita jauría de cachorros hambrientos.

Como hubiese podido, y debido, prever, los vestidos habían desaparecido, los pequeños monstruos se habían apresurado a esconderlos. Así pues, permanecí de pie y desnuda intentando cubrir

con mis manos ya los senos, ya el sexo, e incluso el tremendo surco, la tremenda hendidura entre mis nalgas de mujer. Los niños reían a carcajadas. Pensé salir corriendo y escapar. Pero ignoraba que en Nueva Zelanda no hay reptiles, de los que tengo un miedo atroz, y ya me veía amenazada por todo tipo de animales, por terrenos pantanosos, campos de lava, espinas y por todas las trampas de una naturaleza tan cruel como sus repugnantes hijos. Como vacilaba, uno de los chavales debió agacharse detrás de mí, pegado a mis pantorrillas y tobillos, y los demás me asaltaron de frente, con lo que tropecé y caí de espaldas encima del chico que estaba detrás, como sobre mis riñones. Pensé que se ahogaría, pero se puso a reír a carcajadas, y creo que dijo a los demás que le dejaran allí. Colocado de este modo, me elevaba el vientre y el sexo. Los demonios no dejaron de aprovecharse de la situación. Me separaron los miembros y varios de ellos volvieron a sentarse en cada uno de ellos para inmovilizarme. El infernal Ga-Wau, sin perder un instante, se tumbó boca abajo entre mis muslos, con el rostro pegado a mi vulva, y la examinó con curiosidad. De tal palo, tal astilla, sí. Mientras la examinaba comunicaba a sus compañeros sus descubrimientos. Deslizó sus pequeñas manos bajo mis nalgas para acercarse aún más a la vulva, la abrió, y de pronto inclinó la cabeza y empezó a lamerme. Por fuera, si es que puedo decirlo así, no podía intentar nada, los niños me sujetaban demasiado bien. Entonces me contraje por dentro todo lo que pude. Lo que parecerá increíble, al menos al que no conozca a estos bárbaros, es que la lengua del monstruo me descubrió a la primera el clítoris. Considerando que este no quedaba lo bastante a la vista, retiró las manos de debajo de mis nalgas, lo descapuchó fríamente con la ayuda de sus pulgares y empezó a moverlo, envolverlo y masturbarlo con su ágil y pequeña lengua. El exasperante clítoris se puso tieso al momento. Me contraje con demasiada energía para poder gozar. Pero cada lengüetazo, poco a poco, producía en la encrucijada de mis miembros un largo estremecimiento. En realidad, el niño meneaba el minúsculo y frágil órgano con demasiada insistencia y demasiada brutal torpeza para

producirme placer. Su compañero, acostado debajo de mis riñones, debió aburrirse, o sentirse celoso y, como gracias a su posición percibía cada uno de mis estremecimientos, para no permanecer al margen, logró escurrir una mano, con la palma hacia arriba, entre nuestros cuerpos, y de pronto me ensartó uno de sus nerviosos dedos en el ano, lo que sin querer me sobresaltó. Las niñas, estimando sin duda que se las dejaba de lado, se metieron en el juego ¡Y qué juego! Dos de ellas me mamaron vorazmente los pezones, que por supuesto tampoco tardaron en erguirse. Los demás niños se divertían arañándome suavemente con espinas. Después de todo, esta última sensación, no sé por qué, era la que más se acercaba a algo parecido al placer. Me zumbaba sordamente la cabeza y mi vagina se despertaba. Los chiquillos hablaban alegremente mientras me atormentaban. Una niña de unos doce años, aún impúber con toda seguridad, pero dotada ya de unos pechos dignos de nuestras adolescentes más desarrolladas, expulsó a Ga-Wau de entre mis muslos regañándole. Creí que podría respirar. Pero simplemente quería ocupar el sitio de su compañero. Se acodó cómodamente sobre mi muslo derecho y, en lugar de lamerme como Ga-Wau, empezó simplemente a masturbarme con el dedo, bajando poco a poco y acabando por metérmelo en la vagina. Supongo que esto le gustó, puesto que pronto añadió otro dedo y finalmente toda la mano que logró meter casi más allá de la muñeca. Esta bárbara intromisión me humedecía más o menos por simple reacción corporal, aunque no alcanzaba a gozar. Pero Ga-Wau, con uno de sus compañeros, o quizás con varios —yo empezaba a perder la cabeza— decidió desnudar a la niña. Dejándola boca abajo entre mis piernas, le desenrollaron y le quitaron el taparrabos, de manera que apareció su gracioso trasero redondo y dorado, arqueado por así decirlo por la concavidad de los riñones. La niña, al verse desnuda, simplemente se puso a reír. Me había retirado la mano de la vagina y ahora mordisqueaba los labios mayores. Entonces, los dos muchachos a la vez le separaron los muslos y empezaron a introducirle entre las nalgas una fruta característica del país que es

como un plátano rosado oscuro, aunque más largo, más delgado y sensiblemente menos curvo que los que comemos en Inglaterra. En el momento en que la punta de la fruta penetró en su ano, la chiquilla todavía intentó reír, aunque me mordió la vulva con una cruel e involuntaria dentellada. Incluso alzó su provocativo trasero para desafiar a sus agresores. Pero, poco después, al sentir la extravagante longitud del fruto, ciertamente aterciopelado, pero mucho más firme que flexible, abriéndose lentamente camino en sus entrañas, su boca todavía infantil tembló y estalló en grandes sollozos. Por supuesto, las demás niñas se sublevaron. Esta vez creí que lograría aprovecharme de la ocasión para salvarme. Me hubiese encantado que los pequeños monstruos se hubiesen desgarrado con picotazos y arañazos. Pero los que estaban sentados encima de mí no tuvieron la brillante idea de levantarse. El que yo aplastaba con todo mi peso incluso me sondeó el recto con más obstinación que nunca, como para recordarme mi dependencia. Sin embargo, sacaron de entre las nalgas de la chiquilla el infame pene vegetal que la distendía, y varias de sus amigas, para vengarla, cogieron a dos de los culpables y a su vez les arrancaron los taparrabos. Lo extraño es que los dos niños, aunque se sonrojaran ligeramente bajo el bronceado natural y sus ojos centelleasen, no parecieron en modo alguno dispuestos a usar la fuerza, muy superior, para defenderse. Se dejaron desnudar. Sus encantadores y pequeños penes descansaban con modestia. Dos niñas, instalándose sobre unos troncos derribados por un rayo, acostaron sobre sus rodillas cada una a uno de los niños, el trasero al aire, y empezaron a gratificarlos con una fulgurante azotaina. Confieso que el espectáculo me encantó, me vengaba. Pero la sorpresa fue mayor cuando las muchachas consideraron que el castigo era suficiente y sus víctimas se levantaron de nuevo. Con las mejillas oscurecidas por la humillación y el trasero ardiendo, los dos chavales empalmaban totalmente, como hombres. Las chiquillas se rieron sin maldad, incluso les cogieron la verga con la mano y esbozaron algunos movimientos de vaivén. He de decir que jamás había visto nada

semejante a los once o doce años todo lo más, estos homúnculos ya tienen una verga totalmente desarrollada, más grácil que la de un adulto, pero que parece más larga en relación a las proporciones del cuerpo, un glande sobresaliente, quizás circunciso, que se destaca con la nitidez de un grueso capullo de rosa, y testículos duros y apretados como ciruelas.

Olvidando, o fingiendo olvidar la azotaina que acababan de recibir, los dos chicos se arrojaron sobre mí. Ayudados por sus compañeros, me doblaron las rodillas sobre el pecho y me mantuvieron en esta posición, con la vagina expuesta y casi abierta. Entonces, sin más preámbulos o aviso previo, el amiguito de Ga-Wau apoyó su vientre contra mis nalgas y me ensartó hasta la raíz su largo sexo simiesco. El glande, al ser como ya he dicho anormalmente abultado, resulta delicioso; y, además, la verga iba y venía dentro de mí a una velocidad alucinante, como si me jodiera un perro o un mono. No pude reprimir un primer orgasmo, que a su vez arrancó al chaval un frenético flujo de placer. Las chicas le aplaudieron. Inclclinadas sobre mí, me apretujaban los senos con sus manitas para ver si se ablandaban. En cuanto a Ga-Wau, cuya erección persistía con increíble constancia y rigidez, apartó sin demasiados miramientos a su acólito, tomó su sitio, y al punto me hundió su verga en el ano. También él se deslizaba y vibraba dentro de mí, de atrás hacia delante, de adelante hacia atrás, como si se masturbase entre mis nalgas, a una cadencia vertiginosa, y casi en seguida empecé a gozar, no solo allí donde se encontraba su verga, sino en la vagina, en todo el vientre, en todo el ser, con furiosa avidez y con el furioso desbordamiento de una jodida mujer. Tenía la impresión de que acababan de meterme entre los muslos y entre las nalgas una anguila viva, que se meneaba febrilmente y que a cada una de sus convulsiones me obligaba a descarga de placer. El gran Ra-Hau me llenaba las entrañas, me hinchaba y me saturaba, pero al mismo tiempo me distendía; era un sufrimiento atroz y exquisito. La verga del niño, totalmente ensartada en mi recto, era simplemente exquisita. En cierta manera me deshollinaba el alma.

Su pequeño glánde ya nudoso era un hueso de puro placer y de puro goce dentro de mí. Cuando el niño a su vez gozó y me retiró su adorable batuta, su pequeña flauta encantada me dio la sensación de que me vaciaba, de que arrancaba algo esencial de lo más profundo, de lo más sensible, de lo más hambriento de mi ser. Le supliqué que siguiese, que empalmase de nuevo, que volviese a hundir su adorable vástago, su varita mágica en mi ano, como si se tratase de un pollo al que se le ensarta por el culo. En realidad todo lo demás me resultaba indiferente. El chico hubiese podido pegarme si lo hubiese querido. Pero no comprendió, o tal vez sus riñones juveniles ya estaban agotados. Se contentó con reír, jadeante, mientras yo lloraba de gratitud y de pesar.

Ya he dicho que temía encontrarme con niños, porque jamás se preocupan de la satisfacción de los adultos. Por otra parte, sé que, después de todo, muchos adultos se les parecen en esto. Quizás los niños solo tengan el egoísmo, sin los modales de los adultos (*Manners*). Aquel día, me habían humillado como sin duda jamás lo fue inglesa alguna. Chicos y chicas, aquellos briboncetes que en otras circunstancias, habría puesto bajo mi férula en un aula o en una guardería, habían llevado la perversión no solo al punto de desnudarme y quitarme las bragas, sino a hurgarme en lo que un ser humano, adulto por supuesto, tiene de más secreto, a mamarme, a chuparme y a masturbarme a la fuerza. Creo que esto ya era el colmo. Habían incluso llegado a penetrarme por todas partes con sus sexos diabólicos. Y ahora que, sin querer, habían empezado a hacerme gozar, a extirparme el jugo de mis entrañas, ahora que les hubiese suplicado de rodillas que prosiguiesen hasta la saciedad, hasta el bendito cansancio, menospreciaban la necesidad suscitada, creada por así decirlo por su propia perfidia, y me abandonaban. ¡Oh! ¡Cuánto les odiaba, cuánto odio a los niños! Es demasiado fácil no tener en cuenta más que lo que se piensa en el momento del goce, pues en ese momento se está fuera de sí. Pero, aun así, los detestaba, los odiaba.

Y cuando digo que me abandonaban, me refiero solo al placer, a mi placer. Seguía siendo prisionera y esclava. Ni siquiera se preocupaban de reemplazar o sustituir a Ga-Wau por un compañero en condiciones, lo cual les hubiese sido muy fácil. El siguiente hubiese continuado la tarea allí donde Ga-Wau la había dejado, así de simple. Pero no. Tampoco querían devolverme la libertad, ni permitir que me replegase, bien que mal, pero sola al fin, en mi deseo decepcionado, mi hambre demasiado poco satisfecha, mi dignidad abofeteada. Continuando su parodia de los mayores, por supuesto en lo peor y a la vez en lo más inútil y más idiota, me levantaron de nuevo y me sonrieron, como si debiera encontrarme loca de alegría por haber sido tan bien enculada y tan bien jodida! Las niñas trajeron agua en el hueco de anchas hojas y me lavaron. Cuando creyeron que estaba limpia, me llevaron, sin devolverme los vestidos, más adentro entre los helechos gigantes y los árboles, en el seno de la lujuriosa vegetación. Me horrorizaba andar desnuda en medio de esos niños. Y tanto más cuanto que, aunque algunos me cogían cariñosamente de la mano y se mantenían a mi lado como pequeños adultos, otros, a la vez que platicaban y reían, de pronto me introducían un dedo en el recto y se obstinaban en andar así, lo cual me producía una intolerable sensación de ridículo.

Llegamos a una fuente entre las rocas, al pie de la cual había un hermoso estanque de agua clara. Por un momento creció en mí la esperanza, ya que allí había dos adultos, un joven y una joven que habían ido a buscar agua, o más probablemente a entretenerse y acariciarse, a concluir entre ellos algunos esponsales. Al verlos, al mismo tiempo que la esperanza, renació en mí la indignación. Me saqué, en un arranque, el dedo de una niña que estúpidamente lo mantenía entre mis nalgas desde hacía un buen rato, rompí una rama de helecho, con lo que me cubrí lo mejor que pude la vulva, y corrí hacia los dos jóvenes implorando su ayuda en un inglés sin duda muy entrecortado. Los niños corrieron detrás de mí, vociferando de ira. La joven, ante este doble asalto, puso cara de asombro mientras que su amante fruncía las cejas. Intercambiaron

con los niños breves preguntas y volubles respuestas. Y así obtuve toda la ayuda que podía desear, ¡en serio! (*Indeed!*). ¿Por qué, después de todo, ser tan cruel como para privar a aquellos encantadores chiquillos de su juguete? A modo de ayuda, los dos jóvenes ordenaron a una de las niñas, particularmente graciosa, delgada y robusta como un potro o un cervatillo, a que se sentase en uno de esos malditos (*Damned*) troncos derribados, y a mí que me acostase sobre sus rodillas, y una vez más, como ya podía imaginar, ¡fui yo quien tuve derecho a una azotaina! Una vez más también, la pequeña criatura tenía, como todos sus congéneres, manos de hierro. Me azotó de tal manera que la misma Nawa-Na se hubiera puesto celosa. Cada uno de sus golpes me aplastaba el trasero, inflamaba aún más a mi ano ya hambriento. El imbécil del joven asistía encantado al espectáculo. Le vi empalmar con rigidez. Su amante, al darse cuenta de ello, le desenrolló el taparrabos e, indiferente a la presencia de los niños, sin siquiera arrodillarse, se dobló con un movimiento flexible y le mamó el glande hasta que hubo gozado, mascullante, babeante y risueño. Tragó el placer del hombre con una feliz dilatación del cuello, al igual que una paloma que hincha el buche. La chiquilla no dejaba de azotarme. Yo no lloraba, pero cierto es que el escozor de cada bofetada, en lugar de satisfacerme irritaba en el límite de lo tolerable el prurito, la insatisfacción, la especie de angustia y vacío interiores que ya me atormentaban. Creo que hubiese soportado que me jodiesen en aquel momento con una mancera de arado. La chiquilla, por suerte, se cansó de azotarme y tuvo la buena inspiración de masturbarme bastante hábilmente la raja de la vulva y todo el sensible embudo de la vagina, de tal manera que al menos pude descargar una vez.

Ahora me sentía muy cansada, cada fibra del cuerpo, cada fibra del alma relajadas y reventadas. No es fácil soportar, por mayor que sea la resignación que se sienta ante un destino de simple objeto, ser así tratada, tomada, abandonada, vuelta a tomar, decepcionada y saciada hasta el infinito, con una azotaina a modo de tónico. Los dos jóvenes se habían ido. En cuanto a los niños, con su peculiar e

irritante privilegio, me parecían estar más alerta que nunca. ¡Cualquiera puede comprender hasta qué punto he podido odiarlos! Tras mi goce demasiado breve se resignaron a permitirme que me bañara en el agua cristalina y muy fresca del estanque. El frío me fortaleció un poco. Luego atravesamos el arroyo que alimentaba el estanque y la fuente y llegamos, entre los *kauris* y el brote menos altivo de los árboles, a un claro bastante amplio, cuya hierba y musgo estaban calientes bajo el sol. Me tumbé y estiré con inmensa pereza en ese tibio fieltro, alzando solo la cabeza apoyada en mi brazo doblado. Hubiera dado toda una fortuna para poder cerrar los ojos durante unas horas, durante unos minutos.

Los niños, que chillaban alegremente sin preocuparse de mí, también decidieron desnudarse.

Pese a mis quejas, que supongo nadie sensato podrá poner en duda, pienso que también me creerán si digo que nunca en toda mi vida había contemplado escena tan encantadora. Lo repito, aunque no me complazca demasiado reconocerlo, los indígenas en su gran mayoría son bellos. Cuando adultos, también lo he señalado, los hombres son algo bajos, tienen la pelvis demasiado sólidamente asentada, los muslos y las piernas demasiado musculosos. Cuando jóvenes, en cambio, chicos y chicas poseen una gracia inefable, las formas flexibles y sueltas, los músculos muy puros, un luminoso bruñido de carne y una elegancia natural en todos los movimientos. Aunque yo hubiese seguido siendo muy clara de piel, evitando ir desnuda bajo el ardor del sol, he de admitir que al final ya ni siquiera me fijaba en la sorprendente gama oscura, que va de un difuminado dorado caramelo más oscuro, característico del cuerpo de estos salvajes. Tanto los hombres como las mujeres tienen largos cabellos de sorprendente salud, ojos muy rasgados y altivos, dientes soberbios, debido sin duda al pescado que constituye su alimento básico.

Los niños, riendo con sus hermosos dientes blancos, ayudaron, pues, a las niñas a desenrollarse y luego doblar con divertido cuidado sus taparrabos. Ellos preferían ayudarse entre sí, sin el

auxilio de las chicas. Todavía encontré más divertido ver cómo unos a otros se estudiaban con intensa curiosidad, como si realmente el taparrabos hubiese tenido entre ellos el mismo papel que el traje para los seres civilizados. Más de una chica dejó escapar algún grito de sorpresa y de encantamiento al ver aparecer más o menos excitado, el cautivador sexo viril de algunos de sus compañeros que acababan de desnudarse. Y estos, a su vez, aunque hubiesen podido y todavía pudiesen practicar en mí todas las lecciones de fisiología y anatomía comparada que un adolescente es capaz de soñar, no ocultaban ni su impaciencia ni su alegría cuando el taparrabos de la chica que desvestían, al caer, revelaba una insolente trasero o una tierna vulva rolliza y apretada. Extrañamente, el descubrimiento, de estos tesoros mejor disimulados, más secretos, encaminaba con una agudeza y una avidez crecientes el interés de los chicos hacia los menudos senos, pero, como he dicho ya, perfectamente formados, de sus jóvenes compañeras; y, sin embargo, los tenían a la vista todo el día y todo el año, sin concederles aparentemente la más mínima importancia. No solo a uno, sino más bien a casi todos los chicos que allí se encontraban, le vi estudiar, ante una muchacha de pronto desnuda, primero su sexo, su pequeña grupa dorada, apretando los dientes con profunda turbación y con indescriptible satisfacción; y luego, casi en seguida, levantar los ojos sonriendo en una especie de éxtasis y coger con sus manos, cuidadosamente ahuecadas, los senos gráciles, sin embargo ya hinchados con todo el lechoso y tornasolado resplandor de la mujer, de toda la feminidad.

Permanecí tendida en la hierba, imaginando confusa, perezosamente, que era una especie de reino de las abejas, harta de cansancio y de calor. Los pájaros desgranaban sus líquidos a gritos y el agua de su claro y fresco tintineo bajo el agobiante follaje. Los niños se iban acostando poco a poco a mi alrededor, más o menos cerca. Sin duda, un salvaje hasta que pueda soñar. Envueltos, como yo, en el luminoso sueño de los cuerpos, habían ido bajando la voz. Desnudos como cuando la verdadera infancia del mundo, a la que ni ellos ni sus padres jamás habían realmente renunciado, seguían

descubriéndose. Las chiquillas, las mujeres-niñas, eran como siempre las más inventivas. No les molestaba en absoluto asociarse para acometer, dos o tres de ellas, a uno de sus pequeños compañeros. Por supuesto, eran también las más numerosas. Por mi parte, tenía la sensación de ser mucho mayor y, como en la época de mi llegada a la aldea, de una total inutilidad.

Para las niñas, en cambio, ya que todavía no sabían nada, todo les estaba permitido y resultaba posible. Evidentemente, el conocimiento ciega, este es el sentido de la imagen del fruto prohibido del árbol. Necesitaríamos, necesitamos, creo, encontrar una ciencia más transparente, y esta es, en cierta medida, precisamente la de los niños. Una de las niñas, por ejemplo, a fuerza de manipular, desflorar, con una de sus amiguitas, a los niños llegaba a ponerme en un claro estado de excitación. Entonces reía mucho, entrecerraba sus acariciadores ojos negros y luego inventaba a ponerme en un claro estado de excitación. Entonces reía mucho, entrecerraba sus acariciadores ojos negros y luego inventaba, con no menos espontaneidad, una utilización de este estado. Cogía graciosamente la verga dorada del muchacho, admiraba y el rosa pulposo del glande y a continuación la deslizaba entre sus labios, como un niño inglés chuparía una golosina. No podía contenerme la risa al observar con qué determinada voracidad aspiraba, mamaba, comía al dócil y pequeño salvaje. Una de sus amigas, al verla tan satisfecha, la privaba sin ceremonia del objeto conquistado. Lo sacaba de la boca de su compañera, hermoso fruto prohibido y accesible, perdido y recobrado, y se inclinaba, como una delgada liana de oscuro cobre, para metérselo entre sus propios labios. El muchachito empezaba a mover las cejas sobre sus desmesuradamente abiertas pupilas y a jadear. Pero su gentil verdugo, excepcionalmente, no se mostraba demasiado egoísta, ni siquiera un poco. Antes de haber permitido a la víctima liberarse en su boca, el verdugo, la muchachita, se desposeía a su vez y ofrecía de buen grado, por pura generosidad, lo que había tomado a otro muchachito. Ya he dicho que los indígenas en su mayoría, por una

razón u otra, no son bujarrones. Quizás simplemente porque las mujeres son más numerosas. El muchacho, pues, se negaba riendo a aceptar el regalo que querían ofrecerle. Por lo que las muchachas insistían y chillaban.

—¿Pero por qué? Ya verás, es muy bueno —sin duda le decían.

—¿Por qué no, en efecto? —debía pensar.

Entonces aceptaba el sexo de su compañero, lo rozaba con el borde de los labios al igual que se prueba un plato demasiado caliente, lo chupaba primero con prudencia y luego cerraba los ojos y se volvía poco a poco lento y voraz. Las chiquillas muertas de risa inventaban otros juegos, separaban a los chicos y se los repartían.

—También nosotras estamos muy buenas —debían decirles.

Y enseñaban, descubriendo su propia forma, la escritura, por así decirlo, de su propio cuerpo a sus jóvenes y graciosos amantes, apretando sus morenas cabezas contra sus cuerpos, sus senos, su sexo, dando vueltas y entregándose, boca abajo en la tibia hierba, para ser acariciadas, para ser bebidas en el hueco de su pequeño y provocativo trasero, de su pequeña y elástica vulva. Lo que no vi fue a dos de estos amantes en miniatura besándose, propiamente hablando, en los labios. A veces permanecían abrazados, acostados cara a cara en la hierba, y entonces los labios del niño tocaban los labios de la niña. Pero no más lejos, como si besar fuera desconocido para ellos, extraño. Más que darse un beso, parecen preferir respirar juntos, olfatearse, aspirarse por la nariz con gran ternura. Entre nosotros, en nuestra Inglaterra, he visto a menudo a los caballos amarse de ese modo. Y en nuestro beso parece adquirir, no sé por qué, un carácter grosero, inconveniente, a la vez estúpidamente glotón y obsceno. Tampoco vi allá, mientras estuvimos en el claro, a una de estas muchachitas atreverse a introducir entre sus finos y redondos muslos la verga tensa de su compañero. Sin embargo, deseaba de todo corazón, debo confesarlo, que una u otra se aventurase a ello. Se puede sufrir a través de otro, y por mi cuenta lo aprendí allá, la sensación de no estar completo. Pero creo que todas estas niñas eran vírgenes (y

que ellas lo sabían muy bien) y que la tribu atraía su atención sobre este punto mediante diversos ritos, por ejemplo, en el momento de la pubertad. En cuanto a la penetración anal, me parece probable que las gruesas lágrimas vertidas por la niña que Ga-Wau y su golfo de amigo habían sodomizado con una fruta y quizás también por lo que habían visto practicar en mí, no convertían a sus ojos esta experiencia en algo muy tentador. Después de todo, a este respecto, había compartido su impresión. La ingeniosidad de una mujer, al fin y al cabo, jamás ha tenido otro rival ni otro freno que su propia prudencia. Sin embargo, una de las niñas más guapas, y paradójicamente eso me pareció el colmo de la feminidad, queriendo llevar hasta el final su curiosidad, aun manteniendo limpio su corazón, no paró hasta que hubo logrado poner uno junto a otro, o más bien uno detrás de otro, tendidos en la hierba, a dos adorables y morenos muchachos. Acostados así de lado, el pecho de uno tapaba la espalda del otro. Entonces la pequeña aventurera pidió a este último que subiese las rodillas, de manera que descubriese, y también abriese, sus puras nalgas de adolescente. Cogió con gran simpleza la verga del segundo muchacho, la acarició solo el tiempo necesario para asegurarse de buena disposición, y la guio sin más hacia el recto del primero, obligando al mismo tiempo al involuntario agresor a que le ayudase a llegar al lugar debido y en el momento adecuado. El pequeño bárbaro, riendo con todas sus fuerzas, cargó en efecto con un brinco, como un conejo que salta. Su compañero, penetrado así de un golpe, hizo una mueca bastante convulsiva, sin duda en el instante en que el glande dilató y forzó el ano. Pero, cuando su amigo estuvo dentro de él, ya no se movió y su rostro se sosegó. El otro, por su parte, no parecía pensar en afanarse, simplemente permanecía en sus entrañas. También he notado que estos niños indígenas conservan sus temblorosas erecciones, sin manifestar el menor cansancio, durante un tiempo increíble. Con enorme gracia, se contentó con rodear con los brazos la cintura de su amigo, posó la mejilla sobre su nuca y, en esta posición, se adormeció, con su verga en el cuerpo del otro. Las chiquillas, algo

emocionadas, los contemplaban, charlando a media voz. Instintivamente, también buscaban rodear a alguien con sus brazos, abrazarlo, apretarlo. Una manita acariciaba con ciega ternura un seno, un pene, una vulva; un fino dedo se introducía en una vagina o en un ano y allí se quedaba. Algunas de estas niñas volvieron a acostarse en la hierba atrayendo a sus jóvenes amantes y, con el glande de estos, se acariciaban detenidamente la entrada del sexo. Las más audaces apretaban y cogían entre sus muslos, sin introducción vaginal, la verga y, concediendo al muchacho algunas pequeñas idas y venidas, moviendo ellas mismas los riñones, lograban hacerle gozar y mojar su propia carne dorada con una leche precoz. Las delicadas mandíbulas se crispaban cuando las niñas sentían subir en ellas, al mismo tiempo que en su joven amante, así aprisionado entre sus redondeados muslos, el maremoto del placer. Sin embargo, llegué a pensar, mientras ellas miraban con conmovedora excitación cómo el cuerpo del chico penetraba en el de otro, mientras un dedo sondeaba una vagina, o una verga se excitaba e intentaba abrirse camino y satisfacerse entre sus muslos, llegué a pensar que se trataba menos de sensualidad que del descubrimiento de un nuevo modo inmediato y fulminante, de comunicación entre los seres: cómo dos seres, o quizás varios, pueden llegar a ser uno solo. Cuando por ejemplo veían hacer estas cosas a dos niños, aprendían que también pueden hacerlas un hombre y una mujer. Y entonces ya no hay ni hombre ni mujer. Soy el otro que es yo, somos una sola sustancia viva, una sola palabra, un solo intercambio.

La luz, producida antes por un sol muy cálido, velado a veces por finos chaparrones, se entibiaba ahora al igual que la hierba. Yo ya no tenía que descubrir el amor, puesto que ya me había sido presentado y ofrecido, y solo había sabido o podido usarlo para llegar a una mayor soledad. Por eso eran los sentidos los que me tenían sin aliento y ahora, con la caída del día, me despertaban. Me habían turbado, quizás en otras circunstancias, pero de la misma honda y perturbadora manera en que ahora lo eran estas chiquillas, cuando

la verga de un chico moreno y grácil entraba en el recto de su compañero. Esta turbación fue consumiéndome poco a poco, solapadamente, y al final ya no podía contenerme. Al fin y al cabo, ¿por qué tenía que ser la única en estar sola? ¿No pertenecía también, no estaba hermanada, como la carne a la carne, a esos niños que jugando aprendían a amarse? ¿Debe todo amor y todo juego perderse para siempre con la inocencia? ¿O más bien, por el contrario, no es este amor y este juego, y no otra cosa, la inocencia? Ámame, déjame amarte, juguemos tú y yo, y yo no seré inútil, nunca seré vieja. Algunos de los chicos, respetando el sueño, la especie de conclusión, diría, de sus dos compañeros que seguían enlazados, habían ido a echarse a mi alrededor, cerca de mí. Con la misma respetuosa y sonriente curiosidad, rozaban mis senos o el abultamiento de mi pubis, posaban por un momento sus labios en ellos, limaban furtivamente con la lengua el dulce ensortijamiento carnal de los labios de mi sexo. Cuando el hambre, bajo estas tímidas caricias y a fuerza de ver a los demás niños acariciarse y abrazarse, se volvió demasiado apremiante, me volví de lado y a mi vez atraje a uno de los chicos contra mi espalda. Vi que estaba rebosante de alegría porque lo había elegido a él. Luego, dejé de verlo. Tendí el brazo hacia atrás, se la meneé por puro placer y, cuando su joven verga hubo adquirido, más que nunca, la flexible y rigurosa firmeza de una madera de arco, hundí mis riñones para separarme bien las nalgas, me coloqué el glande en el centro del ano y tiré con tierna insistencia de la verga, para que el chico comprendiera. En verdad, tampoco él me hizo esperar. Incluyó hacia atrás su nervioso cuerpo y, con el mismo movimiento, proyectó hacia adelante todo el bajo vientre, apuntó el sexo y me penetró. Me di cuenta de que gesticulaba fugazmente mientras el glande me abría el ano. Pero, al igual que el pequeño y oscuro amante que había recibido a su compañero, tan pronto como la verga estuvo dentro de mí, me encontré deliciosamente bien. Ya estaba totalmente húmeda y preparada en el interior cuando mi pequeño amante me ensartó y, de todos modos, comparado con el gran Ra-Hau, era realmente

ligero y suave, como una flor. Esbozó los primeros vaivenes, las primeras sacudidas de un trabajo de hombre, pero se lo impedí, contrayendo lo más que pude el ano alrededor de su verga, ahogándola, por así decirlo, entre mis nalgas y el fondo de mi vientre. En verdad, resultaba profundamente delicioso, constreñirle de ese modo, inmovilizarle y guardarle mientras seguía empalmado como un pequeño soldado dentro de mis entrañas. Acostada de lado, a diferencia de cuando me doblaban en dos cuando me enculaban, me parecía sentir en todas su longitud su altiva y elástica delgadez en la carne sólida e íntima de mi vientre y el contacto de la adorable lanza rígida. Empecé a gozar muy suavemente, mediante pulsaciones adormecidas, soñadoras, contrariamente a lo que hasta entonces solo ocurría mediante desgarros o sacudidas. Era como un pulso de placer, que latía en lo más profundo de mí, alrededor de la verga del niño. Incluso el dolor que subsistía en el ano, mantenido abierto a la fuerza, se volvía familiar y dulce. El niño no se molestó por que mantuviera en suspenso su propio goce. Sin abandonar mi presa, mi total dominio sobre él, despegué imperceptiblemente el flanco del suelo, y por sí mismo mi juvenil amante deslizó la mano, luego con todo el brazo me rodeó la cintura, con la seguridad y el calor de un hombrecito, y por fin cerró los dedos muy posesivamente sobre mi vulva. Pero también me divertí prohibiéndoselo. Cubrí su mano con la mía, le aflojé y le alargué los dedos hasta que comprendió que debía dejarlos sueltos y flexibles, y entonces los utilicé, como un peine con vida, para acariciarme el clítoris, los labios, las ninfas, el hueco mismo de la vagina. El niño reía entre dientes con este nuevo artilugio. Y yo pronto empecé a gemir por lo bajo y a mugir de placer: la extrema situación provocada por el suave cepillo humano se unía a la que renacía, como renacen las olas, presta a rodar y a desencadenarse entre mis nalgas y en lo más profundo de mis entrañas. La niña que me había dado una azotaina vino a su vez a acostarse a nuestro lado, justo delante de mí, acompañada de una amiga. Intentaban imitarnos con los medios de que disponían. Cada una enfilaba un dedo en el ano

de la otra y, con la mano libre, le entreabría y le acariciaba, primero con cierta prudencia, luego siempre con mayor fogosidad las partes genitales, de manera que no tardaron en gemir mutuamente. Esta visión, sus vocecitas alteradas y también, después de todo, el recuerdo no menos vivo y no menos carnal de haber sido azotada por esas niñas rompieron las últimas ataduras de mi excitación. Por otra parte, mi insidioso pequeño amante se aprovechó de que mi atención se encontraba dividida desde que me masturbaba con sus manos para volver a ponerse en marcha entre mis nalgas. Avanzaba y retrocedía muy bien, distendiéndome solo lo justo, asustándome solo en el instante en que creía que iba a salir de mí, antes de cambiar su movimiento, esta especie de estiramiento de la carne por la carne, y de tensarse en lo más húmedo y más palpitante de mi vientre.

—¡Espérame! ¡Espérame! —le supliqué, jadeante.

Y en verdad parecía comprenderme; se retuvo hasta el instante mismo en que, descompuesta, inundada, solté en el interior de la vagina y entre sus dedos todo el flujo convulsivo de mi placer, mientras, exactamente en el mismo momento, me la ensartaba por última vez con un gran espasmo desgarrador y desgarrado, y descargaba a su vez su joven y ardiente semen, lo cual nos hizo gritar a los dos.

Después, me sentí totalmente feliz. Dormí un poco en el caluroso atardecer, mientras los niños, incansables como solo pueden serlo ellos, proseguían sus juegos, cantos y danzas. Aquella tarde les presté gustosamente todos los servicios que podían desear, sabiendo que yo ya me había saciado. Chupé hasta casi derretirlas, como si fuesen bombones (*Sweets*), vulvitas todavía frescas de la infancia. Enseñar, ofrecer a las que me presentaban y ofrecían sus sexos encantadores sus primeras emociones de mujer también me hacía feliz. Cogí con la boca, entre los labios, en la punta de pequeñas vergas que parecían estar aún sorprendidas por su propia rigidez, una clara nube de placer, con un precioso sabor de castaña empapada. Incluso quise ponerme de pie para que Ga-Wau y otros

pequeños salvajes pudiesen joderme cara a cara, mientras estiraban con un aire aplicado y grave sus rodillas desfallecientes. Realmente resultaban demasiado graciosos, demasiado encantadores, con esas caritas que apenas me llegaban a la barbilla, con esas vergas delgadas y sin embargo desmesuradas, con esos pequeños y duros testículos y también con su forma de doblar las rodillas, fruncido el ceño por el temor de no apuntar bien, y su forma de erguirse, con un golpe seco y sereno en cuanto estaban seguros de que se habían metido dentro de mí, de que habían colocado su verga en el fondo del abrigo natural de mi vagina. Pero, a pesar de todo, no me burlaba de ellos. Es el alma y no la carne, como siempre se cree, la que tiene una edad, una caducidad, una infancia. A veces, cuando mis pequeños amantes embadurnaban concienzudamente la parte alta de mis muslos, iba a dar unas brazadas en el estanque con los demás niños y niñas. Reíamos, nos lazábamos el agua. Me preguntaba qué es ser adulto. ¿Usar, aprovecharse de las pequeñas dichas, conociéndolas como tales e ignorando que no hay otras? Pero, una vez más, ¿no es eso lo que precisamente hacen los niños?

* * *

El atardecer y la noche en el *pah* fueron mucho menos agradables. Había una especie de fiesta, quizás por un cambio de estación, o para señalar el principio o el fin de una actividad de la tribu, pesca, caza, cultivo, construcción de choza o vete a saber qué, y muchos hombres pretendían disponer de mí, como habían dispuesto los niños. Pero precisamente por culpa de estos, la jornada había sido demasiado larga. O demasiado corta, si se prefiere: para mí, consideraba que ya era otro día. Solo quería dormir, envejecer un poco para llenar este avance del tiempo y volver a atrapar mi propia vida.

Es evidente que, sin embargo, obedecí a los primeros indígenas que vinieron a sacarme de la choza, o incluso a joderme allí mismo sin obligarme a levantarme.

No obstante, como ya he dicho, joden poco de esta manera. Como mínimo, se ponen en cucullas con las piernas de la mujer bajo las axilas con el fin de ensartar mejor hasta el fondo. Sin embargo, de todos modos, los primeros amantes quedaron defraudados, yo no era más que un receptáculo para el hombre, deshumanizado y pasivo. También es evidente que probaron, para sacarme de esa insensibilidad, todos los estúpidos medios habituales. Me vistieron, para tener el placer de desnudarme públicamente, doblada sobre el potro en medio de la aldea. Me dieron una azotaina más, que me puso el trasero superficialmente en erupción, sin arrancarme de mi indiferencia. Incluso tuvieron la crueldad de hacer que Nawa-Na me pegara a varazos, y aullé de dolor. Pero si eso logró satisfacer a uno o dos hombres, que me encontraron más sinuosa, más caliente, y la vagina más enfebrecida poco después, no dejé de caer de nuevo en una apatía casi invencible. Entonces llamaron a Ra-Hau, consultaron a las ancianas. Una de estas brujas, tras unos conciliábulos, correteó hasta su choza y volvió llevando en el hueco de sus manos, como si fuese un tesoro muy frágil, dos bolas de un blanco ceroso, que tenían aproximadamente el tamaño y la forma de un huevo. En mi agotamiento, me divertía con la estupidez de los indígenas.

«Sin duda, ahora quieren injertarme unos testículos», me decía, conteniendo con dificultad las ganas de reír de puro eretismo.

Pronto deje de reír. La horrible vieja, tras confiar su tesoro a una de las mujeres que se encontraba por allí, cuchicheando a la luz de las hogueras, me puso tan desnuda como vine al mundo. Tras lo cual se sentó en uno de los bancos naturales y me tendió sobre sus rodillas. Afortunadamente, las viejas de allá usan taparrabos más largos que las jóvenes. Por nada en el mundo hubiese deseado tocar su piel ajada. Cuando estuve así tendida, las nalgas expuestas, la vieja me acarició con bastante habilidad, rozándome con la palma de la mano y la punta de los dedos la convexidad de las nalgas, luego el pliegue entre estas, la zona anal propiamente dicha y, por último, el pliegue de la vagina entre los muslos, haciéndolo tan furtivamente, aumentando la presión solo de forma imperceptible,

que sin querer me distendí poco a poco y me abrí. Entonces, siguiendo una de las tácticas preferidas de los salvajes, en el preciso instante en que por fatiga, por olvido, por abandono de todo el cuerpo, lo dejaba abrirse, la maldita vieja cogió prestamente de la mano de su vecina uno de aquellos huevos de firme y butirosa consistencia y me lo introdujo a la fuerza en el recto. Confieso que chillé de miedo, de sorpresa y de dolor. Al principio me distendió espantosamente el ano y, a continuación, en cuanto estuvo dentro de mí, su forma ovoide y la compresión del esfínter pareció propulsarlo en el estrecho canal intestinal a una velocidad fulgurante. Sentí que iba a alojarse como un proyectil en lo más profundo de mi vientre. Al atenuarse en ese momento el dolor, siempre sin pensar en ello, dejé de nuevo que todos mis músculos se relajasen. La vieja aprovechó al momento la situación para meterme el segundo huevo entre los muslos. Al igual que el primero, prorrumpió en mí y me dio la sensación de que iba a alojarse en la matriz. Sin darme tiempo a gritar esta vez, la vieja de una sacudida me volvió a poner de pie. Enloquecida, consciente de aquellas dos abominables esferas en mis entrañas, perdí todo pudor y realicé violentos esfuerzos para expulsarlas, flexionando las rodillas y haciendo fuerza hasta que mis muslos temblaron y mi vientre pareció agarrotarse. En vano. Los dos huevos parecían pegados a lo más hondo de mí, en la pared de mis entrañas y de la matriz. De nuevo aullé, y las mujeres batieron palmas, mientras se encendían los ojos de los hombres. Entonces, como me ensañaba en empujar y contraerme con todas mis fuerzas, tuve la impresión de que los cuerpos ovoides perdían dureza, consistencia e incluso forma, parecían fundirse, penetrando y empapándome poco a poco la carne íntima. Y, a medida que se fundían, que a mi pesar los absorbía por todos los poros de las mucosas, una especie de tenebroso fuego líquido empezó a impregnarme todo el cuerpo, a correr solapadamente por todas mis venas con mi sangre. Incluso mis esfuerzos para rechazar, hacer salir de mí dos abominables objetos, parecían haber apresurado esa difusión, esa invasión. Me puse a

aullar sin parar, y las palmadas hicieron furor. El fuego líquido, al haber envuelto como en un gran latigazo todo el habitáculo del cuerpo, volvió a localizarse y fijarse, con una fuerza tenaz, desesperante, en la vagina y el recto. Recuerdo que de niña me había reído, aunque haciendo muecas de malestar y repulsión, la primera vez que sorprendí a un criado empleando la expresión: *llevar fuego en el culo*. Ahora lo llevaba en el mío. Hubiese podido jurar que esa parte tan secreta de mi cuerpo estaba, al quemarse, en carne viva. El dolor, sin embargo, había dejado de ser intolerable, pero en realidad hubiera podido decirse que una hoguera ahogada roncaba dentro de mí. Rechinaba los dientes y quise empezar a correr, buscando agua, hierba, aire, noche, algo que apagara por poco que fuese esta monstruosa combustión. Las mujeres, riendo, se colgaron de mis brazos para retenerme. Sentía que estaba volviéndome loca. Sin embargo, la vieja bruja no había actuado desatinadamente. Cuando vi claramente que no podía escapar, mi cuerpo pareció comprender por sí mismo dónde encontraría alivio. Tirando con todas mis fuerzas de las manos de las mujeres que me agarraban, corrí a pegar mi cuerpo entero al primer indígena a mi alcance. Por suerte estaba desnudo, y el solo contacto con esa desnudez me proporcionó un fugaz enfriamiento, una promesa. Pero el miserable cretino, con el choque de mi cuerpo, y también porque mi extravío y mi furiosa carga le produjeron una irrefrenable risa, desempalmó en cuanto le toqué. Por lo que, liberándome furiosamente de las mujeres que todavía me sujetaban, le masturbé frenéticamente y, en cuanto estuvo en condiciones, me la metí de un golpe dentro de mí. Pienso que debió creer que era asaltado y violado por una zarza ardiente, porque poco faltó para que los ojos le saltaran. Bailé literalmente sobre su verga, totalmente despreocupada de que él se afanase o no. Al mismo tiempo enseñé los dientes a Ra-Hau, como una hiena, demasiado atareada y demasiado despavorida para ni tan solo poder pronunciar su nombre. Comprendió, y a su vez se situó junto a mi espalda, abriéndome salvajemente las nalgas y enculándome con el mismo

movimiento. Creí que mi ano explotaba y, sin embargo, nunca fui tan bien satisfecha como cuando su enorme aparato me dilató las entrañas. Realmente era como beber cuando se tiene sed. Muy aprisa, demasiado aprisa, saltando sobre sus dos pollas, les arranqué una doble ola de esperma, vaciándoles los cojones como bolsillos que se vuelven del revés. La mandíbula de los dos brabucones les pendía y rodaron por el suelo con ojos de buey. El fuego en realidad no me abandonaba, renacía como de sí mismo bajo la breve caricia del esperma. Por eso expulsé sin ceremonia alguna a los dos leños fuera de uso y de nuevo me abalancé sobre el primer indígena. Los otros esta vez me impidieron violarlo. Me agarraron, me echaron de espaldas sobre una especie de banqueta y me doblaron las rodillas sobre el pecho. No dejaba de jadear y de palpar, no de placer ciertamente, sino porque la infernal quemadura me agujoneaba. Los hombres empezaron a metérmela casi uno detrás de otro. Esa noche ni se habló de lavarme. Incluso me pregunto si todos mis servidores estuvieron ni tan solo el tiempo de gozar. Uno me atacaba de pronto lo mejor que podía la vagina y, a pesar de mi posición, le sacudí los riñones casi para rompérselos. Seguía rechinando los dientes, echaba espumarajos cuando tenía un apaciguamiento pasajero y cuando la nueva verga, cuyo calor incluso me parecía refrescante, se abría camino en el corazón de las mucosas inflamadas. Luego, llena de impaciencia, enloquecida, tan pronto como ese pequeño frescor empezaba a disiparse, con una contracción espasmódica de la entrada de la vagina, cizallaba la picha del hombre, con el fin de sacarle todo el jugo y rechazarla. Al instante, otro tomaba su lugar, o más bien estaba entre mis nalgas y me atiborraba el recto. Con ayuda de un furioso balanceo de las caderas y de una súbita contracción del ano, lograba sacarle tan deprisa como a su compañero. Las mujeres incluso tuvieron que sentarse sobre mis brazos y manos para impedirme balancear los testículos de estos miserables endebles, al igual que si tañeran campanas, al mismo tiempo que me jodían. Por mi propia voluntad, valga la expresión, esa noche creo que despaché a más de la mitad

de los hombres disponibles de la tribu. «Todos los perfumes de Arabia no purificarían esta pequeña mano», a veces citaba a mi padre «*All the perfumes of Arabia will not sweeten this little hand*», *Macbeth*. La pretendida virilidad de cualquier rebaño de hombres no podría agotar la minúscula vulva de una mujer.

Sin embargo, estaba molida. Era como si me hubieran apaleado con barras de hierro. En aquel momento hubieran podido hacerme trizas o hacer que montase un caballo de verdad, y no habría esbozado el más mínimo movimiento de defensa. Las estrellas encima de mi cabeza, en el cielo, eran moneda falsa de lentejuelas, como vidrio machacado, e incluso la gran sombra protectora de las montañas, allá abajo, detrás de los árboles y de las colinas, ya solo desplegaba la densidad convencional de un diorama. No lloraba, mis ojos estaban tan secos como mi alma. No me quedaba de húmedo, carnal y viviente más que esa abyecta leche de hombre entre mis muslos. Por fin, las mujeres condescendieron a lavarme y, cuando lo hicieron, no escatimaron ni agua, ni jabón vegetal, ni las hierbas de diversos olores. Cuando estuve limpia, una de las viejas, la misma u otra, poco importa, me abrió por última vez las nalgas y los labios de la vulva para observar las mucosas. Mientras me examinaba, mascullaba; debían persistir algunas huellas de la inflamación. De todos modos, no dejaba de sentirla, adormecida, pero no del todo apagada, como un lejano escozor en las venas. Había sufrido tanto antes y me sentía tan cansada que ya ni siquiera me desesperaba por ello. Solo era una pequeña corrosión, una pequeña y sorda roedura, ya no concentrada en la vagina y el recto, sino esparcida. Sin embargo, la vieja parecía descontenta o inquieta. Ladró no sé qué orden, dirigiéndose a Ra-Hau. Yo seguía de espaldas. Ra-Hau se aproximó en seguida, me giró boca abajo, me abrió los muslos y metió todo el cuerpo entre ellos. Con renovado pavor y desesperación, deseaba que no me la metiese una vez más, comprendiendo demasiado bien que ahora ya no me hubiese aliviado. Pero no era eso lo que quería, o lo que la vieja había ordenado. Ra-Hau, con su fuerza de coloso, me levantó las piernas

que colocó a cada lado de su cuello, me rodeó la cintura con un brazo y se levantó, sujetando así mis senos contra su vientre y la cabeza hacia abajo. Mi mejilla descansaba justo sobre el enorme cojín de su pene y los cojones, aunque ya no pensase en absoluto preocuparme por ello, y aún menos sentirme turbada. Pero Ra-Hau, con su cara entre mis muslos abiertos de par en par y mi vagina bajo sus labios, de pronto empezó a lamerme, a hurgarme con lentas, largas y profundas lamidas. También creí entonces que nunca nada me había resultado tan suave. A veces se las arreglaba para que su lengua también me hurgase el tierno e incendiado cráter del ano. Pero lo mejor seguía siendo el momento, de una fulgurante dulzura, en que se amoldaba y raspaba el hueco de la vulva, penetraba poco a poco en la vagina y la sondeaba con esa inexorable, exquisita, insistencia. Ra-Hau absorbía la quemadura como los sacerdotes papistas exorcizan al demonio. Y también pensaba en una de esas monumentales, simpáticas, pacientes vacas de nuestra Inglaterra cuando lavan a su ternero, o lamen con enorme y prudente voluptuosidad la piedra de sal. Asimismo, Ra-Hau me registró con su gran lengua, y no la retiró ni me puso de nuevo de pie más que cuando me hubo limpiado de todo lo que me había inflamado el cuerpo y quemado el alma. Entonces me puse a llorar. Hombres, mujeres, e incluso algunos niños, bailaban alrededor de las hogueras. Dos o tres muchachas me cogieron de las manos y me acompañaron hasta mi choza. Mis lágrimas se convirtieron en irreprimibles sollozos nada más hube franqueado la puerta, y las muchachas quisieron dejarme. Ta-Lila era la que estaba más cerca y, no sé por qué, también se le empañaron los ojos. Le eché los brazos alrededor del cuello y la abracé.

—No me dejes, no me dejes —le dije entre sollozos.

De milagro, al menos así me pareció en ese momento, también me abrazó. Sus compañeras se fueron. Ta-Lila empezó a desenrollarse el paño de lino que la ceñía y, cuando estuvo tan desnuda como yo, nos echamos en la cama. Lloré largo rato entre sus brazos, la cara entre sus senos, antes de dormirme.

* * *

Los primeros días de mi llegada al *pah* me preguntaba a menudo cómo las mujeres no se ponían celosas. Cualquiera que sea su grado de animalidad, me decía, han de ver que lo que tomo de sus machos, o lo que me dan, placer, tiempo, esperma, emociones si se prefiere, es algo que no les reservan a ellas. Una azotaina con la que una u otra a veces me gratificaban, una lavativa que me administraban a la fuerza y en general el espectáculo de mi humillación ¿acaso les parecía una compensación suficiente? ¿Les bastaba, en otras palabras, con creermme prostituida para consolarse de su pérdida? ¿La abyección compartida, invasora, idéntica, sosiega y restablece en su propia estima al ser abyecto?

Entonces no conocía a los indígenas, y menos a las mujeres, pues al menos los hombres me penetraban de otro modo que con cánulas. No sabía nada de su sensación del tiempo, del placer: de su sentimiento de la dignidad, si se prefiere.

Sin embargo, el modo en que usaban a sus compañeros, en que los utilizaban, habría tenido que orientarme. He contado que me trataban, en privado o en público, como en Inglaterra no se atreverían a hacerlo con un niño, ni siquiera tal vez con una animal. La humillación, entonces, me escocía aún más que la epidermis o la intimidad ofendidas. Pero, más adelante, comprendí que no era solo conmigo que los indígenas en general, y las mujeres en particular, se tomaban esas enloquecidas libertades. Por ejemplo, vi a una joven, a la que, por lo que pude juzgar, su marido o su amante negaba sus servicios o se hacía rogar demasiado, despojarle del taparrabos, acostarlo sobre sus rodillas y aplicarle la misma rotunda azotaina que en otro momento me hubiese dado a mí. El hombre, el marido o el amante en cuestión, tenía por lo menos seis o siete años más que ella y no era en modo alguno enclenque. Gozaba de la misma soberbia anchura de espaldas, del mismo abombamiento de los pectorales, desarrollados por el tiro al arco o el lanzamiento de la jabalina, que la mayoría de los salvajes. No obstante, no más que el

pequeño Ga-Wau castigado por sus compañeras, hizo gesto alguno de protesta ni de defensa, aunque mirara con preocupación por la puerta de su choza mientras la furibunda joven le desnudaba y le azotaba. En verdad, se reconciliaron muy aprisa. Cuando ella le permitió levantar, su verga, al igual que la del pequeño Ga-Wau, estaba tan empinada como una tranca y tuve tiempo de ver cómo se apresuraba a quitarse su taparrabos y a aprovecharse de la mejor disposición del perezoso cónyuge. Por otra parte, obtener esa buena disposición quizás había sido uno de los motivos, o el objeto mismo, de la azotaina. Lo cual no quiere decir que la joven esposa, o la joven amante, no se hubiese encolerizado y hubiese decidido saciarse al momento a expensas del trasero de su señor y amo, al menos según nuestra costumbre inglesa y civilizada, y que el llamado señor y amo no se hubiese sometido totalmente a la humillante y punzante satisfacción. Estoy segura de que así aún jodió mejor a su mujercita. Y también estoy segura de que aquel pasatiempo no le provocó el imbécil orgullo, o más bien, la imbécil pretensión, de la que cualquier marido o amante inglés no hubiese dejado de alardear poco después. Para acabar con esto, digamos que es muy posible que, llegado el caso, el propio indígena azotase a su vez a su pequeña esposa. Pero entonces ella tampoco se sentiría humillada, ni él alardearía de haber sido dotado por la naturaleza con músculos en forma de bíceps o con un apéndice en forma de verga.

Ahora me resulta evidente que solo esta escena por sí sola, entrevista por casualidad durante mis paseos por el *pah*, habría tenido que abrirme los ojos. Pero todavía estaba demasiado imbuida de todas nuestras clasificaciones y, sobre todo, de todas nuestras jerarquías. Aunque sean ellas, sin embargo, las que nos otorgan tantas emociones y tantos sentimientos. Solo varios días después, quiero decir después del que vi a la pequeña salvaje azotar a su marido, descubrí la cabaña de las mujeres. Era equivalente a otra gran cabaña, donde se encontraban los hombres cuando querían estar solos. La diferencia, me parece, radica en que de los hombres

solo los solteros utilizaban esa cabaña común. Mientras que a la de las mujeres iban tanto las indígenas ya casadas, o con amantes, como las viudas, consolables o inconsolables, las solteras y las vírgenes. No sé si se hablaba mucho de las mujeres en la cabaña de los hombres. Sí, sin duda. Después de todo, no se puede hablar siempre de caza y de pesca. En cambio, casi jamás hablaban de los hombres en la cabaña de las mujeres. Incluso parecía que iban a ella para no hablar de ellos. Como si el mundo de las mujeres llevase en sí y de por sí, por su sola existencia, todo el de los hombres, mientras que el mundo de los hombres siente la persistente necesidad de explicitar y justificar, por la pesca y la caza, la guerra y la polla, ante el mundo total, definitivo, absoluto, cuya realidad al mismo tiempo pretende afirmar, su propio mantenimiento fraccional. Por eso los hombres hacen la guerra, pescan, cazan, se desvelan por hacer o deshacer el amor, mientras las mujeres viven y utilizan el mundo.

Si una u otra se cansaba, en la gran choza común, de ese exceso de feminidad, le parecía inútil y sobre todo ineficaz, hablar de ello. Simplemente salía e iba a buscarse un marido, un amante, o incluso se liaba con el primero que encontraba, aunque este fuese, por lo que pude ver, el marido o el amante de otra. Le estaba permitido acostarse con su compañero, en una de las chozas particulares, calentarse con él o calentarle, lo que es lo mismo después de todo, y estimularle sin ceremonia alguna, como he dicho, si se hacía rogar. Las mujeres no se limitaban a un solo hombre, aunque fuesen mucho más numerosas, o precisamente a causa de ello. Él te jodió ayer, yo lo azotaré hoy y me joderá mañana. Al fin y al cabo, solo es celoso el que se siente inferior. Más adelante, cuando ya había aprendido bien que mal algunas palabras de la lengua maorí, intenté explicar a una de las pequeñas salvajes lo que son para nosotros en todo caso, las rivalidades, los celos, la competencia. Encogía con indiferencia los hombros desnudos:

—Pero ¿por qué? Los hombres son nuestros hermanos —decía.

—Y vosotras, ¿sois sus hermanas? —le pregunté, llevada por su respuesta.

La suposición la hizo reír, sus ojos reflejaban una especie de divertido asombro y desprecio:

—Por supuesto que no, isolo nosotras entre nosotras somos hermanas!

Entonces también reí. Siempre queda algo oscuro, para un ser civilizado, en las claras palabras de los bárbaros. Ahora, sin embargo, me resulta evidente lo que decía la joven. Ella y yo, por encima de cualquier diferencia, teníamos la misma sangre, éramos de la misma tierra, si se prefiere. Los hombres no son más que una raza de hombres.

Entonces, después de la noche en que había suplicado a Ta-Lila que no me dejase sola y que había dormido en sus brazos, yo también fui siempre más a menudo a la choza de las mujeres. Incluso durante el día, muy pocas veces se encontraba desierta. Tan pronto como franqueaba la puerta, me desnudaba. Las otras mujeres estaban desnudas como yo. Vivíamos juntas, dormíamos, jugábamos, nos amábamos maravillosamente. Y ese amor tampoco pretendía rivalizar, competir, con el que se hace o se siente con un hombre. Ni siquiera pensábamos en él. Era un amor diferente. O, si se prefiere, otro modo, otra aplicación, otra realización, puesto que solo hay un amor. Después de todo, todos los cuerpos son parientes, hermanos y hermanas.

Jamás supe muy bien si fueron la pasión y el hábito de la voluptuosidad los que habían hecho de Nawa-Na un ser insensiblemente cruel, o si, por el contrario, fue una inclinación innata a cierta crueldad la que la llevaba a prestarse y entregarse desde siempre a todas las experiencias voluptuosas. Siempre que iba a la choza de las mujeres, Nawa-Na ya estaba allí. Su límpida sonrisa, algo fría, enigmática, sus brillantes ojos negros me fascinaban, me atraían como un amante. Bastante a menudo, incluso antes de que yo empezara a frecuentar la choza, había conseguido irritar o fatigar a las demás jóvenes y, más bien como

diversión, estas habían decidido castigarla. Una especie de inmensa cama baja, o si se prefiere un diván gigante, ocupaba todo un rincón de la choza, de una pared a otra. Era nuestro terreno de juegos, siestas, caricias y pereza. En uno de los extremos de este lecho, habían abierto de par en par a Nawa-Na, con los puños y tobillos atados con hales para que no pudiese cerrarlos y se le había introducido en la vagina un enorme plátano. Demasiado largo para que penetrase totalmente, el absurdo fruto rebasaba curiosamente en un buen tercio de entre sus muslos, levantando el capuchón de la vulva. Nawa-Na ni siquiera intentaba expulsar la caricatura de verga, ahora se mantenía tranquila, o inmóvil en todo caso. En algunos momentos, su matriz se estremecía, ondulaba bajo la carne firme y satinada del vientre, y sus ojos brillaban de pronto como carbúnculos. No por ello dejaba de exhibir esa sonrisa de virgencita bárbara, a la vez tierna y desdeñosa. La odiaba y la quería, o quizás la deseaba. Corría hacia ella y liberaba su adorable sexo, y su adorable vientre distendido, como un pequeño tambor dorado, del espantoso fruto. Desataba sus ataduras, y no por ello se mostraba contenta o me lo agradecía. Tan pronto como estaba libre, me ponía boca abajo, me sentaba a horcajadas sobre sus muslos y no vacilaba un segundo en arañarme o pellizcarme, en azotarme o incluso en meterme a su vez en el ano uno de esos estúpidos plátanos. O bien si le apetecía, se tumbaba boca abajo sobre mí, boca abajo también, pues al parecer, le gustaba mucho esta posición, metía la cara entre mis muslos y me chupaba el hueco de la vulva y de la vagina hasta que yo casi perdía el conocimiento. En el sentido literal de la palabra, devoraba mi placer. Aunque respetaran la libertad de Nawa-Na, pues los indígenas, como ya he dicho, apenas se reprimen entre sí, a no ser por juego, las demás jóvenes no tardaban por fortuna en liberarme de ella, al igual que yo la había salvado de sus manos agradablemente vengadoras. La atmósfera de la choza era sobre todo de confianza, cálida y calurosa a la vez, tal como debe ser precisamente, entre seres que no se reprimen entre sí y en un mundo o una sociedad a los que tampoco reprime un sistema ajeno

a ellos. Más bien puede decirse que en el interior de la choza, más allá de lo que ellas deseasen o buscasen cuando estaban fuera, las jóvenes se bastaban a sí mismas y disfrutaban de bastarse a sí mismas.

Éramos amantes unas de otras y, si así puede decirse, todas a la vez. Era esa comunidad la que nos daba a cada una autonomía y unidad. El amante no es solo el que nos entreabre los muslos, es el que llena un hueco en el mundo. Y nos percatábamos con gran dulzura de ese hueco, con una ausencia total de temor y amargura. Las mujeres, en realidad, son cariñosas con las mujeres, mientras no interviene el hombre, con su preocupación y su obsesión por reclamar la parte del león, ya que quizás teme demasiado no ser más que un cordero para él.

Nos amábamos sin prisas, pues cierto es también que el amor destruye el tiempo, en todo caso nuestra humana invención del tiempo. Cuerpos enlazados, corazones amantes, excitados en una semejante pulsación. Sin apresuramiento alguno, nos abrazábamos entre varias, y el tiempo pasaba a ser únicamente ese latido cálido y lento de nuestros corazones. Entonces descubrí el tierno y adorable placer de sentir la desnudez de una mujer junto a mi propia desnudez. Los indígenas, también lo he dicho, no se dan besos propiamente dichos. Pero todo el cuerpo se prende y se presta, acaricia y es acariciado por todo el cuerpo. Es ya demasiado evidente que la carne tiene alma. Con tal de ser algo pacientes, cosa que, por ejemplo, reprochaba a Nawa-Na, quien jamás lo comprendió, poco a poco tomé conciencia en mis abrazos del soplo vital de la amiga a quien abrazaba, del contorno y de la forma de sus labios, de su sabor. Nunca un aliento, por puro que sea, se parece a otro aliento. Sentía la ternura o la firmeza de sus senos contra mis senos, su redondez o su agudeza, sus pezones, los míos, los suyos, que ora se aplastaban deliciosamente como para ser penetrados, u ora se sublevaban, se erguían, y cual minúsculos roedores se enfrentaban y se frotaban los hocicos. Sentía el peso exquisito, el ligero ahuecamiento o el delicado bombeo de un vientre

de mujer contra mi propio vientre. En verdad, se sopesaban mutuamente con voluptuosidad. Sin prisa, cada una avanzaba la pelvis, combaba los riñones, a fin de que las vulvas se tocasen. Está claro que ahora ya no detesto el amor de los hombres. Pero digo que el verdadero beso es este, cuando la vulva inimaginablemente sensible de una mujer toca la de otra mujer, cuando los sépalos de los labios se descubren entre sí, se aprietan, se separan, buscan unos en el fondo de los otros los sépalos, el pistilo, el corazón. Sí, simplemente hay que ser paciente. Los pubis desnudos se acarician como mejilla contra mejilla; en el beso de los sexos existe una penetración no manifiesta, pero muy segura y profunda, sin decepción ni crueldad, que llega hasta el alma. Reconocía la redondez de los muslos, que es la carne pulposa y pura del mundo, la almendra dura y pulida de las rodillas, nudo de esa carne, la sutilidad de los tobillos, el contacto extraño y fraternal de los pies, que son como manos ciegas.

Y, mientras apretaba a mi amiga entre los brazos y ella me enlazaba, otra mujer de la que era amiga, acostada junto a mi espalda, me abrazaba con sus brazos. También sentía todo su cuerpo, aunque con distinta aprehensión, y su tibio aliento sobre mi nuca y junto a la oreja. A veces la mordisqueaba o la guardaba mucho tiempo entre los labios. Sus senos se aplastaban inefablemente contra mis omoplatos, allí donde un hombre jamás piensa en acariciar a una mujer, como si allí no hubiese nada que le sirviera. La exquisita hinchazón del vientre desposaba y llenaba el hueco de mis riñones. El pubis, la vulva abordaban mi trasero y se esforzaban, como un cabrito que mama, por vaciarlo para ahogarse en él. Era un juego que adoraba. Me relajaba, me descontraía lo más que podía, de manera que la grupa perdiese su elástica redondez y por fin se abriese. Así la vulva de la amiga acostada contra mi espalda me acariciaba el ano. El corazón de la desnudez contra el corazón de la desnudez. Me estremecía con un punzante placer. Luego, cuando consideraba que había sido bastante acariciada, cerraba de nuevo la ternura insistente de las nalgas sobre los labios

de mi amiga, sobre su vulva, pellizcándola suavemente y aprisionándola. Pero esta no intentaba huir, por el contrario se apretaba aún más contra mí, dentro de mí. Abría y cerraba alternativamente las nalgas sobre ella. Entonces su aliento se precipitaba, se enfebrecía. Por mi parte, pellizcaba cada vez más aprisa y con creciente insistencia los repletos labios de su vulva. Mi amiga jadeaba, le arrancaba un grito, una pequeña queja melodiosa, por último una suave convulsión mientras llegaba al pequeño sol de su placer, mientras gozaba, al calor y en el abrazo de mis nalgas, y yo sentía, o imaginaba sentir, con las mucosas suavemente exasperadas del ano, la furtiva humedad, la savia fina y olorosa de su carne secreta. Entonces, su goce me hacía gozar, gemía, y la amiga que tenía entre los brazos buscaba en mi vulva, con la suya, ese mismo placer que yo podía darle, ya que acababa de provocarlo y, a cambio, de recibirlo.

A veces, gozábamos de una forma más brutal. Pasada y superada la primera ternura, buscábamos otra. Así es como siempre se quiere llegar más lejos y más adentro del ser que se ama, y esa incesante superación, que siempre se supera a sí misma, constituye de hecho el amor. Nos acostábamos una sobre otra al revés. Entonces, mamaba su sexo tan detenida y ávidamente como nunca había podido soñar, entre los muslos abiertos de mi amiga, mamaba una leche de indecible olvido, mientras ella, entre mis muslos, me mamaba la mía. Ahuecaba y penetraba su vagina con la lengua, mientras ella hurgaba la mía. Bebía su carne, su licor, su placer de mujer, y ella bebía los míos. Nuestros sabores, nuestros gustos, nos mareaban y nos embriagaban. Creo que la mujer es la fuente misma del mundo. De ella manan y en ella se generan la vida y el sueño, toda memoria y todo olvido.

Cuando por un momento habíamos secado esa fuente, nos peleábamos. Las mujeres también tienen que hacer la guerra, como hacen el amor, para dar un poco de paz a los hombres, tan celosos y tan orgullosos por detentar el privilegio de la mala voluntad. Nos martirizábamos unas a otras a modo de exorcismo, riendo como

niñas. Varias nos uníamos contra una y casi ahogábamos a la víctima atiborrándola, entre los muslos y entre las nalgas, con largos plátanos de color dorado rosado, o con otra fruta, especie de vaina de cuero negro muy curvada, que se parece a las algarrobas de Europa. Nawa-Na, para mosquear, por desafío, se negaba a tomar parte en las luchas. Escogía expresamente la vaina más formidable y, con las nalgas y la vagina abiertas y con su irritante sonrisa se penetraba a sí misma, se masturbaba concienzudamente, se hacía el amor a sí misma con ayuda de la fruta, aparentando gozar con los ojos descompuestos y los labios tensos y aprisionados entre los dientes. Pronto o tarde, una de las jóvenes se decidía a agarrarla y azotarla. Entonces, lloraba durante breves instantes y, luego, con las nalgas ya moradas, gozaba con más dulzura, todos los músculos se volvían flexibles y tiernos, y mendigaba, simulando una timidez no menos falsa que sus rabietas, el derecho de chupar la garganta, el sexo de alguna de nosotras. Siempre deseaba que me eligiese a mí, después de todo la amaba. A veces, la elegía yo a la fuerza, y ella reía con ganas. A veces también, todo un pelotón de mujeres se declaraba realmente la guerra, una guerra intestina, pero incivil más que civil, cada una en medio de las demás, pellizcando, mordiendo, arañando, aunque también acariciando y besando todo lo que tenía al alcance de la mano. Reíamos siempre más de nuestros cabellos enmarañados y erizados, de nuestro sofoco, de las huellas de una uña en el oro aterciopelado de un trasero, o en la carne de champiñón, íntima y húmeda de un pubis, de un sexo.

Lo más encantador que vi fue a dos amigas que, con mucho cuidado y muchos escrúpulos, sonriéndose mutuamente, se dedicaban a penetrarse al mismo tiempo y con la misma fruta. Podría de hecho decirse de ellas que hacían el amor. Una de las dos amantes, recostada sobre un lado, cogía una de esas interminables frutas curvadas y la introducía, hasta más o menos la mitad, entre sus muslos, en su vagina. A menudo su sonrisa vacilaba un instante y un vaho de sudor le goteaba en los labios y en las sienes. Pero, entonces, llegaba la recompensa. La otra amante, también acostada

de lado, frente a su amiga, lograba deslizar en su propia vagina la otra mitad de la fruta, sin sacar la que estaba en el cuerpo de la primera. Las dos amigas se encontraban así soldadas una a otra. En tan íntima comunicación, eran felices durante livianos, indefinidos e inefables minutos. Cada movimiento, por imperceptible que fuese, de una de las jóvenes, era percibido al punto por la otra, en su vientre, en su seno. Por eso jugaban sin cansarse, para gozar sin cansarse, con movimientos llevados hasta sus más ínfimos matices, avanzando o retrocediendo apenas, moviendo con prudencia las caderas, fingiendo querer rechazar la fruta que las unía, o, al contrario, queriendo introducirla entera dentro de sí. Otras veces, practicaban el mismo juego, pero de espaldas. Una empujaba con fuerza la mitad de la fruta entre sus nalgas, en el recto, y su amiga, tanteando adorablemente, lograba de un golpe hundirse la otra mitad en el suyo. Cuando se daban la cara, llegaban a llorar de emoción, de turbación, de un placer demasiado intenso. Cuando se daban la espalda, no lloraban, quizás porque ya no se veían, y la dulzura del corazón y del alma está en la mirada, pero el goce, insidiosamente mezclado al dolor, a veces les arrancaba un grito. Y, a veces, nosotras, las demás mujeres, nos sentíamos celosas al oírlas, al contemplarlas.

El sol se desteñía en la llovizna azulada y ceniza de las islas. Llegaba la noche. Fuera, alrededor de la choza, los olores y hasta los colores se exacerbaban por última vez antes de entrar en la noche, precediendo en cierta manera al cortejo de la vegetación, a la caravana de las colinas. En el interior de la choza también reinaba un salvaje olor a mujer. Nuestro placer, nuestro calor, nuestra felicidad. Me gustaba siempre menos volver sola a mi cabaña. Me quedaba en la gran choza con las jóvenes que aquella noche no irían en busca de hombres. Nos enlazábamos para pasar la noche. Algunos murciélagos pasaban y volvían a pasar delante de la abertura, como un lienzo de terciopelo agitado un momento. La maleza respiraba con una inmensa y densa serenidad, un pájaro chillaba antes de esconder la cabeza debajo del ala. A su vez, el

colchón de hojas, llegada la oscuridad, desprendía una fragancia más fuerte, como si fuera vivo. Estábamos bien. El gran follaje de la noche era tibio.

* * *

La reaparición de Frank me produjo, al menos a mí, el efecto de un rayo. Recuerdo que aquel día me sentía indispuesta. ¿Por qué no decirlo? Cuando, al fin y al cabo, he llenado ya este escrito de detalles inconfesables. Me sentía con algo de fiebre, con la cabeza pesada y confusa, el cuerpo hostil, mirando al mundo descontenta y como si se hubiese oscurecido y, por si fuera poco, con ánimos de crueldad, cuando, como creo haber señalado antes, en cualquier momento aún más que sufrir, odio hacer sufrir.

Por la noche, a causa de mi estúpido estado, había dormido sola en mi choza. También me había lavado sola, rechazando los cuidados de las mujeres, y me había vestido a la inglesa, con refinados cuidados, poniéndome incluso las medias y los zapatos, de los que, sin embargo, los pies habían empezado a perder la costumbre.

El sol estaba radiante, lo que incrementó mi mal humor. Cuando decidí salir, vi en seguida que la mayoría de los hombres habían abandonado el pueblo.

«¡Muy bien! ¡Mucho mejor!», me dije, con el espíritu apesadumbrado y amargado.

La sociedad de las mujeres no me tentaba más que la de sus compañeros, y el embobamiento siempre renovado de los niños ante mis atavíos no me arrancó sonrisa alguna. Anduve un poco, sintiendo solo desprecio por todos los juegos y ocupaciones. Por otra parte, se jugaba poco. Creía sentir, presentir, una especie de impaciencia y enervamiento, o una especie de angustia, ya no solo en mí, sino esparcida por toda la aldea. La desprecié como a todo lo demás. No agradecí sus servicios a las jóvenes que poco después me trajeron de comer, y por lo demás apenas probé un bocado. Sobre todo bebía mucha agua fresca, lo que me permitía

enfurruñarme más que nunca cuando el exceso de líquido me obligaba a salir. Por último, tenía otro pequeño conflicto, no menos estúpido y muy femenino, al parecer, y por un momento pensé en rogar a Ta-Lila, o a Nawa-Na, que me administrasen una lavativa para sentirme aliviada. Sin embargo, decididamente me repugnaba que me tocasen, o incluso que me viesen en el estado en que me encontraba.

Me hundí, a modo de siesta, en un alelamiento, en un embrutecimiento tórpido. Unos disparos lejanos, pero precisos y secos, me arrancaron a él. También oí gritar, exclamar, interpelarse entre sí a las mujeres y a los niños. El sol, que se filtraba a través de la hojarasca, me parecía de una crudeza cegadora y no pude soportar la idea de abandonar de nuevo, aunque solo fuese por breves instantes, el abrigo de la choza. Volví a dormirme, o intenté dormirme. Los disparos, sin embargo, hubiesen tenido que alertarme. En aquella época, los indígenas todavía no poseían fusiles ni carabinas. Quizás había transcurrido una hora cuando volvió a producirse el ruido, un enorme jaleo, alaridos y pisoteos, cánticos, llamadas, risas. Los hombres volvían al *pah*. Me levanté y esta vez me dispuse a descubrir qué provocaba todo aquel barullo desde el umbral de mi cabaña. Entonces vi a Frank. Extrañamente me sorprendió, en la fiebre, reconocerlo en seguida. Lo llevaban como, hojeando libros de imágenes, yo había descubierto que los negros llevaban la caza mayor que acababan de atrapar y también, a veces, a sus prisioneros. Tenían los pies y las manos atadas a una larga pértiga que Ra-Hau y otro indígena, seis o siete pasos detrás, llevaban sobre los hombros. Frank había conservado su capa blanca de jinete, pero había perdido el casco y las botas, y unas manchas rojas de sangre y negras de pólvora quemada ensuciaban toda la parte delantera del uniforme.

«Está muerto», me dije al momento.

No sentía emoción particular alguna. Aquel soldado muerto venía de demasiado lejos, o quizás era yo. Cuando dos sueños se cruzan y chocan de improviso, se destruyen mutuamente. A continuación

pensé que, si Frank hubiese estado efectivamente muerto, no se hubiesen dado el trabajo y las dificultades de llevarlo consigo. A los maorís, a quienes no les gusta trabajar demasiado, tampoco les gusta no ya la muerte, que al fin y al cabo no es más que un accidente o una modalidad de la vida, sino los muertos. Estos desaparecen de golpe, engullidos en las tinieblas exteriores del *pah*. Supongo que las viejas y no sé qué enterradores se ocupan de ellos. Aquel día, mientras los niños saltaban, reían y batían palmas, haciendo innumerables preguntas en torno al pobre Frank, me di cuenta de que los adultos, sobre todo los hombres, me miraban de reojo con curiosidad. Quizás habían reconocido en el prisionero a mi marido, pero no lo creo. Para ellos, como para los negros, todos los europeos se parecen. O quizás más bien viesan en él precisamente a un europeo, y nada más, pero eso excitaba su curiosidad ya que, para ellos, yo era ante todo una europea, una blanca, y la coincidencia les parecía nueva y rara. Debían acechar ávidamente la forma en que reaccionaría. Por eso, no dejé de mostrar una gran indiferencia, y volví hacia mi choza, como si fuese de nuevo a echar una siesta.

Hacia el atardecer, sin embargo, me vi obligada a salir. Tampoco podía quedarme allí si, por ejemplo, decidían asar a Frank. Me vino una loca e imbécil risa. Y no es que tuviese alguna razón para divertirme. Sin duda, se debía a mi estado de febril estupefacción. Me cuidé aún más, con más detenimiento que por la mañana, de mi aseo, peinándome cuidadosamente con uno de los burdos instrumentos indígenas, componiéndome el rostro, escrutándolo en el agua de una calabaza que me servía de espejo.

«Sí, soy yo, soy yo», me dije, sin llegar a creérmelo.

El sol, cuando atravesé el *pah*, ya se escondía detrás de las altas montañas azules, sobreelevando por un momento, antes de hundirlas en la noche, las colinas tupidas de los árboles. La vida cotidiana, a la vez muy móvil y muy perezosa, parecía haber vuelto a la normalidad. Todo lo más podía oír, más bien adivinar, que se festejaba a los guerreros, que las mujeres tomaban posesión de

ellos, y ellos de ellas. Se encendían hogueras. Solo los niños, gritando y corriendo de un lado para otro, manifestaban la tensión que todavía no se había relajado, la impaciencia y la fiebre insatisfechas del *pah*. Sin embargo niños y adultos se echaban a mis piernas, o me dirigían una breve sonrisa, un gesto algo distraído, algo vago en su benevolencia, como cualquier otro día. Solo tuve que seguir la carrera de los niños para descubrir a Frank. Lo habían soltado de la larga vara y lo habían atado, esta vez de pie, de espaldas al tronco de un árbol joven, cercano a una choza que siempre había visto deshabitada. Por supuesto, cierto número de hombres y mujeres me habían seguido, mientras yo seguía a los niños, para asistir al encuentro. Frank abrió los ojos de par en par. Sus cabellos oscuros, poblados y suaves, de los que se enorgullecía, se encontraban totalmente despeinados, lo que me molestó.

—Ya ves, no soy un fantasma —le dije.

Todavía había suficiente claridad como para que viese palidecer sus labios:

—¡Stella, te creía muerta!

—Y yo a ti. Siempre creemos que son los demás los que mueren —contesté.

Durante un largo rato me miró como si yo estuviese loca. Luego echó una ojeada despavorida, en mi opinión, pero también llena de malicia, hacia los indígenas que merodeaban y se entretenían deliberadamente a nuestro alrededor, a cierta distancia. Había bajado la voz, como un niño que se esconde del maestro:

—Stella ¿te... te respetan?

—Sí, mucho —le dije.

En ese momento sentí que la imbécil y loca risa volvía a apoderarse de mí y me mordí furiosamente el interior de las mejillas.

—¿Estás herido, Frank? —pregunté entonces.

Levantó la cabeza. Sus cabellos enmarañados me hacían pensar en un nido de urraca.

—No, solo un rasguño —aseguró.

Fingí preocuparme también por la presencia de los indígenas, miré varias veces por encima de los hombros, y Frank cuchicheó muy de prisa, siempre como si jugase a conspirador:

—¡Stella! ¡Esta noche!

No sé por qué se me ocurrió, cuando dijo esto, que sería él, Frank, quien irrumpiría esa noche en mi choza para joderme veloz y pesadamente, como en Inglaterra. Durante un instante me envaré y me sentí helada. Luego, recordé todo lo que había ocurrido desde entonces, volví a tomar conciencia de la desnudez de mi cuerpo bajo el vestido y, para no dejar a Frank totalmente solo, respondí con el mismo tono:

—¡Sí, esta noche! —tras lo cual le di la espalda.

Cuando estuve segura de que ya no veía mi cara, fijé los ojos en los senos desnudos de una de las jóvenes, sonriéndole y enseñando los dientes como si quisiera morderla. Comprendió, sonrió a su vez y, dando la espalda también a Frank me acompañó hasta el centro del *pah*. Pasamos un rato, ella, yo y media docena de mujeres más, que ya se encontraban allí, en la gran choza. Tenía en verdad menos ganas de compañía que ganas de ver si las jóvenes se comportarían conmigo de diferente manera. Nada de eso ocurrió. Se contentaron con dejarme, por una vez, totalmente vestida, por la simple razón de que, siendo ellas también mujeres, no ignoraban por supuesto mi indisposición. Comimos allí, como de costumbre, prefiriendo ellas servirme que permitirme ayudarlas, o servirles a ellas. Me llevé a mi choza a la que había sonreído cuando estaba cerca de Frank. Se desnudó y yo solo me dejé la ropa interior y una falda corta. Dormí parte de la noche con el rostro entre sus senos. Quizás una especie de remordimiento me despertó. Me levanté, volví a vestirme sin despertar a mi compañera y de nuevo atravesé el *pah* para saber qué había sido de Frank. Lo habían desatado del árbol y comprendí que se encontraba en la choza hasta entonces deshabitada. Varios indígenas, hombres, parecían patrullar, o quizás simplemente se habían sentado a charlar a media voz. También me pareció que había otros dentro de la choza para custodiar o vigilar a Frank.

Entonces volvía a mi choza y volvía a acostarme pegada a la joven que no había dejado de dormir. Estaba tibia y suave, abandonada a su sueño.

A la mañana siguiente, tenía el cuerpo más limpio, la mente más clara. Sin embargo, la sensación de irrealidad, propia de mí cuando estoy indispuesta, se había acentuado. La aparición de Frank, su resurrección por así decirlo, las pocas palabras que habíamos intercambiado, y también su posición de prisionero de los maorís, de quienes yo misma ya no me consideraba prisionera, desde hacía bastante tiempo, todo eso agudizaba esa sensación y le otorgaba una extraña intensidad. Sin querer, tendía a creer que todo lo que ocurría no era más que algo así como un espectáculo que se organizaba con el solo fin de distraerme, de divertirme, o también de entristecerme.

Así atormentada, me lavé y me vestí como para una fiesta. Dentro de esa insensata fiesta debería desempeñar un papel, mi propio papel me parecía, aunque solo fuese el de simple espectadora. Después de todo, se vive mucho así. Meforcé a desayunar, como si hubiese tenido que pasar una prueba. Me dije que, cuando llegué a la aldea, no estaba tan bien armada. Pensé en Frank, aunque esta preocupación me fatigaba. Luego volví a atravesar el *pah*. Habían vuelto a atar a Frank de espaldas al árbol. Su barba había crecido durante la noche, lo que me irritó casi tanto como sus cabellos hirsutos. El sol calentaba ya, el cielo estaba limpio de nubes al igual que mi cuerpo. Solo vi a unos cuantos indígenas alrededor de la choza y del árbol, que bostezaban y se estiraban como animales, o se distendían los omóplatos.

—¿Cómo estás? (*How do yo do?*) —preguntó Frank.

—¿Cómo estás tú? —dije como en un eco.

Me vaciaba como podía la cabeza para imaginar otra pregunta.

—¿Has desayunado? —le dije.

Su bello y noble rostro, a la vez lívido y sucio, azulado por la barba se contrajo en amarga mueca:

—Sí, me han dado de comer. Me han dado de beber. Me han conducido afuera, entre los matorrales, como a un perro. ¡Me han lavado!

Tenía el torso desnudo y yo veía claramente que le habían rascado la piel. En cambio habían vuelto a ponerle los pantalones de jinete y hasta las botas, que alguien había encontrado no sé dónde. Los indígenas a veces son muy desconcertantes. Como miraba el torso y el rostro de Frank, esforzándome inconscientemente en volver a acostumbrar mi propia percepción de mi sensibilidad en otras palabras, a esa carne pálida, una nueva mueca lamentable le torció los labios, mientras sus ojos reflejaban una especie de súplica, un confuso terror:

—Stella, ¿qué van a hacerme?

Enrojeció violentamente y desvió la mirada.

—Me lo pregunto —le dije.

Sus ojos dilatados volvieron a encontrarse con los míos y, al igual que a la noche anterior, me miró como si estuviese loca. Me sentí molesta. Con los indígenas, después de todo, casi nunca tenía que hablar. Frank, es evidente, utilizaba la lengua inglesa, la mía, la que había aprendido en la infancia y hablado durante la mayor parte de mi vida y era de esperar, cosa no menos evidente, que la utilizaría. Por fin, el muy idiota de Ra-Hau me sacó de esta embarazosa situación y, en cierto modo, se añadió a ella. Inspirado o excitado, al parecer, por el desayuno, se abrió paso con su porte altivo y enorme cuerpo a través del puñado de indígenas que empezaban a aglutinarse, sin acercarse aun así demasiado, alrededor de Frank y de mí, no se dignó a echar al primero más que una mirada indiferente, se acercó a mí, me enseñó con una sonrisa sus brillantes dientes y, para acabar, me cogió con su natural desenvoltura por el hombro y me curvó frente a un árbol, vecino del que habían atado a Frank. El corazón me dio un vuelco.

—¡Pero no, idiota! —dije a Ra-Hau.

O quizás tan solo lo pensé. Me volví a erguir, por una vez, y me giré hacia él. Había aprendido de las mujeres la palabra, algo tabú,

pronunciada sobre todo ante un hombre, que designa la indisposición. Sin embargo, en mi pánico, se me cayó el santo al cielo en el mismo instante en que quise atreverme a emplearla. Me quedé con la boca abierta, con toda la sangre en el rostro. Por el rabillo del ojo vi a Frank retorcerse en sus ataduras. En cuanto a Ra-Hau, simplemente prorrumpió en su risa de bendito. Con una mano ya desenrollaba su taparrabos a la vez que me giraba de nuevo de cara al árbol y me curvaba con su brazo de plomo. Me vi obligada a agarrarme al tronco del árbol para no caer de cara y ensuciar mi traje en la tierra y las hojas. Mientras tanto, Ra-Hau me subió el vestido hasta la cintura, me arrancó las bragas y, mientras yo lloraba de malestar (*Uncomfortableness*), de vergüenza si se prefiere, más que de cólera o de pesadumbre, me cogió por las caderas y de un solo golpe me hundió su enorme verga entre las nalgas hasta el fondo del recto. Alguien gritó, yo o Frank. El temor que me inspiraba su presencia, su proximidad, sin siquiera mencionar el ligero malestar dejado por una indisposición, me habían cerrado, por así decirlo, de tal manera que Ra-Hau me hizo un daño monstruoso. Y, sin embargo, a partir del momento en que su grueso mango estuvo dentro de mí, olvidé que me había hecho daño, incluso encontré cierta suavidad, cierto calor y una embriagadora sensación de plenitud, y pude relajarme, permitirle ir y venir, llenarme con su carne oronda y su semen. No gocé, propiamente hablando. Pero, como otras veces, tuve la impresión de ser privada de algo, mutilada, cuando su fuerza viril se debilitó de pronto en mis entrañas y la enorme verga se ablandó, murió y, luego, siguiendo un movimiento tan inexorable como la penetración, se retractó y salió definitivamente de mí. Incapaz por el momento de erguirme de nuevo, esperé, agarrándome nerviosamente al árbol, que las mujeres me hubiesen lavado y secado, y hubiesen mimado a Ra-Hau. Las rodillas me temblaban. Las propias mujeres tuvieron que ajustarme de nuevo el vestido, mientras que el gran Ra-Hau, todo satisfecho, se enrollaba su taparrabos. Entonces, volví a ver, reconocí, el rostro convulso de Frank, sus ojos llameantes.

Fascinada, di uno o dos pasos hacia él. Las ataduras se le habían incrustado en las muñecas. Varias veces intentó hablar, o escupirme a la cara quizás. Tenía una especie de espuma blanca y seca en la comisura de los labios.

—¡Putá! ¡Putá asquerosa! —eructó por fin.

En cierta manera, su rabiosa exasperación hasta me fascinaba. Pero todo se volvió más fácil cuando hubo dicho eso. Resuelto a no verme más que desde fuera, desde el exterior, me condenaba forzosamente a mi papel de mera espectadora. Por otra parte, quizás para Frank las cosas también se le volvieron más fáciles. El odio, como el amor, siempre parece dispensar de juzgar. Y lo realmente intolerable es un sentimiento, una relación mal definida entre dos seres. Para cada uno, es no llegar a formarse un juicio preciso sobre el otro. Frank ahora creía saber a qué atenerse. Y yo también lo sabía, por humana y mera copia de su propia estima. El juicio de otro le juzga a él, en el mismo instante, en el mismo movimiento en que me juzga a mí.

Desataron a Frank y le enseñaron con imágenes, en imágenes vivas —él mismo estaba en primer plano— lo que había sido casi toda mi existencia allí y que él todavía desconocía. Ese día se contentaron con doblarle sobre el potro, colocado en su honor y bien cubierto de hojas frescas, le quitaron los pantalones y algunos muchachos de la edad de Ga-Wau, aunque él no, se divirtieron dándole por el culo, lo cual provocó el abucheo de las mujeres. Algo más tarde, sin siquiera bajarlo del potro, le azotaron bastante enérgicamente con una vara de sauce, sin duda para darle vivacidad o incluso para castigarle por haber demostrado su enfado de una forma demasiado ostentosa. He de confesar que, en aquel momento, me alejé apresuradamente. Nunca me ha gustado que me azotasen y, como creo haber dicho ya, detesto igualmente, sino más, ver azotar a alguien. Y ello a pesar de que las nalgas masculinas, que son feas, en todo caso las de los europeos, según mi modesta experiencia, parecen mucho más susceptibles que un tibio trasero de mujer de alegrarse con algunos sólidos vergazos. La escena, en

cualquier caso, me disgustaba, y me refugié en mi choza. Me había propuesto, por la noche, volver a intentar hablar con Frank, pero dormí con un sueño muy pesado y no me desperté más que a pleno sol.

A pesar del calor y del bochorno, llovió hasta el principio de la tarde. Las colinas, encrespadas de verdor, y la altiva cresta azul de las montañas me oprimían como si tuviese que no volver a verlas. Frank permanecía enclaustrado en su choza, prisionero tal vez, sobre todo de su propia estupefacción, al igual que yo durante los primeros días. Todo se repetía una vez más, con la sola diferencia de que ahora yo me sentía totalmente libre. El corazón, ya lo he dicho, me pesaba más de lo que me había pesado el sueño y, sin embargo, volaba, se evadía de mí una alegría tan ligera como un pájaro. La llovizna cesó, la maleza ardió con su sorda fiebre y las colinas se tornasolaron. Entonces, sacaron a Frank de su choza. Le condujeron al borde del gran espacio descubierto, bajo el follaje, hasta un lecho reconstruido como el potro y cuyo somier estaba abovedado en escarpa. Las mujeres por un lado, y Ra-Hau por el suyo, obligaron a los niños a mantenerse algo apartados. Por supuesto, al no existir tabú alguno, la orden solo fue obedecida con moderación, y pequeños grupos de curiosos se colaron en todo momento para aprovechar el espectáculo.

Desnudaron totalmente a Frank y lo acostaron, primero boca abajo, sobre el lecho. Menos confiados en su prudencia que en la mía, le ataron las muñecas y los tobillos a las cuatro esquinas del somier. Permanecí algo cerca, pero sin llegar a sentarme, por ejemplo, en los bordes del lecho con las mujeres, pero tampoco sin perder de vista la escena. Seguía vestida a la inglesa, lo cual parecía aprobar la sonrisa que los indígenas me dirigían, no sé por qué.

Al haber estallado Frank en furiosos improperios cuando las mujeres empezaron a depilarle alrededor del ano, le metieron entre los dientes una especie de mango, de pepita grande y dura, a modo de mordaza. Tal vez una hora más tarde, no solo el pliegue entre las nalgas, sino las propias nalgas se encontraban tan desnudas y lisas

como la mejilla de un bebé. Sorprendía el contraste con el pelo negro del dorso de los muslos, que habían respetado, y el negro hilillo de pelos entre los riñones, a lo largo de la columna vertebral, interrumpido de pronto en la vértebra más baja. Tampoco sé por qué ese contraste me pareció bastante excitante. Luego, las jóvenes, tal como habían hecho conmigo, empezaron a masajear las nalgas, hundiendo poco a poco los dedos hasta el ano con los distintos aceites que sirven para prevenir o calmar la irritación. Entonces me fui a jugar con Ta-Lila, Nawa-Na y otras jóvenes a la gran cabaña. Aparentemente Nawa-Na no intervenía cuando se trataba de un hombre. Tampoco esto era un tabú, ya que las que depilaban y daban masajes a Frank no eran en absoluto mayores que ellas, ni todas estaban casadas.

Cuando volví a verle, estaba acostado y, por supuesto, atado de espaldas, arqueado una vez más por la superficie abovedada del lecho. En su bajo vientre, se había realizado el mismo trabajo artístico que en las nalgas, y que antes en mi vientre y en mi vulva. Desde el ombligo hasta lo más alto de los muslos, las mujeres no le habían dejado ni el más mínimo asomo de pelo. Incluso los testículos habían sido depilados cuidadosamente. Ahora parecían pequeños huevos ligeramente oscuros y ligeramente arrugados. En aquel momento, creí que nunca había visto algo tan cómico como aquel tierno y desventurado pene y aquellos huevos albos. Era como si los hubiesen injertado, añadido al cuerpo de Frank como un extraño adorno barroco. Las mujeres, que ya le habían untado y masajeadó el vientre y la verga, se ocupaban ahora precisamente de los testículos. La depilación, evidentemente, los había inflamado mucho, y ahora los envolvían en una serie de hojas, musgos y hierbas impregnadas en diversos licores. Cuando las mujeres los descubrieron, me dieron la sensación de que habían perdido su sensible hinchazón y el enrojecimiento algo violáceo que indicaba congestión. También noté que habían retirado de la boca de Frank la fruta que le amordazaba. Los músculos de sus mandíbulas estaban tan contraídos que, de por sí, ya eran como mordazas. Lo cómico,

incluso lo ridículo por decirlo con todas las palabras, de ese desventurado artefacto desnudado y despojado producía tal sorpresa que no podía dejar de sentirme afectada y esa sensación me producía una excitación no menos intensa. Involuntariamente me acerqué a la cama. Las mujeres levantaron la cabeza y me sonrieron orgullosamente, tan contentas ahora con su trabajo como cuando me lo hicieron a mí. Frank, por el contrario, me fustigaba con una mirada llena de un odio alucinado y demente. Pero me dejaba indiferente, mis ojos siempre volvían a su sexo, a sus grotescos y adorables cojoncitos. Las mujeres me hicieron un sitio en la cama de tal manera que pude sentarme entre ellas. Me molestaba la imperceptible película de aceite que seguía espejeando en el bajo vientre, la verga y los testículos de Frank. Solo tuve que estirar la mano para que una de las jóvenes me diera un trozo de paño muy seco, más suave y flexible que el lino. Me dediqué a hacer desaparecer hasta la última huella de aquel ungüento aceitoso. En verdad, me resultaba muy agradable, vestida de pies a cabeza como hubiese podido estarlo para la hora del té en Inglaterra, ocuparme así de él, que no solo estaba desnudo, sino también privado de las púdicas defensas concedidas por la naturaleza. Bajo los efectos de esta impresión, me parecía que mi propio sexo se estremecía, palpitaba delicada, voluptuosamente, bajo mi vestido. Yo secaba, cuidándome de no renovar la irritación, el pene de Frank y, como lo apretaba con precaución, sentí que también se excitaba y empezaba a erigirse. Frank explotó, a pesar de sus esfuerzos por contenerse.

—¡No hagas eso, por Dios! —cuchicheó.

—Pero ¿por qué? —le dije.

Aparté el paño, y la verga apareció en toda su desnudez, desplegada, tensa como una lanza. Frank se sonrojó de golpe y luego palideció por el odio y el furor que le invadían. Como hice yo, crispó los párpados para escapar del mundo negándolo. Pero era demasiado cierto que en aquel momento sus sentimientos me importaban poco. Las jóvenes se rieron, algunas batieron palmas y empezaron a cotorrear, mientras los hombres, que se habían

acercado, gruñían con evidente satisfacción. Creo que los indígenas aman que la naturaleza siga su curso.

—¡Vete, márchate, sucia, asquerosa puta, degenerada! —escupió Frank entre dientes.

Empuñé sin brutalidad, pero con firmeza, su verga y le masturbé como nunca había masturbado a nadie, ni siguiera a Ra-Hau, o a alguno de los niños, cuando esperaba de ellos un favor que preferían no darme. Por desgracia, solo fueron precisos unos segundos, demasiado breves para mi gusto, demasiado inaprensibles, si no impalpables, para que la verga se encabritase en mi mano y para que el glande hinchado, de un bello rosa púrpura como el corazón de una flor, proyectase con violentas sacudidas su semen, enviándolo casi hasta la barbilla de Frank y en el hueco de una clavícula. Las jóvenes, encantadas, gritaron y aplaudieron con ganas. Lavaron a Frank y le secaron. Tan pronto como estuvo bien seco, volví a masturbarle. Fue preciso algo más de tiempo y, aunque los espasmos fueron más salvajes, los chorros ya perdían fuerza, espesor y sobre todo cantidad.

—¡Asquerosa! ¡Asquerosa! —repitió Frank.

Pero esta vez casi era un gemido. ¿Por qué no?, pensé. Más que nunca me fascinaba el precioso juego de sus testículos, que, o bien se apretujaban duramente bajo la verga, como para servir de contrafuerte, o bien se relajaban, se deslizaban con lentitud uno sobre otro como bolas bien engrasadas, en un saco de fina piel. Para decir la verdad, podría afirmar que jamás había visto a Frank totalmente desnudo. Dejé a las mujeres, quienes con tranquilidad le lavaron y secaron de nuevo. Uno de los hombres le dio de beber agua fresca en una concha. Frank bebió con la cabeza vuelta hacia un lado, sin mirarme. Entonces, habiendo transcurrido ya cierto tiempo, bajo la tibia sombra del follaje, volví a coger con la mano su verga y, una vez más, empecé a masturbarle. Por un instante, todo su cuerpo se dobló como un arco, titánicamente, como para escapar tanto a mis dedos como al colchón de hojarasca, y Frank emitió una sorda queja. Entre sus párpados, ferozmente cerrados, creí percibir

un vaho, una humedad que quizás fueran lágrimas, o simplemente gotas de sudor. No por ello dejé de meneársela con redoblada energía. También un hombre ha de poder volverse del revés como la piel de un conejo o como un guante. Y, si no puede, ¿qué sabe del placer? ¿O qué sabe de los demás y de sí mismo? Tuve que dedicar un tiempo increíble a esa desventurada verga antes de sentir rodar por ella la pulsación del orgasmo, desde la raíz hasta el glande. Pero este, aunque se agitó como encolerizado, al final solo expulsó un escaso fluido extrañamente teñido de sangre. Y, sin embargo, esta pobre emisión arrancaba del pecho, y casi parecía que del vientre de Frank, tal rugido ahogado, tal rugido de leñador agonizante, que habría podido creerse que paría una montaña, o que al menos la fertilizaba. Tuve que admitir que ya poco más sacaría de él. Su cuerpo se había relajado por completo, y supongo que también su alma. Mantuve en el hueco de la mano lo que había sido una verga hasta que se hubo convertido de nuevo en un lamentable y encantador pene. Ya ni siquiera su pequeña y pegajosa baba me repugnaba. Cuando las jóvenes lo hubieron lavado y secado, me incliné y lo deslicé solo un segundo dentro de mi boca, solo para sentir su suave tibieza y su peso. Luego me levanté y me alejé con Ra-Hau y Ta-Lila.

Al igual que yo, durante unos días Frank divirtió muchísimo a los indígenas, sobre todo a las mujeres. En público, o en el más acariciado y dorado retiro de las chozas, le violaban a cual más: en la medida extrema de sus posibilidades, para ser exactos. Sabían muy bien, uniéndose varias de ellas, si mostraba mala voluntad, cómo hacerle empalmar hasta que rechinase los dientes y entonces, de una forma u otra, se la metían, se llenaban con su verga entre las nalgas o en la vagina. Las niñas lo adoraban. Se la chupaban y se la meneaban hasta que quedaba flácido, los ojos en el vacío. Nunca me mezclaba en estos juegos, ya que me parecía absurdo privarle de estos placeres. Después de todo, mi vida continuaba. Creo que las jóvenes y las niñas azotaron varias veces a Frank, al igual que de vez en cuando, sin duda para cambiar, y en ausencia de cualquier

intervención masculina, le sodomizaban. Le metían en el recto las frutas habituales. ¿Por qué no? Olvidada desde hacía tiempo mi indisposición, de nuevo iba vestida tan solo con el taparrabos, o incluso bastante a menudo totalmente desnuda. Recuerdo que Frank mudó de color la primera vez que descubrió así mi vulva, tan desnuda y lisa como su propio sexo.

El tiempo, sin embargo, se había fragmentado. Se había producido una ruptura, y su paso era titubeante al correr por mis venas. Pocos días, de hecho muy pocos días después de la reaparición de Frank, comprendí, supe, que Frank jamás se decidiría a pasear desnudo, como hacía yo, por el *pah*, mezclado en su vida, en su propio tiempo, en su historia, o si se prefiere en su falta de historia.

Eso me apiadó. Por la noche fui a verle a la choza que tácitamente se había convertido en la suya. Una de mis pequeñas amigas dormía pegada a él, desnuda y graciosa, la mejilla acostada en su brazo replegado y con las nalgas abiertas. La luminiscencia del cielo proporcionaba delicados reflejos mates a su piel oscura. Frank no dormía, vi brillar sus ojos. Se irguió nerviosamente sobre un codo cuando me senté en el colchón de hojas, sin preocuparme si despertaba a la chiquilla salvaje. Incluso la acaricié suavemente, feliz de sentir la inefable tibieza de su ano y de su sexo. Se aferraba al sueño como un animalillo. Me había tapado con un trapo y, en la sombra, distinguí un movimiento involuntario de Frank para esconder su propia desnudez.

—Stella —dijo por fin.

—Sí.

—Ayúdame, yo también te ayudaré. Tenemos que huir.

Tuve la sensación de que mi alma profería un largo y silencioso gemido.

—Muy bien, Frank —dije.

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad? Seguro que sí, siempre la hay. Lograremos engañar a estos cerdos. ¿Sabes dónde esconden la ropa que me quitaron?

—La encontraré —dije aún, hastiada.

Frank miraba con inquietud tanto la especie de puerta como a la pequeña salvaje que yo acariciaba.

—Fitz-Simmons, el nuevo mayor, ha establecido un campamento justo al otro lado del Waikato. Es imposible que estos chacales lo hayan desalojado. Andando toda la noche, podremos llegar a él. Incluso a lo mejor podemos encontrar algún caballo, dos o tres de mi pelotón se escaparon cuando nos cogieron a traición.

—Por supuesto, Frank.

—Ve a vestirme rápidamente. ¡Y correctamente vestida! Tráeme mi ropa. No olvides las botas, piensa únicamente en sujetar las espuelas para que no suenen. Lo conseguiremos, ya verás.

En su rostro apareció una risa sardónica:

—¡Qué ganado! Ni siquiera se han molestado en poner un centinela.

—Sí, Frank —dije.

* * *

Acabo de escribir estas líneas en Escocia, en la misma casita de campo solada por el viento. ¿Desde hace cuántos siglos no se ha movido? ¿Durante cuántos siglos permanecerá todavía ahí sin cambiar? Ha de envejecer mucho uno mismo, no para aprender, sino simplemente para comprender la fuerza de las costumbres. Frank, mi marido, bebe, en compañía de unos amigos, vinos franceses, no lejos de mí, parapetado tras los sólidos muros del pabellón de caza. A ráfagas, el viento y la lluvia nos traen el olor del mar. Soy feliz, ya que todo el mundo lo es. Algunas noches, de vez en cuando, Frank y yo hacemos el amor, sobre todo cuando él tiene ganas. Nos quitamos primero nuestros largos camisones. He ensuciado todas estas páginas a escondidas. Incluso ahora, acechando cualquier ruido, una puerta que se abre, estoy preparada, me escondo. ¿De quién? No lo sé. Sin duda de Frank. De todo el mundo. Quizás de mí. Allá, nunca me escondía.

Cruel, sí... ¡cruel Zelanda!

Fin